

International Bestseller

Más Allá del
Guardián

*Dina
Drake*

Un libro de
Dina Drake

Más Allá del Guardián

© 2012, Dina Drake

© De los textos: Dina Drake

© Globex Editorial

MailBox 387

Argleton, Lancashire, Angleterre.

.24 X 19 cm - 1437503451063495632

Profesional Daway 371 42S | 22 / SDF7YP435OP3

Publicado por EDITORIAL GLOBEX

Traductor : D. TEODORO LLORENTE

GH657-265GH37-435367456G

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma, sin el permiso de los editores.

4ª edición

Prologo

Después de haber rescatado a Rosie de una experiencia profundamente aterradora, Scott Fox parecía haber asumido el papel de su guardián personal. Con un sentido de deber protector y una presencia que imponía respeto, Scott estaba decidido a asegurarse de que Rosie estuviera a salvo y protegida. Sin embargo, Rosie ya había tenido en su vida dos figuras paternas que no cumplieron con sus expectativas y que, en última instancia, dejaron mucho que desear. Lo último que necesitaba era otra figura paternal que intentara controlar o moldear su vida.

Lo que Rosie realmente deseaba de Scott era algo completamente diferente: pasión, conexión emocional y amor genuino. Ella anhelaba que Scott viera más allá de su rol de protector y reconociera el profundo deseo de afecto y autenticidad que llevaba dentro. El desafío era doble: primero, debía convencer a Scott de que ella no era una simple niña precoz, sino una mujer con sus propias necesidades y deseos. En segundo lugar, necesitaba persuadirlo de que, a pesar de su imponente presencia y su a veces arrogante seguridad, él era el único hombre capaz de desatar la naturaleza apasionada y vibrante que Rosie mantenía escondida del mundo.

Para Rosie, no se trataba simplemente de encontrar amor, sino de encontrar a alguien que pudiera ver y valorar la profundidad de su ser, y que estuviera dispuesto a aceptar y responder a su pasión de manera igualmente intensa.

CAPÍTULO 1

Rosie Phillips corría para salvar su vida, cuando al dar vuelta en la esquina de un viejo edificio de ladrillo, chocó contra algo duro... un pecho masculino. La habían atrapado; no tendría una segunda oportunidad. Cuando unos brazos fuertes la rodearon, Rosie lanzó un grito desesperado.

El hombre la sujetó de los hombros y la sacudió, luego la soltó como si ella padeciera alguna enfermedad contagiosa.

— ¡Contrólese, mujer! — exigió con voz tajante — . No voy a violarla, por todos los cielos. ¡Tropecé con usted por accidente!

Sin apoyo, Rosie sintió que se le doblaban las piernas y cayó al suelo, entonces levantó la vista. El hombre con quien había chocado no era uno de los dos que la arrastraron a un oscuro callejón, para atacarla. La amarillenta luz de un farol, en la inmunda calle, brillaba sobre el negro cabello de la chica, su delicado rostro estaba pálido y sus ojos azules brillaban asustados.

Rosie sólo podía ver a contraluz una figura alta y oscura. El desconocido titubeó, pero sólo durante un momento. Rosie trató desesperada de aferrarse a una pierna cubierta por el pantalón, pero la tela se deslizó entre sus dedos.

— No se vaya — jadeó con la garganta seca y su esperanza renació al ver que el hombre titubeaba de nuevo, aunque tal vez era sólo su imaginación. La misma esperanza hizo que las lágrimas anegaran sus ojos y se pasó una mano por la cara, dejando una huella húmeda y pegajosa — . Por favor — murmuró — , estoy en problemas.

La mancha húmeda y pegajosa resaltó en su rostro... era sangre.

— Santo Dios — exclamó el hombre, en tono alterado.

Se puso en cuclillas frente a ella y Rosie vio unos ojos de color café oscuro que cuando se suavizaran debían ser aterciopelados — pensó — pero ahora se clavaban en ella como un estoque — . ¿Es norteamericana, verdad? ¿Qué diablos está haciendo en Soho y de noche? ¿No sabe criatura insensata, que no es un lugar para venir a pasear sola?

— ¿Le parece que he venido a dar un paseo? — estalló furiosa, con los puños apretados contra su pecho, pues las palmas le ardían. Ahora que ya no era imperativo huir, el dolor había vuelto — . ¡Me he extraviado y dos hombres me persiguen! ¡Uno corría justo atrás de mí cuando di vuelta en la esquina y choqué con usted!

El desconocido se puso de pie y se alejó. Aturdida, Rosie inclinó la cabeza para contemplar sus propias manos heridas. De manera que su esperanza había sido en vano. Pero él simplemente había ido a asomarse a la esquina, luego regresó a su lado, se arrodilló y habló con brusquedad.

— No hay nadie ahora, pero tampoco debemos quedarnos aquí, pues podrían regresar. ¿Está demasiado lastimada como para caminar?

A pesar de su tono cortante, el hombre le limpió la sangre del rostro, le tomó las manos y le volvió las palmas hacia arriba con suavidad. Ella extendió los dedos tanto como le fue posible para que él los inspeccionara. En cada palma había un corte en

diagonal, desde la base del dedo índice hasta el extremo opuesto, y las heridas seguían sangrando.

El hombre contuvo el aliento y en sus ojos había una expresión de sorpresa que luego se convirtió en furia

— ¿Esos hombres le hicieron esto?

— ¡Trataron de hacer algo peor! — estalló Rosie y la ira animó las delicadas líneas de su rostro — . Logré sujetar la muñeca del que tenía el cuchillo y cuando él trató de soltarse yo misma me hice esto.

Él alzó las cejas con gesto sardónico y contempló los chispeantes ojos azules de Rosie y su barbilla alzada de manera agresiva, pues aterrorizada o no, la chica parecía dispuesta a seguir luchando.

— Necesitamos llamar a la policía y a un médico — declaró — . La llevaré al teléfono más cercano.

La ayudó a ponerse de pie y ella se tambaleó insegura; entonces el desconocido le pasó un brazo por la cintura para caminar calle abajo. Con cada paso, el esbelto y atlético cuerpo rozaba el de Rosie, quien se había recuperado lo suficiente como para percatarse de ciertos detalles acerca de él. Era de cabello entrecano de un tono acerado como la piel de un lobo.

El teléfono más cercano se encontraba en el automóvil del hombre, unas dos calles abajo. Rosie miró con ironía el elegante Ferrari negro cuando él introdujo la llave en la cerradura. Era un vehículo adecuado para los ágiles y agraciados movimientos de ese hombre, pero sólo como un accesorio. Parecía un tipo que conocía la calidad y la usaba, pero sin concederle demasiada importancia. Ella había conocido a muchos como él y por su larga experiencia, reconocía el poder cuando lo veía.

La descarga de adrenalina producida por el terror había cedido, así que Rosie podía pensar con claridad. Cuando el desconocido de cabello cano se volvió para ayudarla a subir en el auto, tuvo la impresión de que todo lo que él hacía era importante: la sensibilidad en sus ojos oscuros al evaluar la condición de la chica, la mano larga y agraciada que le tendió con las palmas anchas y fuertes, la tranquilidad reflejada, en su delgado rostro cuando escudriñó la calle por última vez.

Controlado, decidió Rosie, ya instalada en su asiento, mientras él cerraba la puerta para dirigirse al lado del conductor. No, reprimido. Luego evocó su expresión de dureza cuando le vio las manos. No, reservado, se corrigió.

Tan pronto como subió en el auto, el hombre oprimió los seguros automáticos de las puertas, entonces se volvió hacia ella y pareció taladrarla con la vista. Tenía el rostro de un jugador de cartas, o del miembro de una junta directiva, familiarizado con las maniobras de poder y no tan viejo como podría indicar el cabello gris; Rosie le sostuvo la mirada con aplomo.

— ¿No experimenta la menor aprensión al verse encerrada en el auto de un desconocido? — preguntó sardónico.

Debía cuidarse de esos duros ojos, pensó Rosie y luego respondió sin el menor vestigio de cólera:

— Estoy con vida. Si no hubiera tropezado con usted, tal vez ahora estaría muerta. Eso coloca las cosas bajo cierta perspectiva.

— Tal vez usted confía con demasiada facilidad — replicó él, amable.

Ella le dirigió una leve sonrisa y luego respondió breve:

— ¿No cree que es como estar entre la espada y la pared? — La expresión facial del desconocido no cambió, pero sus ojos revelaron un cambio sutil.

Rosie sentía que el corazón le latía con fuerza. Él bajó la vista y se quitó el pañuelo que llevaba al cuello.

— Extienda las manos — le pidió.

No le ofrecía ninguna seguridad. Tal vez quería atarle las manos. Rosie era experta en interpretar los matices; deduciría de él lo que pudiera y reaccionaría con naturalidad. Era otra clave para conocerlo. El hombre poseía cierta dosis de compasión, pero sólo eso; y sin pronunciar siquiera una palabra, le estaba diciendo lo que debía decirle a muchos de los asociados en los negocios: acéptalo o retírate. Rosie sonrió con genuina diversión. Eso iluminó sus rasgos, transformándola en una mujer sensata, y su sonrisa le indicó a él que no estaba intimidada... La última persona capaz de transmitirle eso había fallecido hacía cinco años y ni siquiera ella tenía esa mirada tan franca y pura. Esa joven mujer era algo excepcional.

Él sujetó el pañuelo con ambas manos y los anchos hombros debajo del traje de etiqueta se flexionaron sin el menor esfuerzo cuando desgarró el frágil material.

Rosie le tendió las manos heridas con un gesto expresamente vulnerable y con mucho cuidado el desconocido se las envolvió con los retazos de la costosa seda. Luego se inclinó hacia ella con un inesperado movimiento que la hizo parpadear sorprendida.

Rosie se encogió de manera instintiva en el asiento... no sabía si para dejarle más espacio o para evitar el contacto. El hombre tiró del cinturón de seguridad de la chica y la sujetó.

— No sabía que iríamos a alguna parte — comentó ella en tono ácido, lo que le ganó una irónica mirada de soslayo.

— Tal vez prefiera quedarse sentada aquí una o dos horas mientras llega la policía, pero le aseguro que yo no — declaró él, impaciente.

"Lamento no ser síquica para adivinar sus intenciones", pensó ella, sarcástica e irritada al ver que su salvador parecía ignorar su existencia.

Después de sujetar su propio cinturón de seguridad y poner en marcha el motor, el desconocido conectó el teléfono del auto a un aparato de intercomunicación para poder hablar mientras conducía y marcó un número, mientras Rosie hacía una mueca y se acurrucaba en el asiento.

El Ferrari avanzó por la tranquila avenida y se unió al tráfico de Londres cuando se empezó a escuchar la llamada y alguien respondió. Era la voz de un hombre y sonaba impaciente:

— ¿Sí?

— Jenson — respondió el hombre sentado al lado de la chica. Había guardado silencio tanto tiempo que ella dio un salto. — . ¿Estás en Londres?

— Sí.

— ¿Podrías estar en mi casa dentro de media hora?

— Sí, es importante — la voz al otro extremo de la línea cambió de manera drástica y desapareció la impaciencia.

— Lleva tu maletín médico.

— Scott, ¿estás bien? — la pregunta fue brusca y le dijo a Rosie un buen número de cosas.

Así que él se llamaba Scott... y Jenson no sólo es médico, sino un amigo.

— No te preocupes, estoy bien — aseguró Scott, breve — . Pero con alguien que se lastimó las manos, tal vez seriamente.

— Estaré allí en veinte minutos.

Scott interrumpió la comunicación justo cuando llegaban a Picdill, donde el tráfico estaba casi paralizado. Rosie nunca lo había visto de otra forma y miró a su alrededor, interesada. Siempre pensó que tenía un buen sentido de orientación, hasta que llegó a Londres, donde todas las calles se cruzaban en los ángulos más externos. Eso se debía a que era una ciudad muy vieja. Si al salir del metro lo hacía por la salida equivocada, Rosie se veía obligada a averiguar su ubicación con la ayuda de un mapa. Antes le fascinaba el laberinto de calles adoquinadas, pero ahora ese gusto casi le costó la vida.

Esa noche Rosie se encontraba cerca de Leicester, que siempre le había parecido un lugar seguro debido a las multitudes que salían de los centros nocturnos, a la gente que salía del teatro, a los turistas y a los omnipresentes taxis negros. Leicester era un área vecina de Sonó, donde ella nunca se había atrevido a ir, ya que a pesar de que era un lugar atestado de restaurantes, también abundaban los ebrios y las prostitutas.

Soho era un lugar peligroso para una mujer joven y sola, sobre todo de noche.

Sin embargo, los dos hombres que la atacaron la habían acorralado como si fuera un animal, obligándola a adentrarse en esa zona...

Scott llamó a la policía, explicó lo sucedido e hizo arreglos para que alguien se reuniera con ellos en su casa, cerca de Berkeley, en Mayfair. Además de darle su nombre cuando él se lo pidió, Rosie guardó silencio, desconcertada al ver el rumbo que parecían tomar las cosas. Estudió al hombre que iba a su lado con una fascinación casi soñadora. Scott se volvió a mirarla de pronto y se percató de su escrutinio antes que ella pudiera disimularlo, alzó las cejas y Rosie vio que eran negras, delgadas y arqueadas, lo suficiente para darle al atractivo rostro cierto aire de misterio.

Scott Fox. El nombre no significó nada para ella, pero cuando los oficiales escucharon, Rosie captó un respeto instantáneo. De manera que su primera impresión era exacta. Se trataba, sin duda, de un hombre muy poderoso.

Una persona podía enterarse de ciertas cosas si vivía algún tiempo en una ciudad, entre ellas las zonas que se deben evadir y las habitadas por los ricos. Rosie conocía las mansiones de los millonarios a lo largo de la avenida Bishop, en Hampstead, el distrito de la clase alta de St. John Wood, y por supuesto estaba Mayfair, al sur de calle Oxford y al oeste de Hyde Park, donde se encontraba la embajada de Estados Unidos, una zona impregnada de poder, personificado por el hombre a su lado.

El Ferrari se deslizó por el elegante vecindario, donde los edificios de piedra tenían altas verjas de hierro forjado y cuyas cortinas, para proteger la intimidad, resplandecían con una luz dorada. Desde lejos se percibía el ambiente de la política y el dinero, pensó con ironía.

El auto disminuyó la velocidad y viró para entrar en una cochera subterránea, cuyas puertas se abrieron en silencio, electrónicamente y se deslizaron hacia la oscuridad.

— Quédese donde está — indicó Scott cuando bajó del auto, con una mueca burlona, pues no podía ver nada, Rosie obedeció.

De pronto la luz iluminó la cochera, revelando los espacios ordenados y un lugar más amplio de lo que esperaba; Scott rodeó el auto, le abrió la puerta y se inclinó para quitarle el cinturón de seguridad.

— Gracias — señaló ella en tono seco y bajó del auto.

Él giró sobre sus talones; sus movimientos eran precisos, lo cual no sólo hablaba de su control, sino de una existencia muy ordenada. Rosie reflexionó que algunos hombres estaban demasiado acostumbrados a exigir obediencia, no obstante lo siguió por la escalera. Entraron en el vestíbulo de un apartamento y allí los recibió un hombrecillo de cabello oscuro, vestido impecablemente.

— Señor — saludó con una ligera reverencia.

— Jaylon, dentro de poco llegarán algunos visitantes. Oh, discúlpeme, ya tenemos una. Ella es Rosie Phillips. Encárgate de que se sienta cómoda, ¿quieres? No le toques las manos, pronto llegará el doctor Chambers. Rosie... él es mi hombre de confianza, Jaylon Lee.

Así que Jaylon era euroasiático y, a juzgar por su reverencia, más asiático que europeo. Scott se hizo a un lado y ella pudo ver bien al hombrecillo bien proporcionado, de cabello negro y lacio, piel de marfil y ojos oscuros e impasibles, no del todo rasgados. Jaylon podría tener cuarenta y cinco años...

Rosie unió con cuidado las manos vendadas, ya que le dolían, e inclinó un poco la cabeza hacia Jaylon, en una aproximación europea a la cortesía oriental, lo que sorprendió al sirviente y lo hizo sonreír, deleitado. La chica sintió la mirada penetrante de Scott en la nuca, pero debió imaginarlo, pues él ya había dado media vuelta para dirigirse hacia el salón principal, dejando a la joven en manos de Jaylon Lee.

— Si gusta seguirme, señorita Rosie — murmuró el hombre, que era de la misma estatura de ella — , le prepararé una bebida caliente. ¿Le agrada el té?

— Sí, tanto el de la India como el chino — replicó Rosie mientras lo seguía a una cocina compacta, pero bien equipada.

Jaylon le señaló una silla frente a una mesita en un rincón y ella se sentó para verlo moverse por toda la habitación con la gracia de un bailarín.

— Por favor, soy simplemente Rosie.

Jaylon terminó su tarea con rapidez y preguntó:

— ¿Cómo le agrada su té?

— Con leche y una cucharadita de azúcar. Dígame, ¿por casualidad usted aprendió el inglés en Canadá?

Jaylon sonrió de nuevo al poner frente a ella una taza de humeante té. Luego respondió.

— Mi padre era canadiense y mi madre de China, y puesto que ahora yo vivo en Inglaterra, ¿no cree que eso me hace parecer una colcha de parches?

Sí, igual que ella, pensó Rosie, al evocar los muchos lugares en donde había vivido.

Pero la fuerza de voluntad que unió esos parches en ella ahora empezaba a desgastarse. El deprimente discurso de la adrenalina y los perturbadores acontecimientos de esa noche de pronto se dejaron sentir con toda su potencia. Rosie bajó la cabeza y se cubrió los ojos con una mano aún vendada. La bondad en la voz de Jaylon Lee casi acabó con ella.

— ¿Le duele, verdad? Yo podría ofrecerle unas aspirinas, pero el doctor Chambers llegará pronto y sin duda le recetará algo más.

— Sí, lo sé, pero gracias por pensar en eso — respondió. Al menos conservaba el control de su voz.

En ese momento se escuchó el timbre de la puerta y a través del aparato de

intercomunicación una voz habló impaciente:

— Soy Jenson. Déjame entrar, Jaylon.

— Por supuesto, doctor Chambers. ¿Me disculpa, señorita Rosie?

— Por supuesto, señor Jaylon — respondió ella con un dejo de venganza al ver que él insistía en llamarla "señorita".

Se vio recompensada con una mueca que desapareció rápidamente, antes que el sirviente la dejara sola.

Sentía el cuerpo tenso debido a las diversas reacciones de la última hora y media, y los músculos adoloridos. Hacía apenas dos horas había salido del cine en Leicester para dirigirse a su espacioso apartamento en Knightbridge, sin tener la menor idea del terror y el dolor que la esperaban, sin la menor premonición de aquel lugar o de esas personas. La experiencia pudo ser más traumática, sin embargo, Rosie poseía una fuerte vena de independencia que su delicado exterior disimulaba y ya empezaba a recuperarse.

Además, en esa casa imperaba una elegancia serena que la invitaba a relajarse. Aunque nunca había visto ese lugar, algunos aspectos la hicieron evocar su infancia, una época dorada, un mundo seguro y compuesto de pequeños y sencillos placeres. Una vez que recuperó la calma, Rosie se concentró en un juego mental que consistía en imaginar lo que eran y lo que harían las demás personas, sin comprender que eso también pertenecía a su pasado, pues era una característica que aprendió de los adultos inteligentes, cuando niña.

Jenson Chambers insistiría en ver primero a Scott Fox, para escuchar sus explicaciones y asegurarse de que su amigo estaba ileso. Scott Fox no debía tener la costumbre de dar muchas explicaciones... en sus ojos se adivinaban demasiados secretos... pero le aconsejaría a su amigo que tratara de obtener información de Rosie, ya que el hábito de adquirir información era muy arraigado en las personas poderosas. Scott Fox debía ser como un hábil titiritero, sentado en espera de que los acontecimientos se desarrollaran conforme a su coreografía.

Jaylon Lee regresaría con el médico, consultó el reloj en la pared... menos de dos minutos.

Acertó en una cosa y se equivocó en otra. La puerta de la cocina se abrió justo a tiempo, pero no vio a Jaylon, sino al titiritero en persona, seguido de un hombre rubio y elegante que llevaba un maletín médico.

Scott Fox se constituyó en auditorio; se apoyó contra el fregadero, con los brazos cruzados y una expresión tan atenta e inescrutable que el chino habría podido aprender. El pulso de Rosie se aceleró, pero ella no se percató. Scott no hizo presentación alguna, así que Rosie alzó la vista y al ver unos chispeantes ojos grises declaró con una maliciosa sonrisa.

— Me imagino que usted es el doctor Chambers.

— Así es, querida — replicó el elegante hombre al colocar su maletín sobre la mesa para abrirlo. Era joven, de unos treinta y tres o treinta y cinco años, con el porte de un hombre que disfruta de una carrera en ascenso y un estilo de vida mundano — . Y usted es Rosie. Ahora, extiende las manos y permítame ver la razón por la cual tuve que abandonar un delicioso mousse de salmón.

En su profesión, esas interrupciones debían ser comunes, pero aún estaba presente la mal disimulada impaciencia, así como un leve dejo de resentimiento en su voz.

La mujer debía ser muy atractiva... Rosie le tendió las manos vendadas y ensangrentadas y Jenson empezó a descubrirlas. De pronto, ella murmuró:

— ¿El señor Fox interrumpió su cena? Tal vez si se apresura, pueda llegar a tiempo para el postre.

La implicación sexual fue sutil, pero obvia y por la reacción del galeno, Rosie supo que había dado en el blanco. Jenson hizo una pausa y los ojos grises la miraron sorprendidos. Scott, por su parte, reía burlón, un sonido sorprendentemente cálido, y luego manifestó:

— Te lo advertí, Jenson. Y ten cuidado; ella no lee las expresiones. Lee los ojos.

Rosie no debió sorprenderse de la observación tan certera de Scott, pero después de todo hacía mucho tiempo que no se encontraba cerca de una inteligencia tan aguda. Después de un momento la mirada de Jenson se tornó divertida, al contemplar a la chica de cabello corto, negro y alborotado, estructura ósea delicada y casi infantil; rostro solemne y ojos muy azules, de largo cuello, tan agraciado como el de un cisne y la postura serena de su menuda figura.

Rosie vestía pantalón de mezclilla, zapatos deportivos, y una atractiva blusa holgada. Un sencillo collar de oro de buen gusto, pero costoso, colgaba de su cuello. Parecía tener unos dieciséis años y el médico aceptó esa primera impresión casi de manera automática; no obstante, al volver a mirarla como un observador experto, encontró el enigma al que Scott se enfrentó casi de inmediato. Era joven y, sin embargo, no tanto, ya que su aplomo era excesivo para una adolescente, además sus enormes ojos, tan azules como el cielo durante el verano, poseían una expresión capaz de atravesar el cuerpo de un hombre y llegar hasta el fondo de su alma.

Además, había unas extrañas líneas de dolor en las comisuras de los labios.

Jenson volvió a adoptar su actitud de médico y se concentró en estudiar las manos de la joven.

— Qué área del cuerpo tan inconveniente para herirse así — comentó reflexivo — . Pero por suerte no hay daño permanente. ¿Está al corriente en sus vacunas contra el tétanos?

Ella asintió, con la mirada fija en Scott.

— No creo que necesite sutura, pero estará muy incómoda si no mantiene las manos inmóviles, hasta que cicatricen — mientras desinfectaba las heridas, se percató de la expresión rígida de la joven — . Por supuesto, eso será difícil.

— Sí — respondió brusca a causa del dolor. Después Jenson le preguntó, con suavidad inusitada: — ¿Tiene familia, alguien con quien pueda alojarse durante un tiempo para facilitarle las cosas?

Scott guardaba silencio, y observaba la escena. Rosie sentía su presencia de una manera tan intensa como si él se hubiera acercado a tocarle el rostro. Concentró la mirada en él y luego la desvió.

— No se preocupe, yo me las arreglaré.

— ¿Acaso cree que eso fue una respuesta a la pregunta de él? — el tono de Scott era seco y clavó la vista en Rosie. Había en él la tranquilidad de alguien que puede esperar años por una contestación.

— Creo que eso no es asunto suyo — replicó Rosie en un tono de severa advertencia, rechazando al instante que se entrometiera en su vida.

El hombre rubio contuvo el aliento y la expresión de Scott se ensombreció. Rosie no

necesitaba que le dijeran en palabras que hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a replicarle a Scott con insolencia. ¿Cómo reaccionaría él?, se preguntó mirándolo con fascinación.

— Por supuesto, usted sabe lo que hace — respondió Scott con sardónica cortesía e inclinando la cabeza.

¿Qué edad tendría? ¿Treinta y tantos o cuarenta y tantos años? Era de complexión atlética, de cabello canoso y tenía ligeras arrugas alrededor de los ojos y la boca, pero eran de expresión, no de edad.

— Sé lo bien que los ingleses pueden congelar a cualquiera mientras murmuran frases de cortesía — no sabía el motivo de su ataque, a menos que fuera una reacción al frío comportamiento de él, que no iba de acuerdo con la vitalidad en su rostro. Se miraron a los ojos y Rosie prosiguió en voz baja — . No soy estúpida, no me trate con condescendencia.

La dureza se desvaneció del rostro de Scott y sonrió, de una manera tan repentina y sorprendente como la calidez de su risa. Tenía una sonrisa devastadora. Luego añadió en tono extraño.

— Debí saber que no es así, ¿cierto?

Rosie reflexionaba esa extraña respuesta cuando llegaron dos policías y Scott fue a hablar con ellos. Mientras tanto, Jenson ya se había desocupado y terminó de desinfectar y vendarle las heridas, por lo visto muy divertido por el conflicto entre Rosie y Scott, pues no dejó de reír en voz baja todo el tiempo.

— Ya está — declaró Jenson cuando terminó.

Rosie exhaló el aire contenido, le dio las gracias con voz temblorosa, y agradecida se tomó con el resto del té, los calmantes que le dio.

— Ahora que he terminado con usted, desearé reunirse con Scott y los policías — declaró Jenson — . Estoy seguro de que quieren interrogarla.

— Gracias por su ayuda y lamento haber interrumpido su cena — no pudo abstenerse de hacer el comentario, mirándolo maliciosa.

El hombre rubio hizo una mueca burlona y replicó con voz melosa:

— No se preocupe, querida. El postre sólo tiene una... fascinación limitada, pero por nada del mundo me habría perdido de venir aquí esta noche.

Ella alzó las cejas ante esas enigmáticas palabras y continuó:

— Puede enviarme la cuenta por su visita a cargo de "Oscar Thompson" Marketing Limited.

— Querida — murmuró Córdón riendo — , usted no podría pagarme.

— Sus juicios son demasiado apresurados — sonrió ella a su vez.

Jenson y Rosie estaba tan absortos en la conversación que no se percataron de la silenciosa llegada de Scott. Rosie desvió su atención, miró a Scott y sintió la fuerza del impacto de su mirada hasta las puntas de los pies. Si no estuviera sentada, la sorpresa la habría hecho perder el equilibrio. La expresión de Scott era de... una intensa irritación.

No obstante, Jenson permanecía imperturbable y, si acaso, su sonrisa se hizo más amplia. Scott miró al médico y un pequeño músculo tembló en su mandíbula, pero su voz fue indiferente, incluso insolente, cuando habló:

— Ya conoces la salida, ¿cierto, Jenson?

— Gracias, Jenson y buenas noches — ironizó Jenson, nada amilanado por la

descortesía de su amigo. Sus hombros se sacudían de risa cuando recogió su maletín, luego se detuvo a acariciarle una mejilla a Rosie, con la yema de un dedo — . Ah, Rosie. Mereció la pena perderme del postre por todo esto.

Rosie entornó los ojos cuando el médico se despidió. Algo había sucedido y ella no lo pasó por alto. Simplemente, no comprendió; pero ni por un momento dudó que tanto Jenson como Scott sí lo habían hecho.

CAPÍTULO 2

Rosie no dispuso de mucho tiempo para meditar en el extraño intercambio entre Scott y Jenson, ya que tan pronto como el médico se retiró, Scott se dio la media vuelta y se acercó a la chica. Rosie necesitó toda su fuerza de voluntad para no encogerse cuando Scott le tomó la barbilla para levantarle la cabeza, aunque él no estaba más cerca que Jenson cuando le curó las manos. La luz de la cocina era demasiado brillante y ella parpadeó para enfocar la penetrante y sombría expresión de Scott, sin saber que sus propios ojos se habían dilatado hasta el grado de que el azul casi había desaparecido, eclipsado por las negras pupilas. Su delicado rostro ahora estaba muy pálido debido al agotamiento y la reacción tardía del estrés. Se sometió, dócil, al práctico y sensato ofrecimiento de Scott de limpiarle la cara. La fresca franela actuó como sedante, igual que el toque de sus dedos e, inconscientemente, Rosie dejó escapar un suspiro de placer. Eso la ayudó a recobrar la energía, de manera que cuando lo siguió por el pasillo hacia la sala, la joven se sentía casi normal.

La sala era elegante, con sofás de cuero de color crema, iluminación indirecta, muebles de madera oscura con incrustaciones y un pulido piano de media cola que despertó su interés. Con la mirada recorrió las pocas obras de arte originales, alrededor de la espaciosa habitación: una pintura era francesa, del siglo diecinueve; otra era un boceto de Dalí, y la tercera era una acuarela holandesa, de un artista desconocido para ella. Era una mezcla extraña y no obstante, combinaba muy bien, lo cual era un crédito para la mente que las reunió en la misma habitación.

Luego vio el magnífico biombo chino en un rincón y su rostro se iluminó. Scott, quien no había dejado de observarla desde que entraron en la habitación, sonrió al ver la franca aprobación que brilló en los ojos de la chica. Cuando se recuperó, Rosie saludó a los dos inspectores de policía, un hombre y una mujer, quienes se pusieron de pie.

Después de asegurarse del grado de sus lesiones, la mujer policía hizo la mayoría de las preguntas. Rosie se sintió agradecida por la mezcla profesional de hábil metodología y gentileza; respondió de la mejor manera posible, pero por desgracia no pudo informarle gran cosa a la policía. Los hombres que la atacaron la sujetaron por la espalda cuando ella cruzaba frente a un callejón y no pudo vislumbrar sus rostros con claridad. Tampoco logró describir su atuendo; lo único que recordaba era que el que la tomó de los brazos le murmuraba obscenidades al oído. Rosie se interrumpió en ese punto, se estremeció y una expresión de disgusto distorsionó sus facciones. No necesitaba que la mujer policía le asegurara que había tenido mucha suerte. Todo ese tiempo, Scott permaneció sentado en un rincón, oyente, impasible y silencioso. Se había quitado la chaqueta del traje de etiqueta y la corbata. La camisa blanca y el pantalón negro destacaban contra los suaves tonos pastel de la habitación.

Al fin, el oficial que había estado tomando notas suspiró y formuló una última pregunta:

— ¿No hay nada más que usted pueda recordar?

— Lo siento — movió la cabeza con pesadumbre — . Incluso si pudiera usar mis manos, no podría realizar un bosquejo decente de ellos. Simplemente, no tuve oportunidad de verlos bien.

Scott habló y su voz profunda tenía una resonancia musical después del tono áspero del inspector:

— ¿Acaso es usted artista?

Rosie se encogió de hombros y trató de disimular un bostezo.

— En cierta forma. Hago diseños para una compañía publicitaria en Knightbridge, desde cartelones y logotipos para papel membretado, hasta anuncios para la televisión.

— ¿Su trabajo es bueno? — preguntó él, indiferente. — Por supuesto — replicó Rosie alzando las cejas, sorprendida, al ver que alguien se atrevía a dudar de la calidad de su trabajo.

— Bien — declaró la mujer policía, y se puso de pie igual que su compañero — , estaremos en contacto si averiguamos algo. Por favor, comuníquese con nosotros si llega a recordar algo más. Rosie asintió y permaneció sentada en el sofá. Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas. Sabía que debería decir algo, pero su energía la había abandonado, así que sólo se frotó la cara con el dorso de las manos vendadas mientras Scott acompañaba a los inspectores a la puerta. Se sentía como si estuviera envuelta en algodón y eso no era agradable. Dos piernas musculosas aparecieron en su línea de visión, luego Scott se acuclilló y la miró con firmeza.

— He interrumpido su velada — comentó Rosie, de pronto.

Él alzó una mano y sus labios se relajaron en una sonrisa.

— De cualquier forma, se había convertido en algo tedioso — señaló con indiferencia. Ella tuvo la impresión de que se mostraba demasiado amable, lo cual no iba de acuerdo con su carácter. Se lo diría en un minuto.

— Me siento muy extraña — declaró, con el ceño fruncido. Oh, de nuevo esa mueca dura. Eso iba más de acuerdo con él.

— Eso se debe a que está totalmente sedada — replicó, seco.

— No lo sé, pensé que era aspirina, o algo parecido — esta vez no pudo disimular un bostezo y luego parpadeó, mirando a Scott con desaliento y aturdida — . ¡Debo irme a casa!

— Pasará lo que queda de la noche aquí, por supuesto — indicó él. ¿Había un tono resignado en su voz? Pero aún sonreía — . Le pedí a Jaylon que le preparara una cama antes de retirarse.

Rosie reflexionó en eso y se sintió consternada.

— No, en realidad ahora debe llevarme a casa. De repente sintió un hombro ancho contra la mejilla.

Ahora él se reía de ella; Rosie luchó contra la oscuridad que se apoderaba de ella, con toda la fuerza que le quedaba. Era importante que no perdiera la consciencia de lo que estaba sucediendo. Mientras subía por la escalera con Rosie en brazos, Scott respondió:

— No la llevaré a ninguna parte. ¿Tiene idea de la hora que es? Ella suspiró y sepultó la nariz en su camisa. El cálido y masculino aroma invadió sus sentidos y la joven dejó escapar un suspiro de placer.

— Entonces, pícame un taxi — murmuró con los párpados cerrados — . Porque no voy a quedarme aquí.

— Sí, lo hará — la recostó sobre algo, le quitó los zapatos y le deslizó la cremallera del pantalón.

Eso la obligó a abrir los ojos. Rosie hizo un gran esfuerzo y se sentó para contemplar,

vagamente, la habitación en penumbra y la espigada figura inclinada hacia ella.

— No, no puedo — declaró.

— Debe hacerlo — Scott acalló sus débiles protestas, le quitó el pantalón y la cubrió con las mantas.

Tendría que recordar qué debía hablar con él por la mañana.

Mientras tanto, Scott era increíblemente gentil y la cama muy suave. Se incorporó apenas para darle un beso en la mejilla, cuando él la recostaba sobre las almohadas, y murmuró:

— Gracias por salvarme la vida.

Él volvió la cabeza al sentir el beso, de manera que Rosie sintió el roce de la boca masculina sobre la suya.

— Duerma ahora — murmuró Scott, pero ella ya estaba dormida.

Rosie abrió los ojos y de inmediato despertó totalmente, con el cuerpo rígido y la cabeza adolorida, aterrorizada al contemplar la habitación oscura y desconocida, hasta que lo recordó todo y casi gimió.

Jamás había podido dormir en una cama extraña y siempre envidió a quienes podían hacerlo y descansar en cualquier parte. Tal vez eso fue lo que la despertó; el medicamento que Jenson le dio ya había perdido su efecto, pues las manos le dolían al doblarlas y tenía la boca seca. Era obvio que se encontraba en una habitación de huéspedes, pues la débil luz era de buen gusto y tan impersonal como la habitación de un hotel. El luminoso reloj digital, en la mesita de noche, marcaba las cinco y media.

Rosie se bajó de la cama y tomó su pantalón, que estaba en el suelo. Su dinero y sus llaves aún estaban en los bolsillos; con mucha dificultad, logró ponérselo y subir la cremallera. Se sentó, jadeante, y trató de meter los pies en sus zapatos deportivos. Maldición. El médico tenía razón; cualquier movimiento le causaba un terrible dolor y sintió que las heridas se abrían y empezaban a sangrar de nuevo. En la casa reinaba un silencio absoluto. Con cuidado, Rosie salió al pasillo y caminó hacia las escaleras.

Pasó frente a una habitación; no supo por qué, pero se detuvo y se asomó por la puerta abierta. La figura en la cama estaba inmóvil. Rosie se acercó y se quedó largo tiempo a un lado de la cama, contemplando el rostro sereno de Scott.

Tenía un mechón de cabellos sobre la frente. La sábana lo cubría hasta las caderas, pero estaba desnudo de la cintura hacia arriba. La joven vio el vello oscuro que cubría su pecho ancho y fuerte. Un brazo musculoso estaba extendido y el otro doblado, con la mano debajo de la almohada. Estaba dormido. Era un desconocido, pero el corazón de Rosie latía alocado. Salió de puntillas de la habitación y bajó por la escalera, iluminada por una pálida luz que venía de la cocina, cuya puerta estaba abierta. Jaylon tampoco se había levantado.

Era una descortesía, pensó al encontrar una libreta y un lápiz cerca del teléfono, en el vestíbulo. Debería esperar hasta que amaneciera para agradecerles en persona a Scott y a Jaylon Lee. Reconocía que su comportamiento era errático y experimentó un intenso dolor cuando al fin logró tomar el lápiz para garrapatear en una hoja y con letras inciertas: "Gracias por todo".

Dejó la nota encima de la mesa del vestíbulo y abrió la puerta del frente. No podía negar que estaba reaccionando de una manera exagerada al estrés de la noche

anterior, pero necesitaba encontrarse en la intimidad de su apartamento, pues el hecho de despertar sola en un lugar extraño después de una noche así, era ciertamente desconsolador.

Lo recordaba todo y, por supuesto, Scott tenía razón... no estaba en condiciones de irse a su casa. Era de lo más mortificante haberle impuesto su presencia a un hombre como él.

Salió de la casa y se estremeció al sentir el aire fresco de la madrugada; la tomó por sorpresa la sensación de abandono que experimentó cuando cerró la puerta después de un breve vistazo a otra vida, como si una vela se apagara en la oscuridad. "Rosie", se regañó al bajar por las escaleras y cruzar la calle, "eres una persona orgullosa y obstinada".

Tal vez esa no era la verdadera razón de su huida, pero se consoló al pensar así. Allá en su casa, Scott abrió los ojos con gesto alerta y pensativo.

A Rosie le resultó fácil encontrar un taxi que la llevara a Knightbridge. Su apartamento, espacioso y ventilado, era el desván, en el cuarto piso de un edificio de apartamentos. Había dos grandes tragaluces que dejaban entrar una gran cantidad de luz natural y que además permitían una vista panorámica de las estrellas. Eso compensaba las exorbitantes cuentas de gas que debía pagar por la calefacción central.

La chica contempló con ironía sus dedos vendados, que le impedirían trabajar durante un tiempo, y con movimientos lentos y torpes se preparó una taza de té. Ahora que podía relajarse en su propio espacio, Rosie deseó poder irse a la cama y acurrucarse debajo de las mantas para dormir todo el día, pero había muchas cosas que debía hacer. Considerando el tiempo que le llevó preparar una taza de té, ni siquiera podría permitirse el lujo de recostarse una hora. Logró poner la taza en una bandeja y llevarla al sofá instalado a lo largo de la única pared que no estaba cubierta de librerías. Encendió la televisión y se instaló a beber su té con leche.

¡Gracias a Dios que su madre y su hermano vivían al otro lado del Atlántico! Los amaba mucho. Sin embargo, Rosie tenía la impresión de que había pasado toda su existencia luchando por una vida independiente de la opulencia y la influencia de su familia. Si alguno de ellos se enteraba de lo sucedido la noche anterior, ya se imaginaba los comentarios... además, no quería preocuparlos.

Consultó su reloj y gimió. Tenía que ir a la oficina; debía reunirse con Oscar, el propietario y director de la compañía publicitaria, y no le agradaba la idea de decirle que no podría cumplir con sus obligaciones durante las dos semanas siguientes. El negocio de Oscar era pequeño, pero tenía mucho éxito y ella era su diseñadora más popular.

Rosie logró lo que consideró un pequeño milagro. Metió las manos en unas bolsas de nylon y consiguió darse una ducha sin mojar demasiado los vendajes. Luego se puso una falda negra que le llegaba al tobillo, un par de botas y una blusa de terciopelo negro que dejaba los hombros al descubierto, de mangas largas y ceñidas. Su aspecto era elegante, el único problema era su rostro pálido y tenso y el cabello alborotado, así que a las nueve se encontraba en el salón de belleza.

Emmanuelle, la joven que por lo común la atendía, aceptó lavarle el Cabello y secarlo con pistola, peinándolo en brillantes capas que enmarcaban el pronunciado ángulo de los pómulos de Rosie. Luego, excitada y compadecida al escuchar la historia de Rosie y de sus manos heridas, ofreció ayudarla con el maquillaje. Le aplicó una ligera capa y

una sombra azul gris que harían que sus ojos parecieran más grandes; luego puso un toque de rubor en sus pálidas mejillas, lo que disimuló los efectos de la mala noche. A las diez, Rosie se sentía dispuesta a enfrentarse a cualquier reacción de Oscar y se dirigió en autobús a la oficina, que como siempre estaba en plena actividad. Un coro de saludos recibió a Rosie y ella respondió con sonrisas y ademanes. Sin embargo, no se detuvo a charlar con nadie como acostumbraba hacerlo, sino que se dirigió a la oficina de Oscar. Él estaba hablando por teléfono y tuvo que esperar afuera un cuarto de hora. Al fin la puerta se abrió y Oscar salió a saludarla. Era un hombre delgado, de más de cuarenta años, que jamás estaba quieto, desbordante de energía nerviosa. Rosie lo apreciaba, pero lo consideraba agobiante.

— ¡Te tengo una noticia fantástica! — exclamó Oscar — . Acabo de hablar por teléfono con un presunto cliente que está muy interesado en tu trabajo. Podría ser algo muy grande. Si logramos ese negocio, tu reputación y la mía subirán a la estratosfera. Vendrá a hablar conmigo dentro de media hora, así que no podré dedicarte mucho tiempo ahora, pero me gustaría que estuvieras aquí para que él pueda hablar contigo. ¿Te parece bien?

— Eso depende — respondió Rosie cautelosa, al seguirlo a su oficina.

Varias pinturas enmarcadas adornaban los muros, casi todas obra de ella: los originales de los carteles realizados para las óperas en Convent Carden, las obras musicales en el West End y uno de una exhibición en la Galería Tate el año anterior. Los elegantes y coloridos cuadros, le eran tan familiares que ni siquiera se detuvo a mirarlos, y con un suspiro se instaló en el sillón frente al escritorio de Oscar.

— Verás, te tengo una mala noticia.

Oscar se sentó sobre una esquina del escritorio y al bajar la vista, se quedó paralizado.

— Santo Dios, ¿qué te pasó en las manos?

— Temo que esa es la mala noticia — declaró con ironía y contempló sus manos con una mueca. Le informó brevemente lo sucedido la noche anterior y terminó diciendo — . Como ves, no podré trabajar durante varias semanas. Tendrás que encontrar a alguien que se encargue de mis proyectos que no pueden esperar.

— ¡Y yo que pensé que hoy era mi día de suerte! — gimió Oscar, mesándose el cabello

— . ¿Qué voy a hacer ahora? ¡El posible cliente llegará dentro de quince minutos, te quiere en especial a ti como diseñadora y yo casi le prometí que podemos ofrecerle lo que él quiera!

— ¿No puedes pedirle que espere unas semanas? — preguntó Rosie frotándose la nariz con un gesto de cansancio. Por lo común disfrutaba con el ritmo de sus diseños, pero ahora se sentía incapaz de enfrentarse a la demanda — . De cualquier forma, habría necesitado tiempo para terminar con el trabajo pendiente. Él no perdería nada.

— Yo contaba con que los otros diseñadores se encargaran de tus pendientes, para que tú pudieras concentrarte en este proyecto — la miró impotente — . Discúlpame por preguntarlo, pero, ¿estás segura de que no puedes hacer ningún trabajo?

Ella dejó escapar una risita colérica y le mostró las manos vendadas.

— No hay nada malo en mi cerebro, Oscar, pero temo que no puedo hacer ningún trabajo manual. Esta mañana ni siquiera pude lavarme el cabello ni maquillarme; tuve que ir al salón de belleza.

— Maldición — juró en voz baja.

— Escucha, me quedaré aquí — le aseguró compadecida — . Estoy segura de que si

conozco a ese tipo y hablo con él, será razonable y esperará. No perderemos un negocio si puedo evitarlo... es decir, si es tan importante como tú aseguras.

— Oh, lo es, querida — declaró ferviente — . Es un hombre muy importante. Es casi una institución en Inglaterra... un mago de las finanzas, empresario internacional, multimillonario y miembro de una familia prominente. No sólo actúa de cuando en cuando como consejero para varios gobiernos, sino que también es uno de los coleccionistas de arte más prominentes del país y todo eso a los treinta y seis años de edad. Hubo una época en la que su sola presencia en una exposición privada bastaba para que el artista adquiriera una buena reputación, pero es muy esquivo y hace cinco años que no se le ve en una galería de arte. ¿Comprendes por qué es vital que obtengamos ese negocio?

Sí, lo comprendía. Si podían obtener el negocio de un hombre de ese calibre, no sólo significaría una posible exposición a nivel internacional para la empresa de Oscar, sino que también sería un manantial para la propia carrera de Rosie. Experimentó una frustración tan intensa que apretó las manos, hasta que el dolor la hizo lanzar una exclamación.

— No te preocupes, Oscar — declaró sombría, cuando él la miró inquisitivo — . Ya idearemos algo. No sé cómo, pero lo haremos.

En ese momento sonó el aparato de intercomunicación en el escritorio y Oscar respondió impaciente. El hombre había llegado y Oscar no puso de pie, tratando de ordenar su cabello.

— Hazlo entrar, por favor — le indicó a su secretaria y mientras esperaban, murmuró — . Ha llegado el momento de actuar, Rosie.

La puerta se abrió y cuando Rosie se volvió, todo pareció detenerse. Oscar dio un paso hacia delante, tendiéndole la mano al hombre que acababa de entrar en su oficina.

— ¿Cómo está usted? Soy Oscar Thompson — se presentó amable — . Y ella es la diseñadora de quien hablamos por teléfono... Rosie Phillips. Rosie, permíteme presentarte a Scott Fox.

— ¿Qué? — murmuró ella sin oír realmente, aún aturdida por la sorpresa y la excitación.

No podía apartar los ojos de él. Lo vio estrechar la mano de Oscar con cortesía, pero con cierta reserva; iba vestido con un conservador traje color azul oscuro. Su expresión era de hastío, hasta que sus ojos oscuros se clavaron en los de Rosie y cobraron vida, con algo que no era una sonrisa, pero que a ella le provocó una descarga eléctrica en todo el cuerpo.

De no ser porque estaba sentada, se habría desplomado. Ese hombre alteraba su equilibrio. Oscar le dirigió una mirada exasperada.

— Te dije que él es Scott Fox...

— No te molestes — murmuró Rosie soñadora — , ya nos conocemos.

Oscar se quedó boquiabierto debido a la sorpresa. Scott observaba a Rosie con una leve sonrisa, mientras ella se esforzaba por conservar una expresión calmada. En su interior temblaba, a pesar de que Scott ni siquiera le había dirigido una sola palabra. Fue una tonta, ingenua y ridícula al no reconocer la corriente eléctrica entre ellos la noche anterior. No quería sentir esa clase de atracción hacia ningún hombre, mucho menos ese intenso y vibrante voltaje sexual. Era algo atemorizante y perturbador. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Contra toda razón, experimentó un increíble impulso de correr hacia Scott Fox y abrazarlo deleitada. Qué absurdo y qué sorpresa altanera mostraría él ante ese gesto incontrolable, y qué miserable se sentía ella al sofocar ese impulso.

— Parece cansada — comentó Scott, ignorando la incrédula fascinación de Oscar.

— Es la reacción tardía — replicó Rosie, tratando de controlar, furiosa, el rubor que cubría sus mejillas. Qué perverso era al recordarle su furtiva huida. Sin apartar la vista del rostro de Scott, le explicó a Oscar — . Él fue el hombre con quien tropecé anoche en Soho. Me llevó a su casa, y luego llamó a un médico y a la policía. Yo no sé lo que habría hecho sin él.

— Entiendo — respondió Oscar, por supuesto, sin entender nada — . Bien, por lo menos eso resuelve un problema. Usted ya sabe que Rosie no podrá trabajar durante las próximas semanas, pero estoy seguro de que una vez que se haya asegurado de la calidad de su trabajo, convendrá en que merece la pena esperar.

— Eso aún está por verse — respondió Scott en voz baja.

Rosie se sobrecogió, adoptando una expresión de altanera afrenta, pero Oscar sólo asintió sonriente y replicó:

— Por supuesto. Ahora, si me dice lo que quiere, le mostraré las oficinas para que vea lo que podemos ofrecerle.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos los dos hombres hablaron, mientras Rosie guardaba silencio ardiendo en cólera al ver que la ignoraban por completo y ofendida por la anterior actitud despreciativa de Scott hacia su trabajo, además experimentó una fugitiva sensación de abandono que ella interpretó como un rechazo total hacia cualquier relación que hubieran establecido entre ellos la noche anterior.

Eso era estúpido e irracional, se amonestó, luchando contra sus caóticas emociones. Por supuesto que cualquier contacto personal anterior nada tenía que ver con el negocio de ese día. Él era un hombre de éxito; ella también tenía éxito en su profesión. Además, ¿qué relación habían establecido? Ninguna... se conocieron por casualidad y él dio muestras de una decencia común hacia alguien en apuros. De no ser por el negocio que estaban tratando, tal vez jamás habrían vuelto a verse.

El sereno rostro de la chica no revelaba el torbellino interno; su actitud era reservada, casi fría, mientras observaba con ojos analíticos a los dos hombres. La energía inquieta de Oscar contrastaba con el Cuerpo relajado y el dinamismo controlado de Scott; cada acción y Cada matiz en su voz eran controlados. La fuerza de su personalidad apuntaba meticulosamente hacia su blanco y daba en él una y otra VEZ, sin errar y sin destruir; era un hombre peligroso. De hecho, estalla segura de que Oscar no comprendía, hasta qué grado, ese hombre podría destruir a una persona.

Scott deseaba una variedad exclusiva de material actualizado para su propia compañía, desde nuevo papel membretado hasta folletos y revistas, e incluso el diseño de sus nuevas oficinas en el distrito de negocios de Londres. Todo debía estar bien coordinado. El mercado al que pretendía llegar era gente de alto nivel: gerentes de bancos, directores, incluso incursionar en oficinas gubernamentales. La clientela internacional de Scott era cosmopolita, mundana y refinada y en extremo acaudalada. Todos tenían gustos y estilos de vida costosos, así como un elevado nivel de expectativas.

Rosie notó que Oscar parecía cada vez más asombrado, pero ella se había educado en un ambiente así/de relaciones globales y su mente ya trabajaba apresurada,

anticipándose a cada consideración incluso antes que Scott la mencionara. Luego le llegó el turno a Oscar de hablar de lo que podría proporcionar su compañía y para entonces Scott ya lo había cautivado con tanta astucia que el hombre se esforzaba al máximo por obtener el negocio. Rosie, con expresión irónica, se negó a acompañarlos en el recorrido por las oficinas y se quedó bebiendo un café con la secretaria de Oscar, en espera de su regreso.

Se negaba a caer en la astuta trampa que Scott había tendido. Aunque en su interior era una víctima, igual que Oscar, y anhelaba que les dieran ese trabajo, no lucharía por él. Su orgullo se lo impedía, en especial después de la fría reacción de Scott cuando Oscar mencionó la elevada opinión que tenía del trabajo de la chica. Rosie había estudiado siete años en París. Había tenido los mejores maestros y sabía de lo que era capaz, pero no estaba acostumbrada a que juzgaran su trabajo de una manera tan arrogante, ni siquiera cuando lo hacía un famoso coleccionista de arte. Si él quería que ella hiciera su trabajo, tendría que pedírselo.

El sonido de sus voces hizo eco en el pasillo y Rosie volvió la cabeza. Con todas las apariencias de aplomo, se enfrentó a la astuta y penetrante mirada de Scott. Dejó su taza y se puso de pie.

— ¿Y bien? — preguntó.

Una leve y enigmática sonrisa cruzó por la boca de Scott, pero fue Oscar quien anunció:

— Los dejaré para que hablen a solas, ¿les parece bien? Pueden usar mi oficina. Rosie asintió y se dirigió, con movimientos agraciados, hacia la puerta cerrada.

Hasta allí todo iba bien; por lo visto Scott estaba lo bastante interesado para hacer una oferta.

— Permítame — murmuró Scott y una de sus bellas manos cubrió la de ella cuando trató de sujetar el picaporte.

Rosie se estremeció bajo ese contacto y habría retrocedido, pero el ligero roce de una tela sobre su hombro desnudo le indicó que Scott estaba justo a su espalda. Scott le dio vuelta al picaporte y lo empujó con suavidad para abrir la puerta; luego la siguió al interior.

Ella ignoró los sillones y de hecho no veía nada cuando se volvió despacio para enfrentarse a él, sintiendo las piernas torpes y pesadas.

— Es usted un hombre muy perverso al haber influido en Oscar como lo hizo — lo increpó, refugiándose en el ataque.

Él alzó una ceja con gesto sardónico.

— Tácticas y maniobras — declaró. Oh, sí, el titiritero en su mejor forma — . ¿No durmió bien, querida?

Rosie maldijo al sentir de nuevo el calor en sus mejillas y murmuró:

— Luché hasta el final para no dormirme, pero usted debería de saberlo, ¿o no?

— Qué criatura tan controvertida es usted, siempre dispuesta a luchar contra el mundo. Me pregunto por qué sintió la necesidad de huir como lo hizo — murmuró. Sin apartar los ojos del rostro de ella, empezó a rodear el sillón frente a Rosie, despacio y con mucha paciencia.

Rosie casi no podía respirar; su cuerpo temblaba con el mismo pánico de esa madrugada y sólo esperaba que no fuera obvio...

— No hui — replicó... ¡tan indiferente! Qué embustera era — . Tuve una experiencia

perturbadora, desperté con dolor de cabeza y quería irme a casa. Pero usted no quiso llevarme cuando se lo pedí.

— Muy poco razonable de mi parte, lo sé — se burló — . Sobre todo cuando se quedó dormida en mis brazos. En lugar de ello, la arrojé en la cama... ¡no sé qué me pasó!

— Ya se lo he dicho... usted es un hombre perverso y no juega limpio — logró decir Rosie con admirable serenidad.

— No... — murmuró Scott, rodeando otro sillón — . Tiene unas piernas encantadoras.

Rosie entornó los párpados y declaró maliciosa:

— Fui a verlo cuando estaba dormido, antes de salir.

— No estaba dormido — replicó, indolente.

Rosie perdió la compostura y giró brusca sobre sus talones. Su mirada tropezó con la de él, un tanto inquisitiva, y dijo lo primero que le vino a la mente:

— No pensé que volveríamos a vernos.

Scott sonrió y con un temblor interno, Rosie se preguntó qué era lo que acababa de revelar. Oh, Dios, ¿para qué tratar de ocultar algo ante esa mirada mundana y penetrante? Él era demasiado maduro y como lo hizo la noche anterior, leía en ella como en un libro abierto.

— A decir verdad — replicó él — , casi no la reconocí. Ella rió y recobró un poco la compostura.

— Eso no me sorprende — comentó apesadumbrada, señalándose con un ademán — . Esta imagen profesional es muy diferente de la persona mal vestida que usted conoció anoche.

— Creo que se ha recuperado — replicó Scott, estudiando las láminas enmarcadas con el ceño fruncido. Rosie trató de ignorar sus nervios cuando él se detuvo delante de una obra suya. Era absurdo, pero de pronto se sintió como una adolescente insegura delante de su maestro. Él la miró de soslayo — . ¿No quedó ningún efecto perdurable?

El cabello canoso se rizaba en la nuca sobre el cuello del traje, una intrigante contradicción sensual, pues el color acerado parecía desmentido por la abundancia.

¿Cómo lo sentiría bajo sus dedos? Brusca, interrumpió sus pensamientos. No quería saberlo.

— Querida — rió él con suavidad y se volvió a mirarla — , yo nunca hago nada por coincidencia. Jenson le envía su amor, pero no le enviará la cuenta, aunque cuando le hable de su éxito tal vez cambie de opinión. Es usted una jovencita precoz.

El comentario despreocupado la hirió y se puso rígida.

— ¿Precoz? — se burló Rosie — . Vaya, muchas gracias. Hacía años que no me decían eso.

— Pero lo es — replicó él, alzando las cejas — . Muchos diseñadores llegan a los treinta y tantos años antes de alcanzar el nivel de éxito que usted disfruta, ¿cuántos años tiene... veintidós, veintitrés?

— Veinticuatro — replicó ella con gesto impasible — . ¿Y usted? Los ojos oscuros se iluminaron con expresión risueña.

— Touché — murmuró — , tengo treinta y seis y sí, a mí me han llamado precoz también y sé lo tedioso que puede resultar.

De nuevo ella se dejó llevar por sus pensamientos, sin artificios.

— ¿Por qué ha venido aquí?

— ¿Por qué? — repitió, como si no hubiera considerado los motivos, o como si no

podiera creer que ella no los veía — . Para ver la clase de imágenes que puede producir la mujer que conocí anoche. Para ver cómo transforma las percepciones que capta a través de los ojos de otras personas, para ver a la persona que sorprendió a mi reservado Jaylon provocando en él un extraño deleite, y que hechizó a Jenson hasta el punto de hacerlo olvidar una cita que había pasado meses tratando de conseguir. He venido a ver si es tan competente como usted cree con tanta arrogancia.

— Sé lo que valgo — declaró ella con frialdad y echó la cabeza hacia atrás en un gesto orgulloso.

— Está equivocada — respondió Scott con imparcialidad clínica — . Usted no es buena.

Rosie retuvo el aliento, con los ojos brillantes y desconcertada. Ese hombre jugaba con ella, creando entre ambos una intimidad de comprensión con despreocupada facilidad. Los labios comenzaron a temblarle y se dio la media vuelta para que él no lo viera. No comprendía lo que él podía hacerle, con tan sólo un uso casual de las palabras. No sabía si experimentaba una extraña clase de dolor o sólo sorpresa, lo que sí sabía era que él destruía sistemáticamente su compostura, ya que la intención de lo que le hacía se adivinaba en esos ojos de mirada inteligente y despiadada y tal vez nunca lo perdonaría por eso.

— Usted es apasionadamente soberbia — continuó él, implacable y Rosie oprimió sus temblorosas manos contra su propio pecho — . Es sensible, sin demasiada delicadeza, sutil, sin ser insípida, gloriosamente viva, rebosante de colorido y expresión y sus dibujos tienen una profundidad insondable. Cuando haya madurado su vasto talento, será algo impresionante, ¿Nunca ha pensado que está desperdiciando su talento en este tipo de arte desechable?

— Esa es una actitud purista. No soy la clase de artista que se olvida del mundo por el privilegio de morir de hambre en una buhardilla — respondió confusa, sacudida internamente por ese terrible ataque velado. Luego señaló alrededor de la habitación — . Esos son temas reales y los ven personas reales. Están aquí hoy y desaparecerán mañana... ¿por qué nunca ha pintado algo para usted misma?

Rosie se quedó sin aliento ante su atrevimiento y su arrogancia y le respondió con la misma brutalidad:

— ¿Por qué usted siempre es tan compulsivamente reservado? ¿Por qué Jenson Chambers nunca se conforma con la tranquilidad, pero Jaylon Lee posee en su interior un insondable pozo de ella? Si empieza a hacer esa clase de preguntas, debe estar seguro de que desea escuchar la respuesta.

Scott caminó hacia ella. Su musculoso cuerpo de depredador se movía con un propósito determinado.

Le cubrió una mejilla con la palma de la mano y respondió en un tono extraño:

— ¿Por qué otra cosa lo preguntaría, Rosie? Por supuesto que quiero oír la respuesta. Ella no quería su sabiduría, ni su terrible perspicacia, y tampoco quería sentir ese perverso deseo de que siguiera tocándola. Volvió la cabeza y lo miró colérica.

— Ya se lo pedí antes, no sea condescendiente conmigo.

— ¿La verdad es condescendiente? — replicó y retiró la mano, sólo para dejarla caer, con sobrecogedora intimidad, sobre el hombro desnudo de Rosie. Las rodillas se le doblaban a la joven bajo ese ligero peso y los dedos de él se tensaron cuando ella trató de apartarse, prolongando el contacto entre ellos — . Tiene razón, pero sólo en

parte, pues no siempre soy compulsivamente reservado.

¿Qué era esa tensa conversación... una discusión, una franca lucha, un convenio de alguna clase que ella no podía comprender? ¿Por qué sentía deseos de gritarle, de echarse a llorar y por qué en lugar de ello prefirió darle una explicación?

— Pago un precio por lo que hago. ¿No lo hacemos todos? — murmuró tensa — . Tal vez no pinto para mí porque eso no le interesaría a la gente. Como están las cosas, al menos puedo pagar mis cuentas haciendo lo único que me causa placer. No me canso, ni me decepciono y tampoco me aburro. Nada me atrae como mi trabajo; es lo único en el mundo en lo que puedo perderme.

— De manera que lo realiza con frenesí. No me sorprende que haya progresado tanto en su carrera. Por supuesto, es lo único en el mundo en lo que ha progresado, puesto que es lo único en lo que se permite perderse. Cuan inocente es usted — declaró Scott e inclinó la cabeza.

CAPÍTULO 3

Rosie percibió de inmediato la intención de Scott y bajo la inexorable presión de la mano de él, su cuerpo se puso rígido cuando trató de resistirse, invadida de pánico. Tal vez él lo sintió, pues la sujetó con más fuerza; pero quizá no, ya que con lenta deliberación siguió inclinando la cabeza hasta que sus devastadores labios rozaron los de la chica. Ella estaba demasiado tensa y su tensión se disolvió en un incontrolable estremecimiento de terror. No podía pensar ni respirar, pero la suave presión de la boca de Scott la calmó. No exigía nada; de hecho, no se movió sino hasta que ella dejó de temblar y suspiró aliviada.

Eso no era pasión. Era una especie de saludo, como si Scott la reconociera por lo que ella era realmente. Era eso, o bien era una especie de tierna despedida... ¿se estaba despidiendo? Esa posibilidad la atravesó con la velocidad de un rayo, seguido del estruendoso trueno de la decepción. Él estaba despidiéndose con ese beso. Había ido allí debido a una mezcla de curiosidad personal y una necesidad profesional, un gesto sorprendente para un hombre tan importante y reservado; pero por alguna razón, había decidido llevar su negocio a otra parte. Ahora él se daría la media vuelta y saldría de su vida, esta vez para siempre.

Scott se apartó y se irguió, mirándola a los ojos con indiferencia. Rosie decidió que su expresión, en ese momento, era de lo más desconcertante y perturbadora.

Scott deslizó los dedos con suavidad sobre la clavícula de Rosie y ella se estremeció. Luego él sonrió y de pronto su rostro delgado y atractivo volvió a ser el de un frío manipulador en una sala de consejo.

— Quiero hacerle una proposición — declaró Scott, animado.

Scott era demasiado complejo para comprenderlo, y demasiado fascinante para alejarse de él. Rosie empezaba a sentirse aturdida.

— ¿Qué clase de proposición? — lo miró, cautelosa.

— De negocios, por supuesto — respondió él con un destello de diversión en sus oscuros ojos — . Quiero comprarle una obra de arte.

¿En realidad era eso lo que quería de ella? No sabía lo que mostraba su expresión, pero la cautela la hizo volverse para disimularla.

— Si quiere algo del material publicitario del que habló antes — declaró categórica — , deberá discutirlo con Oscar.

— No sería apropiado — señaló Scott con una autoridad decisiva — . Verá, la pintura que quiero comprarle es la que aún no ha realizado.

Ella alzó la cabeza con brusquedad y se volvió a mirarlo sorprendida.

— Pero yo no hago trabajos por encargo. No... no sé si sería buena.

— Entonces, ¿no cree que ya es hora de que lo averigüe? — inquirió alzando las cejas

— . Todo lo que quiero es que me reserve su próxima obra. Puede pintar el tema que quiera. El cuadro puede ser grande o pequeño. La única condición sería que le dedicará no menos de seis meses. Por supuesto, yo ajustaría el precio conforme a eso. Sugirió una cifra astronómica, pero Rosie apenas la captó.

— ¡Seis meses! — exclamó — . ¡Nunca he dedicado seis meses a un proyecto! ¿Cómo

puede pedirme algo así? ¿Cómo puede saber de antemano cuánto tiempo se llevará una pintura? ¡Eso es absurdo!

— No lo es — respondió Scott con suavidad. Sus ojos parecían atravesarla y su expresión era de reto — . Como le dije antes, cuando su talento haya madurado será algo impresionante. Pero no hay una sola obra, de las que he visto, que yo esté dispuesto a comprar, porque usted aún debe explorar hasta dónde puede llegar. No quiero promesas, quiero una realización.

— ¿Cómo se atreve? — estalló ofendida. ¡Nunca habían rechazado de esa manera su trabajo!

La sonrisa de Scott fue casi desdeñosa cuando respondió:

— ¿Cómo me atrevo a hablarle de esa forma, o cómo me atrevo a tener una opinión independiente? La verdad es, jovencita, que usted no vive en una ciudadela, y yo no rebajo mis estándares por nadie.

Rosie contuvo el aliento, tan sorprendida como si él le hubiera dado una bofetada. La inefable compostura con la cual Scott le replicó la hizo perder la perspectiva. De pronto se sintió muy joven e inexperta, furiosa y herida, y la expresión de tedio de Scott le decía que él veía todo eso y que no estaba impresionado. Nadie había juzgado su trabajo con tanta altanería. Había estudiado en una de las escuelas más exclusivas de París y sólo había recibido alabanzas y palabras de aliento por parte de maestros excelentes y conocedores. Incluso Oscar se ufanaba de la forma tan hábil en que había manipulado su carrera. Si tenía una elevada opinión de su trabajo, eso era simplemente un reflejo de la opinión de todos los que la rodeaban.

Qué arrogante se había vuelto, comprendió Rosie, poniéndose más pálida. Qué arrogante y qué complaciente. Scott tenía razón; hacía mucho tiempo que no aceptaba un reto y le enfureció por la forma tan insufrible en que él se lo hizo ver. En un destello de percepción, también comprendió que esa era la mente extrañamente sutil que había reunido aquellas sobresalientes obras de arte en su casa de Mayfair.

Ese conocimiento la obligó a controlar su furia y replicar con frialdad:

— ¿Se da cuenta de que eso podría resultar un desastre total? Yo no podría responder por la calidad de la pintura, puesto que no sé el efecto que pueda tener el límite de tiempo sobre mi técnica.

— He considerado esa posibilidad — replicó Scott distante y deslizó la mirada a lo largo de su cuerpo, como si quisiera considerar de nuevo sus méritos y sus debilidades. Los músculos de la mandíbula de Rosie se tensaban de cólera, ya que esa mirada la hacía sentir como si estuviera a la venta, en una subasta, en espera del mejor postor — . Pero por lo que he visto el día de hoy, estoy dispuesto a arriesgarme. Usted recibirá un pago por la pintura, sin importar cómo resulte. Pero no se tome demasiado tiempo para decidir, ¿quiere? No esperaré mucho tiempo.

¡Oh, Dios, qué comportamiento tan detestable!, pensó y replicó brusca:

— Tendrá que esperar seis meses, ¿cierto?

— Con la garantía de un resultado final — indicó él y luego añadió con sardónica diversión — , sin importar cuál pueda ser.

Esa fue la gota que derramó el vaso y con una mirada centelleante y una sonrisa tensa y furiosa, Rosie replicó:

— Aceptaré su proposición, pero a mi precio, no al suyo.

Scott le había ofrecido una suma digna del rescate de un rey por un posible fracaso y

algo destelló en las profundidades de sus ojos, tal vez cinismo o un incipiente desagrado.

— Estoy abierto a una negociación

— Mis propios estándares son demasiado elevados para aceptar un pago por un posible fracaso — declaró, ladeando la cabeza y lo miró con desdén — . Aunque usted debe tener demasiado dinero para desperdiciarlo de esa manera. No, mi precio es más alto y no se paga con dinero. En primer lugar, si hago la pintura, le dará a Oscar esa cuenta por la que usted se tomó tantas molestias esta mañana.

— Hecho — respondió él de inmediato — . Si usted es la diseñadora encargada del trabajo de arte. No obstante, deberá terminar ese proyecto antes de empezar la pintura, pues esto no puede esperar.

— Me parece justo — aceptó ella con peligrosa afabilidad — , pero hay una condición más. Si acepto, usted deberá posar para mí, tantas veces como yo lo necesite y con la frecuencia que lo desee. Tengo el capricho de pintar el retrato del opulento y reservado Scott Fox. Sería una obra excelente para exhibirla y muy popular, ¿no cree?

Logró atravesar esa formidable fachada. Scott se puso rígido, echó la cabeza hacia atrás y su rostro se ensombreció colérico ante la deliberada insolencia.

— ¡Eso es inaceptable! — estalló furioso.

— ¿Lo es? — convino Rosie con dureza, lo que atrajo la mirada de él — . Jamás esperé que consintiera en eso, Scott. Sólo quise que se sintiera como si estuviera a la venta, ya que eso no es nada agradable, sobre todo si sospecha que podría tener alguna deficiencia, y así es precisamente como me ha hecho sentir el día de hoy. ¡Tal vez soy arrogante y quizá no me he enfrentado a un reto, pero tengo tanto orgullo como usted!

Un pesado silencio reinó en la habitación mientras se miraban coléricos y luego Scott se echó a reír. Su atractivo rostro cobró un nuevo encanto, haciendo que Rosie lo contemplara con todo descaro.

— ¡Qué joven tan sorprendente es usted! — exclamó — . Pensé que la instigaría a aceptar el reto, pero es obvio que no di en el blanco. Lo siento, Rosie, debí abordar el tema con más sensibilidad. Qué impropio de su parte, considerando su habilidad cuando habló con Oscar.

¿Qué quería decir con eso? Era un hombre insufrible, dominante y demasiado gentil. Rosie desvió la vista y se encogió de hombros, aceptando reacia la disculpa, porque quería seguir enfadada con él y no lo lograba. Oyó el crujido de la ropa, una leve advertencia casi silenciosa que le erizó la piel, cuando él se le acercó. Scott colocó una mano debajo de la barbilla de la chica y con gentileza la instó a mirarlo.

— ¿Volvemos a intentarlo? — le pidió todavía con esa sonrisa a la cual era imposible resistirse — . Rosie, estoy visualmente hastiado y tan aburrido que apenas puedo recordar por qué empecé a comprar obras de arte por primera vez, pero en su trabajo hay una calidad excitante, tan impronosticable como usted misma. Explore su mundo de potencial. Acepte el reto de convertirse en una nueva ave y permítame observar su primer vuelo.

— Halagos — murmuró ella; una débil defensa contra su inexorable atractivo.

En ese momento parecía vulnerable e insegura y ni siquiera se daba cuenta de la forma tan confiada en que su barbilla descansaba sobre los dedos de Scott.

— ¿Quiere que también lo intente con el chantaje y el soborno? — preguntó Scott y su

sonrisa se convirtió en una mueca maliciosa — Oscar no obtendrá la cuenta sin eso. Y si acepta, posaré para usted, si así lo quiere. Sin embargo, deberá concederme la primera opción para comprar el retrato.

— Se vería muy bien desnudo — sugirió Rosie, sin pensarlo y de inmediato lo miró consternada y roja como la grana.

— Gracias — replicó él, deslizando los dedos a lo largo de la mandíbula de Rosie — .Me alegro de que lo crea así. Pero eso podría requerir unas negociaciones aún más... intensas.

— Yo... no quise decir... — tartamudeó, profundamente avergonzada al sentir algo eléctrico que corría desde la mano cálida de Scott y se extendía a lo largo de su cuello — . Eso... es decir... yo no...

El rió con suavidad y antes que Rosie pudiera apartarse, se inclinó para depositar un beso en la comisura de sus labios y luego la soltó. Ella ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

— Sé lo que hizo. Me juzgó con ojos de artista y eso fue un cumplido. Así que está decidido... yo tendré mi pintura, usted podrá hacer mi retrato y Oscar tendrá su cuenta. Así todos seremos felices.

— ¿Qué? — inquirió desconcertada por la rapidez con la cual él la hizo aceptar el convenio.

¿Había aceptado? Debió hacerlo, o por lo menos él así lo creía, pero ¿qué había dicho exactamente ella? Sus pensamientos eran confusos y el hábil negociador frente a ella lo sabía. Ni siquiera le dio oportunidad de recuperarse.

— Eso nos lleva a otro punto — prosiguió con tanta calma — ¿se da cuenta de que su situación actual no la ayudará?

— ¿Qué? — volvió a decir ella, desconcertada — . ¿Cuál situación actual? Scott alzó las cejas y la miró, sorprendido ante su torpeza.

— Vamos, el estado de sus manos, por supuesto. Una demora de dos semanas en el material publicitario que necesito no es aceptable, pero creo tener la solución. Usted necesitará investigar los diferentes aspectos de mi negocio antes de desarrollar algunas ideas propias. Puede dedicarse a eso durante su convalecencia, pero ¿cree sinceramente que esas heridas cicatrizarán si no les concede el reposo que necesitan? Jenson le advirtió que debería permanecer inactiva, pero eso no sucederá si está sola. Dígame, ¿quién la peinó y la maquilló hoy?

Rosie estuvo a punto de decírselo. Titubeó, abrió la boca, pero no habló y bajó la vista con obstinación. Scott reprimió una sonrisa.

— Pues bien, ya lo ve. Ni siquiera puede lavarse el cabello sin que vuelvan a abrirse las heridas y mucho menos podrá cocinar una comida decente. Tendrá que ir a casa conmigo.

Rosie reflexionó en eso con lo poco de su cerebro que aún podía funcionar, después empezó a hablar como un loro y casi gritó:

— ¿Qué? Pero usted no puede hablar en serio... yo no podría...

— Hablo en serio y usted puede hacerlo. De hecho, lo hará — manifestó con voz razonable y expresión decidida. Eso, aunado a sus rasgos enérgicos, tuvo el efecto de una aplanadora — . Es una idea excelente. La llevaré a mi casa en Oxfordhire; hay mucho espacio y los jardines son encantadores. Usted disfrutará de eso y, lo que es más importante, podrá estudiar todo lo que necesite acerca de mi negocio, además de

que yo podré responder a sus preguntas. Eso reducirá la demora.

— ¿Oxfordhire? — farfulló sin comprender nada — . ¿Pero usted no vive en Londres?

— No, me quedo en Londres entre semana, por razones de negocios, y paso los fines de ellas en Oxford — sonrió al notar su rubor y la palpable inquietud que trataba de disimular — . Las cosas pueden ser muy ruidosas en Oxford. Verá, tengo un sobrino de seis años que vive allí, un personal doméstico siempre dispuesto a ser útil y una madre que va de visita todos los domingos, además de algunos posibles invitados los fines de semana.

— Uh, una madre — murmuró Rosie como una tonta. Por todos los cielos, ¿por qué no podía controlarse?

Él le dirigió una mirada muy extraña.

— Jenson también va de cuando en cuando, así que como verá, no le faltará compañía; mis sirvientes podrán mimarla y sus manos sanarán más pronto. Oh, si le preocupa la falta de intimidad ante toda esa gente, puede estar tranquila. Hay una habitación extra arriba de la cochera, muy amplia, con un calentador portátil y baño, por si necesita alejarse de todos. ¿Qué más podría desear?

Trataba de presionarla. De pronto, Rosie, percibió algo más. A pesar de su comentario de que allí podría encontrar inspiración, Scott no actuaba como si estuviera sorprendido por su ofrecimiento. Había ido a la oficina de Oscar con la intención de hacerle esa propuesta. Eso la calmó de cierta forma y replicó serena:

— ¿Podría preguntarle por qué lo hace? ¿Por qué hacerle una oferta así a alguien que ayer usted ni siquiera sabía que existía?

Lo estudió con ojos perturbados y terriblemente cautelosos, tendiendo instintivamente a la incredulidad y al cinismo, como un perrito extraviado, más acostumbrado a un puntapié y una maldición que a una caricia y una palabra amable. Si él respondía algo incluso remotamente altruista, ella lo calificaría de embustero y nada la haría cambiar de opinión.

Una sombra de tristeza cruzó por las facciones de Scott, antes que su expresión se endureciera con ese destello de depredador implacable y, lo mismo que una niña que veía villanos en donde antes sólo se los imaginaba, Rosie se encogió con un jadeo inaudible. Ese hombre... el epítome del caballero inglés, reservado, cortés, un hombre de mundo por sus modales y su forma de vestir... de pronto casi no parecía humano. Lo miró y evocó la violencia con que la sujetó cuando tropezó con él la noche anterior, y también recordó que lo había comparado con un lobo.

— Digamos sólo que protejo mis inversiones — rezongó él.

Oscar no le fue de ninguna ayuda a Rosie. Aunque se comportó de la manera esperada cuando estuvieron sentados en su oficina después que Scott se fue, Rosie consideró su actitud como una traición personal, pues eso le concedía la oportunidad de ventilar sus confusos sentimientos de cólera. La chica se acurrucó en el sillón frente al escritorio y se sobrecogió al sentir dolor en las palmas.

— Tendrás que ir — declaró Oscar enfático — . Te hizo ver con toda claridad que es la única forma de obtener su cuenta y le agradezco que haya aceptado esperar que tus manos estén curadas... por un momento creí que perderíamos el negocio.

— ¡Recurro a ti en busca de apoyo moral y mira lo que obtengo! — refunfuñó Rosie, aceptando reacia el vaso con agua que él le sirvió.

— No — la contradijo Oscar en tono seco — , me has buscado para que haga eco a

todos tus temores y dudas acerca de esta invitación de Scott Fox. Pues bien, ¡no lo haré! Es la sugerencia más razonable que pudo hacer para que empieces a trabajar tan pronto como sea posible. Te confieso que te envidio. ¡Daría cualquier cosa por una invitación de él... la mayoría de la gente lo haría, y tú te quejas! En verdad no sé por qué estás tan alterada. Además del aspecto del negocio, es una oferta muy considerada. Incluso si él te intimida, ¿no te aseguró que casi nunca está en casa?

— Sí — murmuró más inquieta que nunca.

Necesitaba reforzar sus dudas y temores, pues eran barreras en contra de Scott y su invitación, ya que él la confundía tanto que no sabía hacia dónde volverse. En su mente resonaban ensordecedoras campanas de alarma, poniendo en estado de alerta todos sus instintos de huida. Pero un impulso en dirección opuesta le pedía que aceptara el ofrecimiento, aunque sólo fuera para satisfacer la compulsiva fascinación que ese hombre ejercía sobre ella.

Durante los últimos diez años, Rosie se contentó con calificar a los hombres como criaturas extrañas, una caja de Pandora que ella no tenía intención de abrir jamás. Los jóvenes de su edad eran insípidos en comparación con los hombres de mundo con quienes creció.

Su padre poseía el mismo poderoso carisma de Scott y cualquiera que vivía dentro del mágico círculo dorado de su influencia residía en Camelot, pero eso fue hasta su fallecimiento, cuando se desintegró el ambiente encantado en el que vivió durante sus primeros doce años de vida. Su madre era adicta a los hombres poderosos y poco después volvió a contraer matrimonio. Su padrastro también poseía ese toque mágico, pero algo en Rosie se rebelaba a la idea de dejarse arrastrar hacia el torbellino de la vida de otra persona.

De pronto comprendió que lo que Scott despertaba en ella era una profunda desconfianza en sí misma. Con cada característica humana que él mostraba, con cada gesto amable, e incluso con cada disculpa, la chica gravitaba hacia Scott comprendiéndolo, simpatizando con él, experimentando una profunda afinidad con esa parte que le ocultaba al resto del mundo. Sin embargo, por otra parte, tenía pánico.

¿En cuál de sus reacciones debería basarse? Incluso si Scott le aseguraba que no estaría en casa, excepto los fines de semana; ¿qué se suponía que debía sentir... decepción ante la perspectiva de sus prolongadas ausencias, o alivio? ¿Y por qué no podía liberarse de la imperativa influencia que esa invitación ejercía sobre ella?

También se sentía furiosa al ver que él la había manipulado, orillándola a esa incómoda posición. Se sentía atrapada entre la espada y la pared; si rechazaba su ofrecimiento, entonces él retiraría su cuenta del negocio de Oscar y ella tendría que enfrentarse a la inevitable tensión que eso provocaría en su relación con Oscar, en especial porque no podía encontrar una razón válida para su proposición. Pero si aceptaba... bien, eso significaba que tendría que enfrentarse a Scott y sus inquietantes matices, incluyendo ese inexplicable beso que le había dado hacía apenas unos minutos.

— ¿Ya decidiste lo que vas a hacer? — inquirió Oscar, ansioso, cuando su silencio se prolongó demasiado.

— No tengo que decidir sino hasta mañana al mediodía.

Esa no era la verdad estricta. Scott le indicó, antes de salir, que al día siguiente pasaría a recogerla el mediodía para ir a Oxford y que debía estar lista. Pero el lado

independiente de la personalidad de Rosie se negaba a reconocer eso como una orden. Scott asumió que ella aceptaría, lo cual era bastante arrogante, y si decidía no ir, simplemente no abriría cuando él llamara a su puerta. Pero sería una descortesía; no podía pensar en hacer eso, no al contemplar la mirada esperanzada de Oscar. Oh, Dios, ¿por qué Scott la había colocado en ese dilema?

— Si decides ir — siguió hablando Oscar — , ¿me llamarás para hacerme saber en dónde puedo localizarte?

— Por supuesto — respondió ella.

— Entonces, ya está hecho. Creo que hoy hemos dado un golpe maestro; sé que tú harás lo correcto.

— Escucha, será mejor que me vaya — suspiró cansada — . Tengo un millón de cosas que hacer. Y lamento no poder terminar los demás proyectos.

— No te preocupes, querida — declaró Oscar y añadió taimado — . Si lograste obtener la cuenta de Scott, eso lo compensa todo.

Era injusto, se dijo Rosie sin entusiasmo, pues no estaba segura de si se refería a Scott, a Oscar o a sí misma.

El día le pareció muy largo; cuando se dirigía a casa ya era la hora del tráfico intenso de un viernes por la tarde y le llevó mucho tiempo llegar a su pequeño apartamento. Durante el trayecto compró comida china para llevar y cenó con buen apetito. Después lavó su cara para quitarse el maquillaje y lloró cuando el agua jabonosa se deslizó debajo de las bolsas de nylon que le cubrían las manos, empapando las vendas y haciendo que las heridas le ardieran como si las hubiera rociado de sal.

Las siguientes horas le parecieron interminables y deprimentes debido a una sucesión de pequeñas tareas que, como resultado de sus lesiones, fueron tediosas y agobiantes. ¿Un personal doméstico dispuesto a ser útil?, pensó con amargura cuando se quitó la camiseta y se metió en la cama. Pues bien, podría cuidar de ella... sólo por unas semanas, hasta que sus manos mejoraran. Además, le haría un favor a Oscar.

Si era necesario, podría controlar a Scott. ¿No lo había hecho ese día? Si él la manipuló, ella hizo lo mismo y era un triunfo haber conseguido una cuenta tan valiosa para la compañía de Oscar, aunque fuera bajo las condiciones de Scott... Y no sólo eso, sino que también haría su retrato. Ambos habían cedido un poco para obtener lo que querían. Además, quería saber si Scott era digno de confianza... Quería averiguar si existía una naturaleza decente detrás de la arrogancia de alguien que se había criado rodeado de poder. Esa era la verdad, simple y sencillamente.

El descanso le hizo bien. Rosie hizo su equipaje y puso su maleta cerca de la puerta antes de dirigirse al café más cercano para desayunar unos panecillos con mantequilla y mermelada. Luego se dirigió a la farmacia para comprar algodón y gasa. El farmacéutico le desinfectó las heridas y le vendó de nuevo las manos. La chica se tardó más de lo que pensaba, charlando con el hombre y cuando al fin caminó de regreso a su apartamento eran casi las once y media.

Aunque el clima en Inglaterra aún era airoso durante el mes de mayo, el vecindario tenía un aspecto encantador con los primeros narcisos, los cerezos en flor y los rosales. Rosie iba tan absorta admirando los prados, que no notó que el Ferrari negro estaba estacionado en el extremo de la calle, sólo hasta que vio al hombre de cabello cano que caminaba hacia ella y se sorprendió al tropezar con su sonriente mirada... Iba vestido con pantalón de mezclilla y suéter de Shetland y parecía un hombre diferente,

más sencillo y abordable.

— Hola — saludó ella — . No lo esperaba tan pronto.

Lo cierto era que no esperaba algo así y la imagen que Rosie tenía de él sufrió un ligero cambio. Él tomó el paquete con las compras que Rosie llevaba y ella se lo permitió automáticamente.

— Pensé llegar un poco antes por si necesitabas ayuda, por ejemplo, para sacar la basura.

— Gracias — replicó ella sonriente? — . Pensaba hacer eso y sacar del refrigerador los alimentos perecederos. Pero ya hice mi equipaje.

Scott caminó a su lado. Parecía tan alto en comparación con su diminuta figura, esbelto y, sin embargo, musculoso, con una fuerza atlética innata que le daba a sus anchos hombros un aire agresivo.

— Bien — replicó él y su voz sonó divertida — . Casi esperaba que se hubiera arrepentido.

— Estuve a punto de hacerlo — murmuró Rosie.

— Rosie, ¿te he dado algún motivo para que me tengas miedo? — preguntó, pero sin el menor asomo de una amenaza.

Era fuerte y, sin embargo, también era fácil confiar en él, debido al cuidado con que disimulaba esa fuerza. En sus ojos había un destello vivido de algo que su expresión no revelaba. Eran unos ojos que atraían a sus profundidades, que exigían tanto como daban, multiplicando en el interior de la chica la intensidad de sus sentimientos que dejó escapar en un suspiro, lo cual fue una liberación y un reconocimiento a la vez.

— No es precisamente miedo — declaró y sus labios se suavizaron al pronunciar las palabras en voz baja, pero firme — . Nunca objeté tu invitación, pero sí albergo ciertas dudas en cuanto a tus motivos para hacerla. Desconfío de los hombres que saben manipular tan bien como tú y es un hábito difícil de romper. Ni siquiera estoy segura de que se trate de un hábito que deba romperse.

Él frunció el ceño y pareció a punto de decir algo, pero sólo se encogió de hombros y sonrió, llevándose a los labios una mano vendada de ella para depositar un leve beso en sus dedos. La soltó casi de inmediato, como siempre, y le quitó la llave, para introducirla en la cerradura.

— Te veo mejor/pero todavía un poco pálida. ¿Tuviste un día muy ocupado ayer?

El hábil cambio en la conversación le dio a Rosie la oportunidad de recobrar el aplomo y lo recriminó sonriente:

— Mucho, ¿pero a quién tengo que agradecerle eso?

— Tu Oscar es un hombre demasiado excitable — respondió Scott, amable.

— Creo que su esposa objetaría que lo llames "mi Oscar" — replicó en tono seco cuando él se hizo a un lado para que ella lo precediera al subir por la escalera.

Scott rió suavemente a su espalda, lo que la envolvió en una aterciopelada sensación auditiva, provocando en ella una sonrisa, la cual borró cuando llegó al rellano del tercer piso. Trató de aferrarse a una vaga sensación de indignación para darle un dejo sarcástico a sus palabras.

— Y sí, es un hombre excitable, pero eso es de esperarse después de la forma en que lo engatusaste ayer. Por supuesto, se siente en deuda por tu contribución a su negocio.

— Qué descortés eres cuando hablas en ese tono sardónico — replicó Scott, dejándola efectivamente sin aliento, mientras agitaba las llaves frente a su nariz — .¿Cuál de

ellas es la de tu nido de águilas?

Ella arrugó la nariz en un gesto altanero y le señaló la puerta. Él abrió y la siguió al interior. Rosie experimentó una extraña sensación de sofoco, pues la espaciosa habitación pareció contraerse con la dinámica presencia de Scott. Se quedó a un lado mientras él la recorría con pasos largos. Scott miró a su alrededor, observando el desordenado montón de libros, el atractivo sofá cama, el orden contradictorio de su material de trabajo y la maleta de lona cerca de la puerta.

Rosie no se había percatado antes, pero su apartamento era un refugio privado al que muy pocas personas tenían acceso. De pronto lo vio a través de los ojos de él y de alguna manera se sintió expuesta, como un animal nocturno que parpadea a la plena luz del sol y por alguna razón no pudo soportar la idea de que él hiciera algún comentario

personal sobre el lugar. Pero Scott no lo hizo, sólo sonrió y luego declaró:

— Yo revisaré el refrigerador. ¿Quieres que saque todo?

— Sí, por favor — esperó mientras él vaciaba en la bolsa de la basura lo que podía echarse a perder y sólo se acercó para quitarle de la mano el cartón de leche y vaciar el contenido en el fregadero.

— ¿Ya desayunaste? — inquirió él al erguirse con la bolsa de la basura en una mano

— . Si no lo has hecho, podemos detenernos en el camino.

— Ya desayuné, gracias — frunció el ceño y abrió el grifo para enjuagar los restos de la leche, aunque no habría podido explicar la razón de ese gesto.

Excepto, tal vez, que Scott parecía haber asumido el control de su vida desde que irrumpió en ella y eso nunca le había sucedido. Rosie se sentía incómoda, como si hubiera renunciado a una parte de su valiosa independencia. Él había invadido su mente y dominaba su pensamiento. Y nadie podía hacer eso sin contar por lo menos con una cooperación parcial.

— Veo que traes vendas nuevas en las manos — comentó él por encima del hombro.

Rosie cerró el grifo con brusquedad, controlando su expresión de dolor cuando se volvió a mirarlo.

Salieron juntos del apartamento y Rosie esperó a que Scott fuera a dejar la bolsa de basura en el depósito.

Sintió un estremecimiento.

Esos ojos oscuros y penetrantes veían demasiado y su única defensa era el instinto. Tendría que disimular con mucho cuidado las extrañas sensaciones de premonición que la atravesaban y que la hacían preguntarse por qué su vida parecía seguir ahora un curso diferente.

Sólo pasaría una o dos semanas en Oxford y se negaba a reflexionar siquiera por qué tenía la impresión de que iba a emprender un viaje del cual nunca regresaría, porque él lo vería en su rostro.

Scott regresó y la miró fijo, como si leyera en sus ojos todos sus secretos.

— ¿Ya estás lista?

— Estoy lista — murmuró en tono hosco e inclinó la cabeza.

CAPÍTULO 4

Rosie apretó la boca en una línea tensa cuando se instaló en el asiento del Ferrari y Scott se inclinó para abrocharle el cinturón de seguridad. Era difícil evitar su insistente mirada, ya en el interior del auto, en especial ahora que estaba vuelto hacia ella, con un brazo apoyado sobre el volante, en una inevitable confrontación.

Era demasiado imponente de cerca. Rosie volvió la cabeza hacia la ventana y fingió mirar hacia afuera, escuchando el absurdo latido de su corazón, en concierto con sus caóticos pensamientos. Era demasiado seguro de sí mismo, poseía una desenvoltura natural, experiencia y madurez, y era demasiado masculino. Y... demasiado acertado, pues al acomodarse en su propio asiento y poner el motor en marcha, Scott declaró:

— Sé lo incómodas que deben resultarte las restricciones por el momento.

— Odio sentirme inútil — exclamó ruborizada y reconociendo su intensa frustración — . ¡Me duelen las manos incluso cuando me preparo una taza de té!

— Eso no me sorprende — replicó él con estudiada indiferencia — . Tus pobres manos están muy lastimadas. Pero no eres inútil, sólo estás ligeramente incapacitada por el momento y creo que has demostrado tener sentido común al aceptar ayuda. Ten paciencia, eso no durará mucho.

Scott condujo el Ferrari sobre Hyde Park y luego pasaron por el Arco Marble. Se enfrentaba al tráfico londinense como lo hacía con todo lo demás... con un esfuerzo mínimo; eficiente, sin ser ostentoso. No se vanagloriaba de sus habilidades; simplemente hacía lo necesario. Rosie se sorprendió al percatarse de que no la intimidaba ese aspecto de su vigorosa personalidad; en lugar de ello, le inspiraba seguridad, parecía firme como una roca, algo confiable en un mundo tan cambiante.

Después de unos minutos, Rosie declaró con una ligera sonrisa.

— Siempre sabes hacer el comentario apropiado.

Él alzó una ceja y replicó, seco:

— ¿Eso crees? Pues ayer no lo hice tan bien.

— Reconozco que me alteraste — respondió Rosie y su sonrisa se tornó un tanto amarga — . Pero, ¿al final no obtuviste lo que querías?

— Sí, lo hice... — aceptó él, pensativo — , en términos de un beneficio para mi compañía, y tú aceptaste el reto de una nueva pintura y albergo grandes esperanzas acerca de eso. Puesto que eres una perfeccionista, puedo permitirme el lujo de esperar mucho, sin temor a presionarte demasiado. Pero como antes observaste, ¿justifica eso los métodos que he empleado?

Así que había comprendido lo que ella dijo y no la ignoró. Rosie guardó silencio, lo que en sí era una respuesta. Habían llegado al arco oeste de la carretera del Circuito Norte, donde el tráfico avanzaba despacio. Scott disminuyó la velocidad y sonriente miró a Rosie notando su expresión perturbada.

— Te confesaré algo — declaró en tono ligero — . Tú eres una buena influencia para mí. Tienes una personalidad muy poderosa que es un reto en sí, y tus perceptivos ojos azules me hacen percatarme de que he caído en la clase de conducta que hace diez años me habría parecido inaceptable. En mi carrera, me preocupo por los resultados,

no por la moralidad de los métodos y en la actualidad no hay nada en mi vida personal que pueda frenar mi arrogancia.

— Eso no me sorprende — respondió ella después de un momento — . Si Oscar, Jaylon Lee y la policía son un ejemplo de las personas con quienes tratas, debes estar cansado de que te consideren un semidiós.

— Hablas como si tuvieras experiencia con esa clase de cosas — observó Scott con el ceño fruncido.

— He vivido cerca de muchos hombres poderosos para comprenderlo — replicó Rosie, contemplando la expresión pensativa en el rostro de Scott. No le agradaba lo que oía, pero por lo menos se mostraba receptivo — . Tienes que ser duro, porque debes tomar decisiones difíciles y vivir con ellas. Tienes que ser implacable, porque la gente que te rodea es implacable. Y cuando eso se extiende hasta tu vida personal, la gente que te rodea empieza a mirarte con más temor que respeto y así se ensancha la distancia entre tú y el resto del mundo. En muchos hombres, eso hace que salga a relucir el aspecto más siniestro de su personalidad. La incomunicación personal puede crear un gran desequilibrio.

— Casi desearía que no me comprendieras tan bien — comentó Scott en voz baja, dejando ver su impecable dentadura, pero Rosie fijó la vista en los dedos que asían firmemente el volante.

Bueno, las revelaciones a veces eran dolorosas. Su mano se movió como si tuviera voluntad propia y se apoyó sobre el musculoso muslo de él.

— ¿Quieres que te confiese algo, ahora? — inquirió, y cuando él captó la inseguridad en su voz, la tomó de la muñeca — . A veces tengo miedo cuando estoy cerca de ti. No por ser quien eres, ni por lo que has hecho, pues me agrada lo que veo en ti y lo respeto, pero tú revives ciertos recuerdos que son difíciles para mí. Tengo miedo de ellos, Scott, no de ti.

Él la miró astuto y le oprimió la muñeca con más fuerza.

— ¿Fue tu padre? — quiso saber.

— Oh, en parte — respondió cansada, haciendo un ademán vago.

Él escuchaba atento y al ver que no continuaba, la instó:

— Él falleció cuando tú tenías once o doce años, ¿no es cierto?

Rosie jadeó sorprendida y luego exclamó:

— ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

— Lo adiviné en algún momento entre ayer por la tarde y esta mañana — replicó él encogiéndose de hombros — . No estoy seguro... tal vez fue un movimiento tuyo, o el giro de una frase. Tu nombre fue otro indicio, por supuesto. Rosie Phillips... Nicholas Phillips-Richards. ¿Te quitaste el Richards por razones profesionales?

— Sí, no quería que la gente se dejara influir al saber quién soy — el cuerpo le temblaba; Scott debió notarlo y ella trató de apartar la mano, pero él se lo impidió.

— En una ocasión vi a tu padre en la universidad, cuando asistió como conferencista invitado. Era un hombre muy carismático y no habría llegado a ser un prominente político si no hubiera sido así.

— Todos estábamos bajo la influencia de su aura. En muchas formas, era una vida de cuento de hadas — suspiró y apoyó la cabeza contra el respaldo, estremecida por la intensidad de su reacción al descubrir la astucia con que Scott adivinó quién era ella.

— ¿Quieres hablarme de ello, Rosie? — preguntó con suavidad, como si en realidad le

importara.

Y eso la convenció; de pronto su prolongado silencio ya no era una protección, sino una carga abrumadora.

— íbamos con él a todas partes — habló en voz baja y cerró los ojos para evocar todo de nuevo... el brillante desfile de diferentes lugares Era todo un séquito, la familia, maestros particulares, secretarios y consejeros. Hong Kong durante un año, luego Inglaterra, Arabia Saudita/donde participó en las negociaciones de aquel tratado en los setenta, Francia para las charlas del desarme nuclear...

— Lo recuerdo — murmuró él.

Scott conducía veloz a lo largo de la carretera, con sus bellas colinas ondulantes y sus pintorescas aldeas bañadas por la dorada luz del sol, pero Rosie no veía nada.

— Cuando el senador Phillips-Richards hablaba — prosiguió seco — , la gente escuchaba atenta. No era un secreto que se trataba de un brillante candidato a la presidencia. Mi hermano Josh y yo lo idolatrábamos. Me pregunto si él sabía lo mucho que lo oíamos hablar acerca de especulaciones y maniobras de poder, de decisiones políticas basadas en la conveniencia Podía aniquilar a cualquiera con su encanto. Mi madre estaba totalmente enfrascada en la vida de él y cuando lo mataron, eso casi la destruyó.

— ¿Cómo le afectó eso, a tu hermano y a ti?

— Oh, nos sentimos consternados, con una aturrida incredulidad. Éramos demasiado jóvenes para descubrir que nuestro ídolo tenía pies de barro y sólo fue hasta que fuimos mayores cuando reconocimos lo narcisista que era y lo mucho que dependía de la adulación de quienes lo rodeaban. No me interpretes mal; él no era un mal hombre, sólo egoísta. Era difícil concebir que alguien tan invencible pudiera morir. Todo ese ímpetu mágico que le daba un destello a nuestras vidas simplemente... desapareció. Mamá fue como un fantasma durante casi un año.

— Y luego volvió a casarse más o menos después de ese tiempo. Con Karle Heisenberg, el acaudalado coleccionista de arte alemán, ¿cierto? — entonces Rosie; abrió los ojos.

— Sí — el tono de Rosie era irónico — . Luego se casó con Karle.

La expresión de Scott era neutral cuando inquirió.

— ¿Entonces, Heisenberg y tú no se llevan bien?

Ella sonrió tensa; ¿cuántas veces había percibido su astucia? Observaba cada desliz, cada grieta en la fachada.

— Por el contrario — replicó irónica — . Mi relación con Karle es de lo más cortés. Él la miró inquisitivo.

— ¿Qué hizo entonces para que sientas esa animosidad hacia él?

— Absolutamente, nada — Rosie sonrió y se encogió de hombros — . Karle es simplemente como era mi padre... está seducido por su propio encanto y no le interesan mucho los hijos de otro, excepto por el posible valor que puedan tener como adornos para su estilo de vida. Yo me sentí más que feliz de irme a un internado en París y sólo regresaba a Estados Unidos en las vacaciones y las Navidades. Mi casa ya no me parecía un hogar, por lo menos no el hogar al que estaba acostumbrada.

— Y te quedaste aquí para vivir tu propia vida.

— Sí — convino ella — . Verás, el reflejo de la gloria tiene un atractivo muy limitado. ¿Qué clase de éxito real podía obtener si se basaba en la influencia de mi padrastro?

¿Qué clase de independencia? Ni él ni mi madre comprenden eso. Consideran mi insistencia en vivir de lo que gano como un aspecto divertido de mi personalidad y esperan que un día me canse de ganarme la vida y regrese a los bailes de debutantes y los discretos coqueteos con elegantes jóvenes de familias aceptables. Piensan que soy una excéntrica. Scott sonrió con maliciosa diversión.

— Vaya — murmuró casi para sí — , es la última pieza del rompecabezas.

— ¿Qué quieres decir?

La mano que le sujetaba la muñeca era como un ancla y un señuelo a la vez. De pronto la chica olvidó sus reminiscencias y volvió al presente. De nuevo trató de apartar el brazo; como un furtivo esfuerzo de reclamar su propio espacio; en respuesta, Scott deslizó la yema del pulgar sobre la sensible piel y ella se estremeció convulsa.

— Ahora comprendo por qué eres tan quisquillosa acerca de tu independencia — replicó él después de un momento — . Para ti no fue fácil... has tenido que luchar por ella a cada paso del camino.

— Oh, no es tan malo — declaró encogiéndose de hombros bajo su astuta mirada — . Sus motivos están mal encaminados, pero sus intenciones son buenas. Es sólo que yo no creo que la conveniencia sea lo más importante, ni que el camino más fácil siempre sea el mejor, y sé hasta qué grado se puede perder la dignidad cuando tratas con personas poderosas. Yo no volveré a pagar ese precio, porque lo que importa es la moralidad del método, Scott.

No importaba que la hubiera pronunciado en voz baja, la advertencia fue clara como el cristal y dio en el blanco. Rosie le dirigió una mirada rápida a Scott y notó que estaba rígido, luego su expresión se ablandó y con una vívida reacción, declaró un tanto apesadumbrado:

— Tan afilada como la punta de un clavo, e implacablemente honesta; hasta morir. Mi querida joven, yo no hago un mal uso de la influencia que tengo. Soy un protector, no un destructor.

— ¿Sí? — murmuró, casi soñadora, contemplándolo entre anhelante y nerviosa — . Pero ¿qué me dices de tus enemigos, de las personas en tu vida que se atreven a responderte con una negativa?

Un silencio ensordecedor acogió esas palabras y si antes se encontraba rígido, ahora la línea dura de su perfil parecía tallada en hielo.

— Si crees que vas a convertirte en juez de mi conducta — exclamó Scott con acidez — , te aconsejo que no lo hagas. No doy explicaciones de mis actos y tú no eres mi guardián.

Un sombrío destello de emoción explosiva brotó en el interior de Rosie, y se apoyó contra el respaldo del asiento, intimidada y fascinada a la vez por la cólera que provocó en él.

— Mi padre tampoco soportaba que se opusieran a él o lo interrogaran — señaló en voz baja, sin poder evitarlo y eso intensificó la furia de él.

— ¡Deja de compararme con los hombres a quienes has conocido y empieza a llegar a tus propias conclusiones! ¡Yo no soy tu padre! — estalló — . ¡Y si buscas un reemplazo para él, olvídale!

Eso fue como una bofetada; odiaba la forma en que él se percataba de las dudas que su propio orgullo le impedía reconocer plenamente.

— ¡Buscar un reemplazo! — exclamó violenta — . ¡Ni Dios lo quiera! ¡Si acaso, mi

padre me enseñó las cosas de las que debía desconfiar y que debía evitar en un hombre! ¡Gracias, pero no ando en busca de nada... me contento con vivir mi vida tal y como es ahora!

— ¿Te contentas? — replicó, brusco — . Oh, sí, veo que te contentarías con tu vida ordenada, sin retos ni provocaciones, sin que nada te afecte. ¡Qué bien lo has arreglado todo, pero es una lástima que la vida real no se ajuste a los ordenados casilleros que has diseñado!

Rosie replicó colérica:

— ¿Cómo sabes lo que es mi vida? Conoces una parte de mi pasado, no todo y crees comprenderme. Pues bien, no es así. ¡No todavía!

— ¿Crees que no te conozco? — respondió él con suavidad peligrosa — . O ¿que no puedo ver razones más profundas en lo que haces? ¿Crees que no percibí tu reserva cuando te besé ayer? O ¿que no sé qué en realidad me hacías una advertencia al hablarme de Heisenberg y de tu padre y por qué insistes en compararme con ellos? Es una ilusión muy conveniente, pero nadie puede ocultarse detrás de ella.

Un destello cruzó por la mente de Rosie. Se tomaría su tiempo, pero si la obligaban a enfrentarse a un hecho, con el tiempo lo aceptaría. Por supuesto, Scott se sentía atraído a ella, igual que Rosie a él, pero debido a su mayor experiencia, Scott lo descubrió mucho antes que ella. La chica evocó la expresión divertida en los ojos de él, la primera noche, cuando se conocieron... cuando ella lo besó en la mejilla y él la besó en la boca. Sus recuerdos avanzaron de ese momento a la delicada danza que Scott escenificó en la oficina de Oscar, el día anterior, interpretando sus reacciones mejor de lo que lo había hecho ella misma, avanzando y retrocediendo a la primera señal de reserva.

Era una realidad que no sabía cómo enfrentar. Se sentía miserable, confundida, agitada por la sorpresa de la confrontación e incapaz de pensar con claridad en lo que le reservaba el futuro. El expreso nocturno seguía su viaje hacia un destino desconocido. Rosie era ese expreso, avanzando cada vez a mayor velocidad por esa vía desconocida y no sabía dónde o cómo se detendría, ya que Scott era el conductor.

— ¡No voy a contradecirte, puesto que pareces conocer todas las respuestas! — estalló — . ¡Después de todo, sólo creerás lo que quieras!

De pronto la furia de Scott desapareció, como si nunca hubiese existido.

Replicó con frialdad y con el ceño fruncido:

— ¿Así es como me ves? No, Rosie, no creo en lo que quiero creer. Creo en lo que me demuestran. No tienes por qué preocuparte mientras estés en mi casa... entre nosotros no sucederá nada que tú no desees.

Fue entonces cuando él cometió otro extraño error. No era el momento apropiado para adoptar esa actitud paciente y paternalista y tampoco había sido el comentario más adecuado. Actuaba imperturbable, indiferente y controlado, pensó ella con amargura. Un hombre con un universo hecho a su medida y... algunos hombres se acostumbraban demasiado a dar órdenes. ¿Cómo podía saber lo que ella quería o no quería? Scott asumiría el mando, con esa arrogante presunción que le hacía creer que siempre sabía qué era lo mejor. Rosie odió la indomable calidad de ese control y experimentó un apasionado deseo de destruirlo.

— Querido — habló despacio y en tono sardónico — , yo habría podido decirte eso.

Él retuvo el aliento en una reacción reveladora. Luego sonrió violento y Rosie sintió

como si él hubiera aumentado la velocidad del expreso de medianoche.

La casa de Scott en las afueras de Oxford era una verdadera mansión, pero Rosie ya conocía lo suficiente de su estilo de vida y estaba preparada para eso.

Después de estacionarse, él sacó la maleta de Rosie mientras la chica bajaba del auto, con las piernas entumecidas y contemplando la casa victoriana de construcción irregular. Era todo lo que imaginó, basándose en la ecléctica personalidad de Scott; bien cuidada y agraciada, ubicada en un terreno de más de dos hectáreas, como una joya en un ornado escenario de exquisitos colores. El paisaje en el frente era soberbio y el jardín posterior debía ser igualmente impresionante.

La puerta de roble del frente era la parte más descuidada y la explicación pronto fue evidente cuando se abrió intempestivamente, girando sobre los bien aceitados goznes.

Scott, de pie a su lado, dejó escapar un murmullo exasperado cuando un pequeño bólido chocó contra sus piernas sin disminuir la velocidad. Rosie se sobresaltó. El bólido resultó ser un niño de cabello oscuro y ojos de color café, que ya poseía la turbulenta gracia que, con la madurez, se convertiría en un devastador porte semejante al de una pantera.

— Hola, amigo — lo saludó Scott, alborotándole el cabello con afecto. Mientras ella observaba, reuniendo a toda prisa sus primeras impresiones, pudo captar el inconfundible parecido — . ¿Te has portado mal, como de costumbre?

El chico decidió ignorar eso y en vez de ello preguntó.

— ¿Por qué tardaste tanto?

— Te lo dije por teléfono, ¿recuerdas? — replicó Scott sin dar muestra de impaciencia.

Por lo visto, pensó Rosie irónica, reservaba su impaciencia para los adultos recalcitrantes.

— Fui a recoger a una amiga que se quedará aquí durante un tiempo. Rosie, te presento a Harry.

— Hola — saludó la joven cuando el niño se volvió hacia ella con una expresión tan inquietante como la de su tío.

— Hola — respondió él, evaluándola con su mirada directa y penetrante — . ¿Qué te pasó en las manos?

— Me lastimé — respondió simplemente y miró a Scott.

— ¡Puedo ver eso! — replicó el niño y ella sofocó una risita — . Lo que quiero saber es, ¿cómo te lastimaste?

— Cuidado con tus modales — le advirtió Scott con cierta severidad que no disfracó la afectuosa indulgencia — . Harry, ve a informarle a Rosie que hemos llegado y pídele que prepare un poco de café, ¿quieres? Lo beberemos en la sala de atrás.

— De acuerdo — el niño se dio vuelta, pero antes de alejarse se volvió a mirar a Rosie

— . Mi nombre es Harry — le advirtió — , no Har.

Muy sorprendida y luchando ahora por contener la risa, Rosie logró prometer con la debida seriedad:

— Lo recordaré.

— Bien — declaró él satisfecho y corrió hacia la casa.

— Y cuidado con la... — Scott alzó la voz y lo inesperado del grito sobresaltó a Rosie.

La puerta se cerró con tal fuerza que la chica habría asegurado que el resistente roble se sacudía. Cuando el niño desapareció, Scott movió la cabeza, resignado, y se dirigió a la casa despacio. Rosie iba a su lado y él le preguntó:

— Y bien, ¿qué piensas de él?

La tensión que imperó en el interior del auto ahora se había disipado. Rosie casi se sentía decepcionada, pero estaba demasiado confundida para experimentar nada que no fuera una sensación de alivio. Con una ligera mueca, replicó:

— Todavía no es un "hombre peligroso", pero si esperas unos diez años, creo que lo logrará.

— Nunca se han pronunciado palabras más ciertas en broma — respondió apesadumbrado, pero su expresión se suavizó — . ¿Crees que podrás soportarlo mientras estés aquí?

— Creo que es un niño delicioso — respondió — . ¿Por qué vive aquí contigo?

— Mi hermana Riya falleció poco después que él nació, hace seis años, y el padre de Harry era corresponsal en Medio Oriente; lo mataron poco después de eso, así que de cierto modo yo lo adopté. Creo que fue lo mejor para todos. Mi madre y Rosie, el ama de llaves, lo vigilan entre semana, cuando yo estoy en Londres, pero aquí tiene el espacio suficiente para moverse sin enloquecernos a todos.

Habló con indiferencia, explicando simplemente los hechos de su estilo de vida, pero Rosie se volvió a mirarlo como si nunca antes lo hubiera visto. Debió ser una época difícil para todos, en especial para Scott, que se convirtió en el guardián de un niño. Esa relación debía ser más de padre e hijo que de tío y sobrino, y la imagen de Scott sosteniendo en brazos a un nene, era tan evocadora, e inesperadamente conmovedora, que la garganta se le secó. Él sería un padre maravilloso, severo, firme y amante. Scott era la clase de hombre capaz de fundar una dinastía.

Scott la guio al cruzar el imponente vestíbulo y se dirigió a la escalera. Rosie admiraba la decoración, una perfecta mezcla de estilos, tradicional y moderno, incluyendo el pulido suelo de madera oscura, cubierto con tapetes de diseños en tonos pastel.

— Te instalaré en uno de los dormitorios en la parte de atrás — le informó por encima del hombro — y espero que te agrade. Si lo prefieres, después podrás mudarte al apartamento de arriba de la cochera, pero por el momento será más fácil que estés bajo el mismo techo donde se preparan las comidas.

— Eso me parece maravilloso — murmuró Rosie, siguiéndolo.

La escalera se ramificaba en el rellano principal. Los pasillos eran angostos y por consiguiente desprovistos de muebles, excepto por las pinturas que adornaban las paredes. La chica volvía la cabeza de un lado a otro al caminar frente a una inapreciable fortuna en obras de arte.

— ¿Cuántos dormitorios hay?

— Siete y medio — respondió Scott con una risita.

— ¿Cómo puedes tener medio dormitorio?

— Es una habitación muy pequeña, diseñada originalmente para un nene. Está a un lado de la de Harry y el año pasado la reclamó para sus juguetes — se detuvo frente a una puerta en el extremo del pasillo y sonrió — . Te he instalado en el otro lado de la casa, lejos de él, pero Harry no tiene idea de lo que es la cortesía y quizá venga aquí a la primera oportunidad.

— Ya estoy advertida — sonrió deleitada cuando él abrió la puerta.

El dormitorio era encantador, decorado con cierto aire del tradicional estilo Victoriano y era femenino sin ser frívolo; el papel tapiz tenía un diseño de pequeñas rosas y hacía juego con el tocador de palo de rosa con cubierta de mármol. El armario era de

reluciente caoba, una obra de arte, pero lo que atrajo la atención de Rosie fue la cama de cuatro postes con dosel. Había una chimenea y del lado opuesto el ventanal daba a un balcón.

— ¿Te agrada? — inquirió Scott, sonriendo al ver su expresivo rostro.

— Scott, es muy bello. Me fascina.

— Bien — señaló hacia una puerta a un lado de la chimenea — . Allí está el baño, pero no te preocupes; es moderno y cuenta con ducha y bañera. Si quieres dejar aquí tus cosas, Rosie vendrá a sacarlas de tu maleta mientras bebemos café y comemos algo. Ella deseaba explorar el dormitorio y salir al balcón, pero reacia ignoró ese impulso.

— Me parece maravilloso.

— Tus modales son encantadores. Supongo que es demasiado esperar que Harry aprenda algo de ti — comentó Scott irónico — . Hablando de él, creo que vendrá a buscarnos en cualquier momento.

Por supuesto, Scott acertó. Encontraron al chico en lo alto de la escalera y fingió sorprenderse. Antes que pudiera evitarlo, Rosie se echó a reír, de un modo contagioso e irreverente. El rostro de Harry era una copia al carbón de la altanera arrogancia de Scott y rió con más ganas; de pronto la expresión del niño cambió y sonrió con un irreprimible encanto.

A partir de ese momento, Harry se convirtió en la voluble sombra de Rosie durante el resto de la tarde. Scott se instaló en la sala para hojear la correspondencia mientras el niño le mostraba a Rosie toda la casa, desde la cocina hasta la biblioteca, para luego llevarla al jardín posterior.

Conoció a Rosie, el ama de llaves, una mujer de cabello canoso de más de cincuenta años, cuya actitud de indiferencia ocultaba un corazón de oro; y a Adrien, su lacónico esposo galés, cuyo rostro curtido por la intemperie se iluminó cuando Rosie alabó los jardines, que eran su orgullo y su alegría. Ambos vivían en un apartamento en el sótano.

Rosie reprendió a Harry debido al caos que provocaron tres gatos y dos perros que residían en la ventilada cocina y se volvió riendo hacia Rosie.

— Tienen toda la casa y dos y media hectáreas de terreno para perderse por allí, ¿y en dónde se congregan? ¡Bajo mis pies!

— ¡Una palabra de usted y ellos hacen lo que quieren! — convino Rosie mirando con los ojos chispeantes al ama de llaves.

Harry no se dignó responder; estaba tirado en el suelo, a la mitad de la cocina, olvidado de su perturbadora precocidad y con un comportamiento francamente infantil.

El chico estaba jugando con uno de los perros y Rosie notó la suavidad de sus manitas mientras le murmuraba algo al animal y eso la conmovió. Los hombres de la familia Fox sabían llegar más allá de su inherente reserva y ni siquiera tenían que esforzarse. Lo único que tenían que hacer era ser ellos mismos.

La cena fue sencilla: carnes frías y ensalada, servidas con un excelente vino Mosela. Le permitieron a Harry quedarse un poco más tarde de la hora acostumbrada y el niño estaba feliz, hasta que al fin Scott subió con él para que se bañara y para contarle una historia antes de dormir. Cuando Rosie se quedó sola, se dirigió a su dormitorio y pasó algún tiempo explorando sus encantos. Rosie había subido antes, pues toda su ropa estaba guardada en el armario y en la cómoda, mientras que sus cosméticos y su cepillo para el cabello estaban encima del tocador.

Decidió darse una ducha y ya se había quitado el suéter cuando alguien llamó a la puerta.

— Adelante — respondió.

Scott asomó la cabeza y Rosie pensó que era una intrusión desconcertante, pero la sonrisa de su anfitrión era fría cuando preguntó:

— ¿Ya quieres retirarte, o te gustaría bajar un rato? Rosie consultó su reloj. Acababan de dar las nueve.

— Aún no tengo sueño. Sólo quiero darme una ducha y luego bajaré.

— ¿Podrás hacerlo sola, con las manos lastimadas? — la miró con gesto analítico — . Si quieres que te ayude a lavarte el cabello, sólo tienes que pedirlo.

Ella se ruborizó y se sintió molesta por su propia reacción.

— Yo... ¿estás seguro de que no será una molestia? — tartamudeó y se ruborizó más al pensar que quizá había entendido mal y él se refería a que podía enviarle a Rosie.

Scott sonrió divertido al ver sus sonrojadas mejillas y abrió bien la puerta para entrar con toda calma.

— Si fuera una molestia, no te lo habría sugerido — respondió amable — . ¿Tienes champú?

— Sí, debe estar en el baño — respondió Rosie y fue a ver. Su champú y su acondicionador estaban en el anaquel.

Scott la siguió. Apenas había espacio suficiente para los dos y cuando Rosie se volvió rozó el cuerpo de Scott. Con manos cálidas y fuertes, Scott la tomó de la cintura, luego tiró del borde de su camiseta y se dispuso a quitársela. Rosie apretó los brazos a los costados y replicó sin aliento:

— No creo que eso sea necesario.

— Por supuesto que sí, no querrás empaparte la ropa — bromeó y le alzó los brazos. Su contacto era aterciopelado sobre la sensible piel de Rosie. La chica sintió que se erizaba y se tensó para controlar un estremecimiento — . ¿Qué sucede, no usas sostén? — inquirió con burlona solicitud.

— ¡Eso no importa! — vaya un dilema, queriendo defenderse de ese poderoso ataque sensual, pero demasiado orgullosa para ceder. Tenía el cuerpo rígido como una tabla.

— ¿Por qué entonces no me dices lo que sucede? — murmuró Scott y le rozó una oreja con los labios.

Eso era más de lo que ella esperaba; mejor y peor a la vez. Scott se aprovechó de su confusión... ¿cuándo no?... y con toda habilidad le deslizó la camiseta por encima de la cabeza y dejó caer la prenda al suelo. A pesar de que sí usaba sostén, Rosie cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto instintivo de protección. Scott tomó una toalla y se la entregó. Rosie se cubrió la cara con ella mientras él la hacía inclinarse hacia el lavabo. Le lavó dos veces el cabello, y le dio un masaje con el acondicionador. Rosie sufría una agonía, con la cara sepultada en la toalla mojada. La tarea se prolongó demasiado y a la vez terminó demasiado pronto cuando, con un ademán decisivo que reveló cierta tensión, Scott cerró bruscamente el grifo y le enredó el cabello con la toalla.

Rosie sintió una corriente de aire frío sobre su acalorado cuerpo y supo que él se había apartado. Aun sin abrir los ojos, murmuró.

— Gracias.

— Ni lo menciones. Iré a encender el fuego en la sala para que puedas sentarte frente a la chimenea y secarte el cabello — señaló cortante, en desacuerdo con la incitante

sensualidad de sus manos.

Rosie se aventuró a abrir los ojos cuando se irguió, desconcertada por su extraño estado de ánimo, pero él ya había salido. Deseó que se alejara en medio de la incómoda intensidad que despertaba en ella; sin embargo, ahora que él se había ido, Rosie experimentó una extraña sensación de anticlímax, como si lo que en realidad quisiera fuera que él se quedara.

Eso era ridículo; por supuesto que no quería que se quedara. Su problema era que no sabía lo que quería. Sus instintos en conflicto tiraban de ella en una dirección y luego en otra. Con el ceño fruncido, la chica se desnudó y, con una furtiva sensación de culpa, sacó de su bolso los guantes quirúrgicos que le vendió el farmacéutico para que se protegiera las manos cuando se bañara. Con ellos, tal vez habría podido lavarse el cabello sola. Tenía la extraña impresión de haber hecho trampa en un juego de cartas. Se puso los guantes con cuidado y se metió bajo el chorro de agua.

El intenso calor relajó sus músculos. Rosie suspiró al apoyarse contra una pared del cubículo y echó la cabeza hacia atrás.

¿Qué esperaba lograr con su artimaña? ¡Esos tres últimos días habían sido un maratón! No sólo en términos de crisis y por tener que reajustar su programa de trabajo, sino también por el florecimiento de un sinnúmero de pensamientos y sentimientos desconocidos, incluso hasta por su preocupación más reciente en el sentido de que tal vez se había equivocado al pensar que Scott se sentía atraído hacia ella. Desde que llegaron a Oxford, Scott no había hecho ninguna referencia siquiera a lo que discutieron durante el viaje. Ni una sola vez Rosie vislumbró aquella chispa eléctrica y excitante en los ojos de él cuando la miraba, por lo que empezó a dudar de sus conclusiones.

Tal vez Scott no sentía la misma atracción que ella sentía hacia él. Incluso si la sentía, quizá era demasiado prudente para actuar conforme a eso.

¿Qué tenía ella para atraer a un hombre maduro y de mundo como Scott? Rosie deslizó su crítica mirada por las esbeltas curvas de su cuerpo desnudo y de sonrosados pezones donde no había ninguna voluptuosa sensualidad. La línea del torso se angostaba hacia la diminuta cintura, pero no se ensanchaba en provocativas curvas hacia las caderas. La piel blanca en los muslos era tersa, pero sus piernas eran más bien delgadas, y en cuanto a las posibles atracciones del triángulo de oscuros rizos de su feminidad, sólo pudo encogerse de hombros con franco desconcierto.

La sexualidad era un misterio para ella, de muchas formas, pero se percataba de que Scott era un hombre muy atractivo, con un saludable apetito sexual y un calor tan genuino en su sonrisa, que Rosie parecía cobrar vida cada vez que él le sonreía. Lo que era más, Scott poseía una vasta capacidad de ternura que ella no habría imaginado; sólo bastaba con ver cómo era con su sobrino para confirmar eso.

¿Qué podía hacer para despertar la atención de un hombre como él? ¿Usar ropa íntima sugestiva, tener una conversación chispeante, una seductora actitud de mujer de mundo? Rosie carecía de todo eso.

Terminó de bañarse, salió del cubículo y se secó con tal brusquedad que su piel adquirió un tono rojizo. Ella poseía todos los instintos de una mujer madura, pero no sabía a dónde la llevaría eso. No sabía cuál era la siguiente etapa en el arte de la seducción y por primera vez en su vida esa falta de conocimiento le parecía una desventaja.

Ciertamente, su charla con Scott durante el trayecto a Oxford debió ejercer el efecto de una advertencia, lo cual era su intención original, pero tal vez con eso se había cerrado una puerta. Cuando Scott tuviera tiempo de meditar en lo que Rosie le dijo, ¿no llegaría a la conclusión de que continuar con ella una relación significaría un problema, y que no merecía la pena? ¿Consideraría su advertencia como un franco rechazo y se guiaría por eso? Todo lo que él había dicho y hecho desde su llegada a Oxford parecía refrendar algo... Scott era un hombre decente y tenía la fuerza de voluntad suficiente para apegarse a sus principios.

Con un suspiro de derrota, regresó al dormitorio, se puso un traje pantalón nada excitante y bajó descalza por la escalera para participar en una relación que comenzaba a resultar agri dulce.

CAPÍTULO 5

Scott estaba en la sala, sentado en un sillón frente al fuego, y un concierto de Bach se escuchaba en el soberbio aparato estereofónico. Rosie prefería la sencilla comodidad de esta salita a la elegante formalidad de la vasta área de recepción en el frente, y se detuvo en el vano de la puerta para observar a Scott sin que él se percatara.

Él poseía esa extraña e indefinible cualidad de poder combinar la severidad con una sensible humanidad, era un hombre rudo, de impresionante presencia, que, sin embargo, podía fundirse en su ambiente, sin eclipsarlo. Scott se había quitado el suéter, pues hacía calor en la habitación, y vestía una camisa y un pantalón sencillos; las líneas duras de su rostro se habían suavizado y se percibía en él una tranquilidad que no tenía en Londres. Era evidente lo mucho que él amaba su hogar.

Uno de los gatos estaba echado sobre su regazo. Él alzó una mano para acariciarlo, distraído; los largos dedos resaltaban contra el fuego y Rosie se estremeció, como si también la acariciara a ella. Qué sencillo era aceptar ese lado más calmado de su personalidad.

Scott se volvió y la contempló. La mirada de Rosie era incierta y su cabello estaba desordenado. Al ver su cálida sonrisa de bienvenida, Rosie no ocultó su emoción. Scott bajó al gato de su regazo y lo depositó en el suelo sin la menor ceremonia.

— Aquí estás — expresó Scott — . ¿Quieres que te acerque un sillón el fuego?

Ella negó con un movimiento de cabeza y caminó descalza hasta la chimenea.

Sintió el calor del fuego en la piel y desapareció el frío que empezaba a experimentar después de la ducha.

— Me agrada sentarme en el suelo.

— Ven aquí, a mi lado — murmuró él; sus ojos oscuros reflejaban el resplandor del fuego — . ¿Trajiste un cepillo para el cabello? ¿No? No importa, usaré los dedos y pronto estará seco.

Había en esa frase una promesa tan intensa de placer sensual, que a Rosie se le doblaron las rodillas cuando llegó a su lado. Prácticamente, se desplomó a sus pies como una suplicante delante del rey y al percatarse de lo ridículo de la situación, se echó a reír burlona.

— ¿Harry está en su habitación?

— Sí, se quedó dormido... una dudosa bendición, puesto que pagaremos el precio de una velada tranquila cuando nos despierte mañana temprano — le había hecho una ligera advertencia y ella no la rechazó, pero aun así el ligero roce de sus dedos entre el cabello mojado la sacudió con una oleada de sensaciones.

Rosie entreabrió los labios en un leve jadeo y se estremeció sin poder evitarlo.

Él no habló, sólo siguió separando los mechones húmedos con movimientos suaves, hasta que la chica vibró de placer. La tensión desapareció de sus músculos y se sintió débil, con la cabeza demasiado pesada para mantenerla erguida. Entornó los párpados y ni siquiera se percató de queladeaba la cabeza, hasta que su mejilla chocó contra la rodilla de Scott. Se sobresaltó, pero en una instantánea reacción la mano de Scott se apoyó sobre su cabeza para impedir que la levantara.

Rosie dejó escapar un suspiro. El momento era fugaz. Dejar que su cuerpo se relajara contra las piernas de él era una opción preferible a una retirada brusca, así que Rosie apoyó bien la mejilla sobre la pierna de Scott.

Los dedos mágicos e hipnóticos empezaron a deslizarse de nuevo por entre su cabello.

— ¿Te agrada este lugar? — preguntó él.

— Me fascina — replicó Rosie con espontánea sinceridad — . Tienes una casa muy bella.

Ya tenía el cabello seco, pero él seguía acariciándola y por nada del mundo se habría apartado de él.

— Entonces, ¿te alegras de haber venido?

— Sí, por supuesto. No me había dado cuenta, pero creo que necesitaba alejarme de Londres por un tiempo. Este lugar es muy placentero.

— ¿Y qué me dices de todas tus dudas? — inquirió él y la chica percibió la risa en su voz.

— Scott — replicó en tono seco — , jamás te consideré un villano, de lo contrario me habría negado a venir, trabajo o no trabajo. Lo que más me inquietaba era saber si podríamos mantener nuestra relación bajo cierta integridad. No me agradan los juegos mentales.

— No, ¿verdad? — replicó él después de meditar un momento — . Dices lo que piensas, sin importar lo difícil que te resulte, o incluso si provocas una reacción adversa. Yo admiro esa clase de valor. Así que, ¿no te arrepientes?

— Me arrepiento de muchas cosas, pero no de haber venido aquí — sonrió — . ¿Quieres que hablemos del trabajo mañana, o prefieres hacerlo esta noche, mientras Harry está en la cama?

— Ten compasión — pidió perezoso y divertido — . También es mi fin de semana. Tratemos de relajarnos mientras podamos hacerlo. Antes de regresar a Londres me aseguraré de que todo el material que necesites estudiar esté a tu disposición en la biblioteca, el lunes por la mañana. Eso puede esperar hasta entonces y yo te llamaré durante la semana para ver cómo van las cosas, ¿te parece?

Ella contempló el fuego, la mezcla de luces y sombras y las largas piernas de Scott, estiradas a su lado.

— Sí, me parece bien. Acabo de recordar algo — continuó con un bostezo — . ¿Te importaría si le doy a Oscar tu número de teléfono, para que pueda comunicarse conmigo en caso de que sea necesario?

— No me importa, siempre y cuando él sea discreto — declaró con voz profunda y suave mientras delineaba con el dedo índice la delicada curva de la oreja de Rosie.

Al sentir un hormigueo, la chica alzó una mano para cubrirse la oreja, ante lo cual él rió burlón y le estrechó los dedos en una muda disculpa.

— Oscar puede ser muy discreto, sobre todo cuando hay de por medio una utilidad para su negocio — respondió irónica y él volvió a reír — . Pero no se lo daré si tú no quieres.

— Eso sería una descortesía de mi parte. El pobre hombre se pondría frenético si no supiera dónde localizarte. Si tú aseguras que es discreto, lo creeré hasta que él demuestre lo contrario. No son muchas las personas que tienen el número de teléfono de mi casa en Oxford.

Siguió acariciándole el cabello y contemplando la oscura cabeza apoyada sobre su

rodilla. Rosie apartó la mano de su oreja, revelando la vulnerable belleza de su cuello y su piel blanca como el marfil.

— Protege mucho tu hogar — murmuró Rosie entornando los párpados.

— Debo hacerlo. Aquí guardo muchos objetos valiosos y, como me indicaste ayer con tanta agudeza, soy muy rico y demasiado conocido, lo cual a veces atrae una atención indeseada — a pesar de la fortuna en obras de arte y muebles que decoraban su hogar, el tono de voz le indicó a Rosie que no se refería a los objetos materiales.

"Soy un protector, no un destructor", le había asegurado antes, en el auto, y ella comprendió que había hablado muy en serio. Debía proteger a las personas que le importaban, de una manera compulsiva y callada, cuidando todos los detalles.

Esa incesante diligencia habría provocado en Rosie una sensación de claustrofobia, pero de alguna manera no fue así. Sabía, por experiencia, lo fatal que era suponer que sólo los demás podían sufrir una tragedia; ¿acaso su padre no viviría ahora si hubiera tomado más precauciones, en lugar de creer en su propio mito de hombre invencible? Rosie comprendió que la época dorada de su juventud fue una ilusión, en la cual todos estaban ligeramente embriagados de poder.

Esta era una historia diferente. Por sus conversaciones anteriores y por lo que acababa de escuchar, podía ver que Scott conocía bien los usos y abusos del poder, de tal manera que mantenía separadas por completo las dos partes de su vida para que su intimidad no resultara dañada ni estuviera bajo la influencia del aspecto público. No era de sorprender que, instintivamente, empezara a sentirse segura, como no le había sucedido desde el fallecimiento de su padre.

— ¿Alguna vez ha estado Harry en tu casa en Mayfair? — pregunto Rosie de pronto. Percibió cierta pesadumbre en la voz de Scott cuando replicó: — Nunca te pasan inadvertidos todos los matices, ¿verdad? No, él nunca ha estado allí; tampoco Rosie, ni Adrien, ni mi madre ni muchos de mis amigos. Jenson sí va allí y tú también has estado en esa casa. Antes de morir, mi hermana acostumbraba ir a Londres y a veces me visitaba. Son pocas las personas que conocen las dos caras de mi vida y no las comprenden.

Al fin Rosie cerró los ojos, pues los párpados le pesaban demasiado. Frotó la mejilla contra la rodilla de Scott y murmuró:

— ¿No te resulta eso demasiado agobiante?

— Es una necesidad — respondió breve.

Ella asintió comprensiva, pues se sentía demasiado soñolienta.

¿Soñolienta? Abrió los ojos, sorprendida. Eso no era posible; nunca dormía la primera noche en un lugar extraño y menos en compañía de un hombre que tanto la perturbaba. No, sólo estaba relajada y en lugar de luchar contra esa sensación, se dejó llevar por ella.

— Qué curioso — murmuró cuando el fuego y las sombras parecieron fundirse. De pronto todo le pareció muy claro.

Él esperó, pero cuando Rosie no continuó, inquirió:

— ¿Qué es lo que te parece curioso?

Rosie no respondió. Estaba profundamente dormida.

Durante un tiempo, Scott se quedó contemplando la cabeza oscura. Luego se movió y con suavidad se inclinó para levantar su cuerpo laxo y acomodarla sobre su regazo. Rosie emitió un leve gemido, entre suspiro y ronquido, cuando Scott apoyó la cabeza

de la chica en su propio hombro. Parecía una niña, desde la tierna curva de los labios entreabiertos hasta la suavidad de su cuerpo. Profundamente dormida Rosie se acurrucó contra él.

Pensó que nadie lo observaba, pero estaba equivocado. Después de ir a ver por última vez a Harry, el ama de llaves se asomó a la puerta de la sala con la intención de preguntarle a Scott si necesitaba algo ante de irse a dormir, pero guardó silencio al verlo besar con ternura la frente de Rosie y al ver la expresión cuando estrechó en sus brazos a la joven.

Rosie abrió los ojos y vio las rosas en el techo. Era extraño... Parpadeó, pero las rosas seguían allí y después de un momento de confusión comprendió que era el dosel de la cama, no el techo. A través del ventanal el sol brillaba en lo alto.

¡Santo cielo, se había quedado dormida! Pensó en sonreír al sentir que había descansado, pero en vez de eso frunció el ceño. No recordaba cómo había llegado a la cama. Todo lo que recordaba era su propia sorpresa cuando empezó a quedarse dormida contemplando las llamas, mientras Scott le acariciaba el cabello, en la planta baja. Él debió subirla y arroparla en la cama. Contempló su cuerpo debajo de las mantas y se ruborizó. Scott había sido muy dulce, igual que aquella noche en Londres. Pero... qué embarazoso. Le había quitado el pantalón y sólo tenía puesta la sudadera. ¿Qué habría pasado por su mente al deslizar la suave tela color gris sobre sus esbeltas piernas, con esos dedos tan sensibles?

"Tienes unas piernas muy bellas". Sintió una punzada de añoranza; no sabía cómo mitigarla, pero sabía que Scott sí podía hacerlo. Evocó la suavidad de sus manos y el calor del fuego, su charla y la seguridad que experimentó a su lado.

Rosie se desperezó debajo de las sábanas. Sentía algo maravilloso, exótico y no obstante familiar. Escuchó un ruido en la puerta de su habitación y volvió la cabeza cuando el picaporte giró. La puerta se abrió sigilosa y Harry se asomó. Al ver a Rosie despierta, con los ojos fijos en él, dejó escapar un sonido sofocado y retrocedió, pero ella se echó a reír y le pidió que entrara. El niño entró, vestido con un pantalón de mezclilla y una camisa demasiado grande.

— Scott me advirtió que no te molestara, pero quise venir a ver si ya estabas despierta... No se lo dirás, ¿verdad? — suplicó.

— Por supuesto que no — replicó Rosie y se sentó en la cama — . Además, ya estaba despierta, como tú pensaste. ¿Qué hora es?

— Casi mediodía — le informó él con un dejo de reproche y se sentó al pie de la cama — . Dormiste toda la mañana. Mi abuela está aquí. Le gusta que la llamen "Helen", yo la llamo "abuelita".

— ¿Ah, sí? — Rosie se echó a reír — . ¿Y qué hace ella?

— Aprieta la boca y me mira desdeñosa — declaró él con una mueca.

— ¡Vaya, veo que tendré que cuidarme de ti! — exclamó con fingida severidad — . ¿Por qué no bajas ahora para que yo pueda vestirme?

Él obedeció refunfuñando e informó por encima del hombro:

— Le diré a Rosie que ya te has levantado. ¿Quieres desayunar?

Rosie no quería causar problemas, así que respondió:

— No, gracias, pero beberé una taza de té. Bajaré en quince minutos.

Lo hizo en diez, vestida con una sencilla blusa de color crema, un chaleco bordado y un

pantalón de color canela. Después de una noche de profundo sueño, se encontraba animada y rebotante de vida, con los ojos brillantes. Decidió ir a la cocina a beber su taza de té y tropezó con Scott al dar la vuelta en un recodo del pasillo. Él la sujetó con las manos cuando ella se tambaleó. La chica lo miró a los ojos y comentó risueña:

— Por lo visto tenemos el hábito de chocar el uno con el otro...

Su voz se apagó cuando sus miradas se encontraron. Fue como una corriente eléctrica; el mundo seguía su curso normal, mientras ella se sentía arder bajo esa intensa mirada. La serenidad de la velada frente al fuego estalló en una silenciosa explosión. ¿Así se habría sentido él cuando la llevó a la cama, le quitó el pantalón y la cubrió con las mantas? Entreabrió los labios y lo miró desconcertada.

Oh, ¿cómo pudo estar tan equivocada? ¿Cómo pudo imaginar la magnitud de la interacción sexual que aparentemente se agitaba en el turbulento océano de sus ojos? Scott parpadeó y volvió a ser el amigo; la sujetó sólo lo necesario, hasta asegurarse de que había recobrado el equilibrio y sonrió.

Ella se sintió privada de algo y apesadumbrada, por lo que sólo fue una ilusión, no obstante por un momento pareció tan real que casi creyó que Scott la recibiría con apasionado júbilo. En lugar de eso, estiró la mano en un ademán fraternal para alborotarle el cabello.

— Hola, por lo visto dormiste muy bien. Te presentaré a mi madre después de que hayas desayunado. Rosie te está preparando algo.

Rosie volvió la cara hacia otro lado, tratando de controlar el absurdo impulso de golpearlo.

— Entonces será mejor que vaya — replicó tensa.

Él inclinó la cabeza para estudiar el rostro de Rosie, de donde había desaparecido la expresión de vitalidad e inquirió ceñudo:

— ¿Te sientes bien?

— Por supuesto — respondió echando la cabeza hacia atrás y le dirigió una sonrisa brillante — . ¿Por qué no debería estar bien?

— No lo sé — replicó él con voz reflexiva y Rosie supo que debía alejarse de allí a toda prisa.

— Fuiste muy amable al llevarme anoche a mi cama — le dijo, alzándose sobre las puntas de los pies, para besarla en la mejilla.

Scott echó la cabeza hacia atrás con brusquedad como si lo hubiera golpeado y algo semejante a la cólera brilló en sus ojos, pero Rosie no se detuvo a averiguar qué era.

Rosie le sirvió el desayuno en la mesa de la cocina. Rosie se sorprendió cuando se terminó todo, pero la comida no le supo a nada. No quiso reflexionar en eso y para distraerse se concentró en los cinco animales echados a sus pies, en Rosie y en Harry. Después, le presentaron a la esbelta y elegante Helen Fox.

La anciana dama era muy reservada, pero poseía una impecable cortesía y era frágil. Rosie se imaginaba cómo debió ser Helen Fox en su juventud, con la delicada belleza de una rosa inglesa. A medida que avanzaba la tarde, la dama parecía cada vez más relajada, en contraste con la creciente tensión que se acumulaba debajo de la fachada sociable de Scott.

Pero no se concentraría en él. Cada vez que sus miradas estaban a punto de encontrarse, Rosie rehuía el contacto, temerosa de que Scott intuyera la privacidad que experimentaba a su lado. Todo ese domingo se mostró cautelosa; se comportaba igual

que él, amistosa, cortés, inaccesible.

Cuando Helen les dio las buenas noches, después de la cena, Rosie se alejó de Scott quien estaba distraído con Harry. Subió corriendo por la escalera, entró en su dormitorio y se desplomó en la cama. ¿Por qué su imaginación corría desenfrenada cada vez que la tocaba? Y si la trataba como un amigo... ¿Por qué eso le dolía? Tenía que controlarse. Necesitaba respirar aire puro. Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta del balcón. La fresca brisa fue un alivio para su acalorada piel cuando salió al balcón. El cielo en Oxford era diferente del de Londres.

No había tanta contaminación y el aire incluso tenía un olor más limpio.

Se acercó a la balaustrada y se apoyó en ella. Aspiró el aroma de las flores, del césped recién podado y el de la tierra labrada, tratando de calmar los acelerados latidos de su corazón.

No sabía si podría aclarar la confusión que reinaba en su interior, pero sí sabía una cosa. Si no se controlaba, Scott se daría cuenta, ¿y qué diría ella, entonces? No quería decirle la verdad y si no lo hacía, él lo sabría.

Con suerte, pensó, Scott no haría ningún comentario acerca de su extraña interacción ese día.

Sin embargo, a Rosie se le había acabado la suerte.

CAPÍTULO 6

El primer indicio de que la suerte de Rosie se había acabado fue el aterciopelado susurro de una voz que emergió de las sombras.

— Me preguntaba si estarías aquí afuera.

Rosie casi dio un salto. Se volvió, llevándose una mano al cuello.

— ¿Cómo saliste? ¿En dónde estás?

Scott apareció moviéndose decidido y murmuró:

— Salí por la puerta de mi dormitorio y estoy justo frente a ti.

Rosie estaba apoyada contra la balaustrada con tal fuerza, que el metal se clavó en su espalda, pero ella no se percató. Toda su intención estaba concentrada en la aparición de Scott. La luz de su dormitorio iluminó el cabello gris, los ojos oscuros, la línea dura de su mejilla y la elegante curva de su boca. Él sonrió y Rosie lo miró frenética, y luego miró a su alrededor, pues no sabía hacia dónde dirigir la vista, hasta que al fin resolvió el absurdo dilema, dándose la media vuelta para apoyar los codos sobre la balaustrada y contemplar el jardín en penumbra.

— No sabía que el balcón fuera tan largo — comentó. — No habías estado aquí antes y ayer que Harry te llevó a recorrer la casa no debió darte mucho tiempo para que pudieras observarla bien. Casi todos los dormitorios comparten un balcón, excepto los del frente. Rosie, ¿por qué me has evitado todo el día?

Cuando se apoyó en la balaustrada, Scott rozó el hombro de la chica con el brazo. Ella volvió la cabeza hacia Otro lado, sólo para ocultar su rostro.

— No me di cuenta de haberlo hecho.

— No me mientas — si la fría reserva en su voz era devastadora, el tono irritado de ese momento lo fue más — . Puedo respetar que no quieras darme una respuesta sincera, pero no puedo tolerar una mentira.

— ¡No estoy mintiendo! — exclamó — . ¡No te he evitado! ¡De hecho, todo el día traté de comportarme como tú lo hiciste conmigo! ¡Lamento no haber logrado el mismo efecto... por lo visto no soy tan buena para eso como tú! — escuchó un sonido ahogado cuando él retuvo el aliento y al volverse a mirarlo, vio su expresión sombría y desolada.

— Por supuesto, hablas de esta mañana, cuando tropezamos en el pasillo. Santo Dios — exclamó él con una mezcla de resignación y disgusto — , ¿nunca pierdes la oportunidad de emplear tus ardides?

— Tal vez no, pero no siempre los comprendo — replicó con voz temblorosa por la amargura — . Actuaste de una manera tan fría y controlada, que pensé que todo era producto de mi imaginación y traté desesperadamente de disimular. Me tienes tan confundida que ya no sé hacia dónde volverme.

— ¿Crees que no lo sé? — rezongó él, con el cuerpo vibrante por la tensión. Se volvió hacia ella y la miró colérico — . Será mejor que aclaremos todo este maldito embrollo, ya que parece que ha llegado el momento de las confesiones...

— ¡No vuelvas a mencionar a mi padre! — estalló en tono de advertencia.

— ¡No, será mejor que hablemos de tu inexperiencia! — replicó.

Ella se sobrecogió y casi gritó. Maldito hombre, la conocía mejor de lo que ella misma

se conocía, y eso no podía soportarlo. Como si lo hiciera a pesar suyo, Scott suavizó la voz.

— ¿Quieres que te lo explique? Hace apenas tres días que nos conocemos y ya hemos establecido algo extraño. ¿No es verdad?

— Sí — asintió, pero se apartó cuando él quiso apoderarse de su mano.

Scott pareció dulcificarse y eso la hirió.

— Sabes que me siento atraído hacia ti. Eres demasiado inteligente y perceptiva para que yo trate de disimularlo. ¿No es cierto?

— Sí — casi lo odió, porque sabía lo que seguiría.

Él miró hacia delante con el ceño fruncido y su perfil era duro, como tallado en roca, sin el menor asomo de espontaneidad.

— Y tú. Golpéame si quieres, pero eres tan inocente como una niña en el cuerpo de una mujer que aún no despierta. ¿Cómo podrías interpretar las señales entre nosotros? No sabes cómo reaccionar a tus sentimientos, no sabes siquiera qué es lo que quieres. Pero ya te lo dije, entre nosotros no sucederá nada que tú no quieras. Maldita sea, trato de facilitarte las cosas, no de confundirte más.

Si ella no hubiera esperado tanto de esa conversación, quizá habría podido apreciar su esfuerzo de mostrarse paciente y comprensivo, pero todo eso le dolía. Él la había herido. Llegaba hasta el fondo de su corazón y le decía lo que había allí, pero la peor parte, lo más terrible, era que lo hacía de una manera desapasionada.

— ¡Qué teórico tan brillante eres! — exclamó, lanzando fuego por los ojos — . Es una lástima, ¡pero para tu información, soy una persona, no un problema matemático que puede resolverse colocando todo en líneas precisas y definidas! ¿No fuiste tú quien me aseguró que es imposible ordenar la vida en compartimentos, como nos gustaría que fuera? ¿Sabes cuál es tu problema? No sólo eres demasiado perceptivo, sino que estás acostumbrado a asumir la responsabilidad. ¡Pues bien, no me importa si puedes adivinar mis intenciones, pero no te permitiré que asumas la responsabilidad de mis pensamientos y mis sentimientos!

— Por todos los cielos, ¿qué quieres que haga? — estalló Scott, sujetando la balastrada con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos — . ¡Cada vez que me acercó a ti, actúas como un pájaro asustado, pero me atacas cuando trato de ser amable contigo!

Las lágrimas de furia y dolor brotaron de los ojos de Rosie rodando por sus mejillas y la mezcla de emociones fue tan destructiva que Rosie se dejó llevar y replicó:

— ¡Vamos a llevar las cosas un poco más lejos! ¡Por lo visto, el problema es mi inexperiencia! Tal vez debería llevar mi inexperiencia a otra parte. ¡Alguien debería ser lo bastante amable para liberarme de ella para que entonces pueda enfrentarme a ti a tu nivel de experiencia de hombre de mundo!

El volcán de reacciones que Scott tenía oculto en su interior, hizo erupción. Se volvió hacia ella y de su garganta brotó un gruñido. Su expresión era atemorizante cuando la sujetó de los hombros.

— No hables así... ¡jamás hables así! — exclamó sacudiéndola.

Pero la chica ya había empezado y no pudo detenerse.

— Bien, ¿no es ese el truco? ¡Si dejaras de enviarme señales opuestas, tal vez yo sabría cómo reaccionar! ¡Pero es obvio que me quieres como tú deseas que sea, no por lo que realmente soy!

— ¡No tienes la menor idea de cómo te deseo! — las palabras fueron casi inaudibles. La cólera había desaparecido de sus facciones para concentrarse en su mirada. Se irguió dominándola con franca agresividad, tan poderosa que ella echó la cabeza hacia atrás revelando las líneas de su cuello.

— Vaya — murmuró temblorosa — , qué interesante.

En los ojos de Scott brotó un destello de incredulidad y furia, controladas.

— Te haré una advertencia, Rosie — habló Scott en voz baja, casi con ternura — , y eso es más de lo que nunca le he dado a nadie. Jamás vuelvas a tratar de manipularme o provocarme.

— ¿Ni siquiera para despejar el ambiente? — preguntó indiferente.

— Santo Dios — expresó — , ¡necesitas que alguien te dome!

— Oh, espero que no — replicó Rosie sin poder evitarlo. ¿Lo dijo como un reto, o como una exclamación de temor?, se preguntó — Pero he oído decir que los hombres poderosos prefieren la docilidad.

Cuando las insolentes palabras resonaron en el aire, Rosie se quedó petrificada.

Esta vez había ido demasiado lejos.

Él rezongó y la estrechó contra su pecho, violento y nunca tan decidido como en ese instante; deslizó las manos sobre la nuca de la chica y la hizo levantar la cara. Sus ojos eran dos pozos negros al detenerse en la vulnerable boca femenina. Por una fracción de segundo ella se quedó desconcertada, luego él inclinó la cabeza, como un águila que se lanza al ataque. Rosie sintió que todo se quebraba a su alrededor, incluso ella misma, para luego rehacerse.

Fue como un bautismo de fuego que la quemó hasta el fondo del alma. Era el primer beso, una conflagración, la muerte de la inocencia y al mismo tiempo el vuelo del Ave Fénix, ya que él no reprimió nada ni se contuvo cuando poseyó su boca con pasión desbordante y voraz, invadiéndola con su lengua y sumergiéndola en la más profunda sensualidad adulta. El último vestigio de su niñez desapareció frente a ese hombre devastador y la mujer dormida en su interior abrió los ojos.

Scott se habría apartado de no ser por el profundo gemido que Rosie dejó escapar sobre su boca, como el vino más puro, por el estremecimiento que la sacudió de la cabeza a los pies contra su cuerpo, por el temblor de los esbeltos brazos cuando se entrelazaron alrededor de su cuello. Sentía los dedos de ella en su cabello, torpes y codiciosos, la increíble suavidad de su bocabajo la suya y lo invadió una inesperada furia que lo hizo morder esos labios sensuales y jugosos; escuchó el jadeo de ella cuando lo mordisqueó en represalia, no con tanta delicadeza como él, ni tan experimentada, de hecho sin experiencia alguna...

Con cada urgente acometida de su lengua, Rosie se estremeció con un placer atormentador. Las piernas se le doblaron y, con un gemido, él la estrechó con más fuerza. Sus senos se oprimieron contra su pecho masculino, donde el corazón latía agitado. De manera instintiva, Rosie se movió inquieta, y su mente desconcertada se percató demasiado tarde, cuando él dejó escapar un jadeo y se oprimió más contra ella.

Oh, Dios, por supuesto. Miró el cielo, mientras Scott la besaba con pasión y dulzura a lo largo del cuello. Cuando Scott deslizó una sobre mano su seno, Rosie se estremeció febril. Sentía la plenitud de él y su propio y doloroso vacío; oh, ¡cómo lo necesitaba!

Como en un eco, Scott gimió a su oído.

— ¡Por todos los cielos, Rosie!

— ¡Lo sé! — exclamó apasionada, sepultando la cara en el cabello gris — . Pero ¡no sé qué debo hacer!

Él se inmovilizó, jadeante, sujetándola con fuerza y despacio, dejó caer los brazos con una expresión de tortura.

— No, no sabes qué hacer — murmuró Scott. Incluso entonces logró vencer la pasión y actuar con ternura — . Ni siquiera sabes nada sobre control de la natalidad, ¿verdad, querida? Y yo, el hombre maduro y de mundo, te habría poseído ahora mismo, a pesar de ello — la soltó y retrocedió con los puños apretados a los costados. Cuando ella iba a acariciarle el rostro, él se apartó como si lo hubiese azotado. Con un látigo, y murmuró con los labios descoloridos — . Si aprecias en algo tu seguridad, no me toques ahora.

Rosie se sobresaltó, pero cuando él la miró comprendió lo que Scott veía: los labios hinchados y la piel sonrojada, pues en su Interior ardía como una antorcha. De hecho, debía verse como él y no había si gritar para mitigar la terrible presión, o echarse a reír. Estaba tan absorta tratando de decidir que se sorprendió cuando él giró brusco sobre sus talones y se alejó. Al perderse entre las sombras, murmuró por encima del hombro: — Buenas noches, Rosie.

"¿Eso es todo?", quería gritar y de hecho lo hizo, pues al instante escuchó la voz de Scott, con un dejo de diversión:

— Querida, no es ni la mitad, pero creo que por el momento es suficiente.

Ella lo oyó cerrar el pestillo de la puerta de su balcón y su mundo se desplomó con un gran estrépito, pasando de un éxtasis erótico a una frustración irritante. ¡Él era controlado, considerado y siempre tenía razón! Definitivamente, no la habría poseído allí mismo; habría sido el peor momento del mundo. ¡Oh, quería matarlo! No, no era cierto. Sabía exactamente lo que quería y se lo habían negado con la mejor de las intenciones, y quizá nunca volverían a ofrecérselo!

Y pensar que el día anterior aún le preocupaba cómo reaccionaría Scott cuando llegaran allí, pero él se había comportado como un caballero. Rosie se dirigió a su habitación, se arrojó sobre la cama sepultó la cabeza en la almohada, y gimió colérica y angustiada; y por si eso fuera poco se echó a llorar, diciéndose que quería morir, hasta que se quedó dormida.

En algún momento antes del amanecer, Rosie se metió debajo de las mantas y por segunda vez despertó desorientada. Aún vestía la misma ropa del día anterior y se sentía de lo más incómoda. Evocó lo sucedido la víspera al escuchar que alguien llamaba a su puerta. Se desperezó rodándose ahora sobre la cama con un bostezo y respondió soñolienta:

— Adelante.

Esperaba a Harry, pero cuando la puerta se abrió, vio a Scott. Iba vestido con un traje gris, cuya sobriedad realzaba los anchos hombros y las caderas angostas. Su imagen era agresiva: todo un hombre de mundo y peligrosamente atractivo. Rosie se sentó a toda prisa y contempló su propia apariencia desaliñada. En el mejor de los casos, Scott era inquietante, pero en ese momento, cuando ella estaba relajada e indefensa, el impacto de su presencia fue abrumador. Él la estudió con la mirada y sonrió.

— Oh, querida — habló con fingido arrepentimiento — , ¿te desperté?

Rosie esbozó una sonrisa dulce y maliciosa.

— Sí — declaró — ,lo hiciste. Vaya, creo que dormí como un leño. No recuerdo nada desde que apoyé la cabeza en la almohada. ¿Cómo dormiste tú?

Quería borrar la irónica sonrisa de Scott, pero esta sólo se hizo más amplia, con un dejo de diversión.

— Muy bien, gracias — murmuró con exagerada cortesía al abrir bien la puerta y entrar en la habitación.

— ¿Querías algo en particular?

El rió con suavidad y Rosie olvidó su malicia al sonrojarse. Su lengua la había traicionado.

— Sólo vine a despedirme — se detuvo a un lado de la cama — . Voy a Londres. El material que necesitas estudiar está encima de mi escritorio. Te llamaré durante la semana para ver cómo van las cosas.

— De acuerdo — replicó tensa.

Él se inclinó y le alzó la barbilla con un dedo.

— Bien, Rosie, venir a visitarte ha sido... estimulante — murmuró — . Lamento tener que darte un beso rápido y huir. ¿Me echarás de menos un poco?

Maldición, pensó ella al ver que era tan transparente; ¿qué se necesitaría para borrar esa maliciosa expresión del rostro de Scott? Algo la impulsó a responder, con toda inocencia y con los ojos muy abiertos:

— Por supuesto... ¿quién me arropará por las noches?

Una oleada de calor tiñó la piel de Scott y ardió en sus ojos. El triunfo de Rosie se opacó, cuando se sentía impotente para controlar su propia reacción.

— No dejes de pensar en eso — le aconsejó él y la besó en la boca. Luego giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Rosie expulsó el aire con fuerza y se dejó caer sobre la almohada, tan agotada como si acabara de correr la maratón. De nuevo experimentó esa punzada de anhelo físico; un dolor lleno de desolación, lo cual la desconcertó. Necesitaba reflexionar a fondo en ello. Se enteró de que Harry ya se había ido a la escuela y volvería hasta la tarde.

Adrien, el esposo de Rosie, estaba ocupado en algún trabajo misterioso en el apartamento arriba de la cochera y mientras terminaba el abundante desayuno que Rosie le preparó, Rosie descubrió que la paz resultante en la casa le producía una sensación de vacío.

Al principio el tiempo transcurría despacio y ella se sentía abatida, pero a medida que iba avanzando la semana empezó a experimentar una sensación de equilibrio, gracias a que se había liberado de su horario de trabajo, por lo común agitado. Podía pensar y planear con anticipación y meditar en el significado de lo sucedido la semana anterior, a fin de poder aceptar y comprender la aparición de Scott en su vida. Atravesó por toda una gama de intensas emociones, incluyendo el rechazo, pero al fin llegó a una conclusión. Scott se había convertido en alguien muy importante, con tanta rapidez, que estaba dispuesta a soportar el hecho de sentirse expuesta a su lado. Aún no podía saber qué tan importante era él; sólo sabía que ahora su vida le parecería vacía sin Scott.

Empezó a archivar en su mente incidentes, fragmentos de conversación, comentarios absurdos de Harry, pensando que debía hablarle de eso a Scott, pero luego se decía que era estúpido. Él estaba demasiado ocupado para interesarse en esas trivialidades. Pero cuando la llamaba por teléfono para preguntarle cómo había pasado el día, Rosie

le hablaba de todo eso y escuchaba el sonido cálido y delicioso de su risa. Entonces ella comprendía que estaba equivocada. Él demostraba un interés vital, puesto que Londres era su base de poder, pero echaba de menos su hogar.

Cada mañana Rosie despertaba rebosante de energía. Revisó la información que Scott le había dejado y empezó a hacer los planes preliminares para los nuevos diseños. Se comunicó con Oscar, visitó, ruborizada, a un médico local para derribar la última barrera que Scott le echó en cara el domingo anterior, se quitó los vendajes de las manos, pues sus heridas ya habían cicatrizado y, después de obtener la divertida aprobación de Scott, llevó varias veces a Harry de paseo a Oxford, y de compras.

Harry resultó un compañero de compras sorprendente. Tenía ideas muy definidas de la ropa que le agradaba usar y eligió varias prendas de verano para él, pero lo que Rosie no esperaba era que un niño de seis años fuera tan paciente y entusiasta acerca de los deseos y las necesidades de ella. Recordó que su hermano Josh no era así. Pero Harry estaba al tanto de la moda y poseía buen gusto. Una vez, cuando ella se detuvo frente a un vestido verde, de talle ceñido y falda amplia, Harry comentó en tono casual:

— A Scott no le agrada el verde.

Rosie miró al niño a los ojos. Así que sabía cuáles eran sus intenciones; estaba escrito en su rostro y si se hubiera reído ella habría sentido deseos de golpearlo. Pero Harry sonrió con aire de conspirador y entonces Rosie comprendió que, sin buscarla, contaba con su plena aprobación, así que lo abrazó con fuerza. Se sorprendió al ver que él reía y el pequeño hombre de mundo volvió a ser un niño, correspondiendo con entusiasmo a su abrazo. Fue entonces cuando la chica supo que no sólo se había enamorado locamente del tío, sino también del sobrino.

Para el viernes ya había recuperado tanta movilidad en las manos que comenzó a hacer algunos bosquejos de los diseños que requería Scott.

Harry estaba en casa ese día, pues la escuela había cerrado debido a que los maestros asistirían a un curso de capacitación y en lugar de salir a correr afuera, parecía muy contento imitando a Rosie. Estaba tirado en el suelo debajo de la mesa, con varias hojas de papel, dibujando con sus crayones una nave espacial. Por mucho que odiara perturbar la serenidad de la mañana, a la hora de la comida Rosie decidió que tendría que ir a la ciudad a buscar material para su trabajo de arte.

— Necesito algunos lápices y acuarelas, y papel adecuado para mis bosquejos — le comentó a Rosie — . ¿Conoce alguna tienda donde pueda comprarlos?

— Vaya a la calle Broad — respondió el ama de llaves — . Creo que por ahí hay una tienda de arte.

Harry estaba comiendo una hamburguesa y tenía un vaso de leche con chocolate a un lado del plato.

— Yo también necesito lápices — sugirió taimado y Rosie se echó a reír.

— ¿Oh, sí? ¿Qué le pasó a tus crayones?

— Son para nenes — replicó disgustado y luego la miró suplicante — . ¿Puedo ir contigo? Tengo tres libras.

— Pensé que estabas ahorrando para comprar una patineta — comentó ella, pues ya había oído la expresiva opinión de Scott acerca de eso.

— Quiero unos lápices — respondió el niño, obstinado.

"Lo que el mono ve el mono hace", pensó Rosie sonriendo y puesto que de sus dos deseos este era el que menos riesgos ofrecía, aceptó. Harry rió deleitado y terminó el

resto de su hamburguesa. Poco después los dos salieron.

Era una oportunidad perfecta para matar dos pájaros de una pedrada, pensó Rosie mientras esperaban el autobús. Necesitaba algunos artículos de arte, ya que todas sus cosas estaban en su apartamento en Londres; así podría mantenerse ocupada en algo y conservar su orgullo intacto hasta que Scott llegara. Ansiaba verlo, quería ver su rostro, su sonrisa, deseaba desesperada arrojarle en sus brazos... sentía un intenso dolor, emocional y físico, tan sólo de pensar en él y si se quedaba toda la tarde en casa sin hacer nada, se pondría en evidencia.

Oxford empezaba a llenarse de turistas de verano. Las calles estaban atestadas de gente y automóviles, así que le llevó más tiempo del que esperaba encontrar la tienda de arte. De alguna manera, lo que se suponía que sería una simple expedición de compras se convirtió en una búsqueda de libros de historietas y helados, lo que resultó un desastre debido al calor, así que cuando Rosie al fin empezó a buscar en los anaqueles de la tienda de arte, ya era muy tarde.

Harry se sentó en el suelo en un rincón de la tienda para leer sus historietas y ella lo vigilaba cuando se movía por todo el local. El niño parecía contento, esperando a que Rosie terminara de elegir sus materiales. Estudiaba las diversas medidas de papel, tratando de calcular cuál necesitaría, cuando una sombra cayó en su línea de visión. Ella murmuró:

— ¿Le importaría apartarse? Me tapa la luz.

— Querida, hace diez minutos que estoy aquí, esperando que levantes la vista — replicó una profunda voz familiar.

Al instante Rosie se olvidó de todo pensamiento y de su sentido común y dejó caer el papel para volverse con un impulso de incontrolable alegría para echarse en brazos de Scott. Él refunfuñó algo cuando el esbelto cuerpo hizo impacto contra el suyo y la estrechó en sus brazos; fue algo perfecto, una felicidad extraordinaria... no obstante, la chica se ruborizó consternada y dio un paso atrás.

Scott sonrió con frialdad y la soltó de inmediato.

— De tus dos reacciones, creo que prefiero la primera — murmuró.

— Lo lamento — balbuceó Rosie contrita, tratando de quitar la húmeda mancha color de rosa que plasmó en el elegante traje de Scott — . Compramos helados y el de Harry era de fresa, hubo un pequeño accidente y ¡ahora te he manchado el traje!

— Eso veo — comentó él con expresión inescrutable y miró al chico sentado en el rincón.

Harry aún no había visto a Scott, perdido en su propio mundo de héroes y villanos de las galaxias. Estaba despeinado, sucio y manchado de helado, igual que Rosie, pero parecía de lo más feliz.

Rosie también miró a Harry, pero lo único que pudo ver fue lo sucio que estaba y se preocupó al pensar en la impresión que le causaría a Scott. Si pensaba que no cuidaba bien del niño, tal vez ya no permitiría que volviera a llevarlo de paseo.

— Comió muy bien antes de salir — aseguró, ansiosa.

— Estoy seguro de eso — replicó Scott, contemplándola con curiosidad.

— Lo siento — continuó apresurada — . No sé cómo logró ensuciarse así, pero...

— Así son los niños — rió — . No lo has visto cuando sale a jugar al jardín bajo la lluvia. Esto no es nada en comparación. Además, querida, ¿has tenido oportunidad de mirarte recientemente al espejo?

Ella contempló su ropa manchada y, mortificada, cerró los ojos. Debía parecer peor al lado de la refinada masculinidad de Scott con el cabello gris bien peinado y el rostro severo y atractivo. Pensó en el vestido azul que esperaba ponerse para recibirlo esa noche y en lo tonta que debió parecerle cuando se echó en sus brazos.

Scott se mostró más interesado al notar inquietud; Rosie lo percibió y, en parte porque era cierto y en parte porque quería disimular sus reacciones, comentó en voz baja:

— Me preocupó que pudieras pensar que no cuido bien de él cuando salimos a pasear.

— ¡Preocuparte! — exclamó Scott y su extraña expresión se intensificó — . ¿Por qué se te metió esa idea en la cabeza? Cada vez que llamo a casa, Harry no hace otra cosa que no sea hablar de lo que tú y él han hecho juntos.

— ¿Te importa? — preguntó Rosie con humildad, abriendo mucho los ojos.

— Querida — respondió él, alzando una mano para acariciarle el cabello — , me siento deleitado al ver que se llevan tan bien. No habría podido esperar nada mejor.

Rosie fijó la vista en sus pies y luego alzó la cabeza, cohibida.

— Lo adoro — confesó impotente.

La sonrisa de Scott transformó su rostro por completo, la expresión en sus ojos oscuros era franca y tierna.

— Yo también lo amo — murmuró en voz muy baja.

— ¡Scott! — la exclamación fue de Harry, que al fin apartó la vista de su libro de historietas. El niño agitó una manita sucia y excitada — . ¡Mira lo que tengo aquí!

— En un momento, amigo — Scott miró la cesta de compras a los pies de Rosie — . ¿Ya terminaste aquí?

— Casi — respondió reacia — . Sólo debo elegir el papel que quiero y pagar por todo esto. Ya tengo algunas ideas, pero necesitamos discutirlos.

— Bien, lo haremos durante el fin de semana. Ahora termina con lo que estabas haciendo; no hay prisa — se dirigió hacia Harry y se inclinó para ver los libros y los lápices que el niño le mostró.

La concentración de Rosie se había desintegrado y ya no podía recordar cuántos bosquejos ni de qué tamaño quería hacer. Hizo una rápida selección al azar, reunió todas sus compras y se dirigió a la caja a pagar, pero Scott no se lo permitió e insistió en pagar la cuenta. Después de todo, indicó él cuando Rosie trató de oponerse, no habría necesitado comprar todo eso si hubiera estado en sus estudios, en Londres. Después de discutir un momento, ella cedió. Luego tomaron a Harry de la mano y se dirigieron hacia el auto de Scott en el estacionamiento.

— Rosie debió informarte dónde podrías encontrarnos — comentó Rosie mientras él abría las puertas del coche.

— Sí, y pensé en venir a buscarlos, porque quería advertirte de, la inminente llegada de nuestros invitados para el fin de semana.

— Fantástico — murmuró Harry con fastidio desde el asiento de atrás.

En el fondo, Rosie experimentó la misma sensación, lo cual era absurdo, considerando que ella también era una invitada. Además, Scott le advirtió, desde el principio, la posibilidad de otros visitantes y entonces el pensamiento le agradó, incluso la tranquilizó.

— Oh, no será tan desagradable, amigo — comentó Scott sonriendo y miró al niño a través del espejo retrovisor — . Sólo se trata de Jenson y Taliyah.

— Entonces todo está bien — replicó inquieto el pequeño.

— Me alegra contar con tu aprobación — respondió Scott, seco y Rosie rió en silencio. Luego le informó — . Jenson se muere por volver a verte y Taliyah Howe es una mutua amiga nuestra, desde hace mucho tiempo. Ah, veo que ya llegaron.

Hizo el último comentario cuando viraron en el sendero privado, donde un Mercedes deportivo, color amarillo limón, estaba estacionado frente a la casa. Una pareja bajaba de él, igualmente pulida y bella, como figurillas de porcelana de Dresde: pálidas y con una arrogante gracia nórdica. Rosie sintió que el corazón se le iba a los talones.

Por supuesto, esperaba el atractivo masculino de Jenson, pero la mujer era la antítesis de Rosie, quien era menuda, de cabello oscuro y desaliñada. Cuando bajó reacia del auto y notó la helada diversión desdeñosa en los ojos de la otra mujer, pensó de nuevo en el vestido azul con un profundo pesar, ya que pretendía usarlo por todas las razones por las cuales se viste una mujer que desea seducir a un hombre, y ahora lo haría como una declaración de guerra.

CAPÍTULO 7

Jenson se acercó a Rosie quien se encontraba sucia, desesperada y nerviosa y el atractivo rostro del médico se iluminó con beatífica alegría.

— Mi amor, estás sublime, como siempre — la saludó con suavidad, estrechándole las manos entre las suyas — . Me alegré mucho cuando me enteré por Scott de que están casi curadas tus manos.

Ella sonrió nerviosa y respondió en voz baja:

— Estoy hecha un desastre y ambos lo sabemos, así que no lo hagas más notorio.

— Oh, Dios — murmuró él riendo — , qué vanidosas son las mujeres. Quítate eso de la cabeza, y en lugar de ello piensa en todos los límites de velocidad que Scott debió infringir para estar en casa a las seis de la tarde, sólo para descubrir que nadie lo esperaba ansiosa. Hoy debió ser el primer día en quince años, que salió temprano del trabajo.

El color en las mejillas de Rosie desapareció, dejándola muy pálida.

— ¿Hablas en serio? — preguntó casi suplicante, olvidada de su orgullo y por primera vez concentró su atención en Jenson.

— Te haré una promesa, querida — declaró él e inclinó hacia ella la cabeza — . Jamás te mentaré. Pero si quieres, podemos hacer una prueba. Permíteme besarte.

El color inundó el rostro de la chica con la misma rapidez con que había desaparecido.

— ¡Jenson! — exclamó mortificada. De pronto se percató de la dura mirada de Scott, de las cejas alzadas de la otra mujer y al comprender lo íntimo que debía, parecer la actitud de ambos, se apartó confundida del regocijado médico.

Harry desapareció en el interior de la casa, dejando la puerta abierta y ansiosa de escapar antes de perder más la compostura, Rosie logró sonreír tensa.

— Lamento retirarme, pero me muero por darme un baño — se disculpó.

— Sí, lo imagino — murmuró Taliyah, con falsa simpatía.

Oh, Dios, ¿cómo me hice tan pronto su enemiga?, pensó Rosie consternada.

Scott se acercó al auto, sacó la maleta y la cesta de compras de ella, luego declaró con amabilidad:

— Jenson, Taliyah, ya conocen sus habitaciones. La cena se servirá a las ocho, así que nos reuniremos a beber una copa a las siete y media. Ahora, subiré a mi habitación.

Esperó y miró a Rosie alzando las cejas y una parte de la mente de la chica registró los hechos de que de nuevo Scott acababa de recurrir a uno de sus trucos favoritos, manipulando el escenario con un toque maestro. Ahora ella podría subir por la escalera con él o mantenerse a la expectativa para evitar las deducciones de Jenson y Taliyah. Bajo otro estado de ánimo, se habría comportado diferente, pero ante los complicados matices que adquirió el ambiente, gravitó instintivamente hacia su aliado más seguro y caminó al lado de Scott, con tanta naturalidad como si hubieran subido juntos muchas veces por la escalera. En respuesta a ello, él le dirigió una dulce sonrisa.

— Lamento haber manchado de helado tu traje — comentó con un suspiro cuando entraron en la casa.

Se sentía cansada, pues había sido un largo día y le dolían todos los músculos.

— Ya te lo dije, eso no es lo importante — Scott la miró de soslayo y preguntó con frialdad — ¿Qué fue lo que te dijo Jenson?

— ¿Jenson? — replicó confusa, sin comprender. Luego se ruborizó con aire de culpabilidad. Lo miró a los ojos y a toda prisa desvió la mirada — . Oh, eso... no fue nada — murmuró.

— Pues ese "nada" provocó una reacción intrigante — declaró burlón cuando llegaron a la puerta del dormitorio de Rosie. Scott dejó en el suelo la cesta con las compras y se colocó frente a ella con un engañoso movimiento indolente. Rosie retrocedió hacia la pared y se encontró atrapada cuando él le enmarcó el rostro con las manos — . ¿Qué pasa Rosie... tienes miedo de decírmelo?

¿Y ése era su aliado más seguro? Eso era una broma. ¿Qué le pasaba a Scott?

¿En dónde estaba la íntima camaradería que compartieron en la tienda, hacía apenas media hora? Confundida y nerviosa, alzó la cabeza e inquirió mordaz.

— Ya te lo dije, no fue nada importante. Pero si te preocupa, ¿por qué no le preguntas a Jenson?

— Vaya, es una buena idea — murmuró y sonrió de un modo que la hizo desconfiar — . ¿Y qué me respondería él?

— Que te ocuparas de tus asuntos, por supuesto — replicó Rosie con ligereza y alzó las cejas, irónica.

Por suerte él no podía leer su mente; tal vez le había entregado el corazón a ese hombre de una manera absurda y precipitada, pero no estaba dispuesta a reconocerlo. Era demasiado pronto, demasiado revelador, pues sus caóticas emociones luchaban contra el sentido común y la inseguridad frenaba sus deseos.

El rió en voz baja con un sonido extraño y casi colérico que la inquieto, pero sin imaginar qué había provocado eso. Justo cuando abrió la boca para preguntárselo, Harry se acercó corriendo a ellos.

— Scott, ¿quieres ver el dibujo de la nave espacial que hice para ti?

La inexplicable tensión que surgió entre ellos se desintegró. Scott se apartó de Rosie sin prisa, desviando su atención, y ella sintió como si acabara de escapar de la intensa luz de un proyector. Aprovechó la oportunidad para entrar en su habitación y se apoyó, débil, contra la puerta cerrada mientras escuchaba las voces que se alejaban.

¿Qué había sucedido? Movié la cabeza, pensando en los extraños caprichos de los hombres, y fue a contemplarse al espejo. Un desastre... su blusa no sólo tenía manchas de fresa, sino que además tenía sus codos manchados de lápiz y su cabello estaba alborotado. Sonrió irónica. ¡No era de sorprender que Taliyah Howe la hubiera mirado con tal desdén! Parecía una chiquilla callejera. Pues bien, tendría que empezar desde el principio. Se dirigió al baño y empezó a corregir su desaliñada apariencia.

Después de lavarse las manos, con cuidado para que las cicatrices no se suavizaran bajo al agua tibia, se puso un par de guantes quirúrgicos y se sumergió en la bañera. Se lavó el cabello y se enjabonó hasta que su piel quedó limpia y sonrosada.

Luego se preparó para la cena, estudiando lo que pensaba ponerse esa noche: los zapatos de tacón alto, sencillos, pero elegantes, las transparentes medias negras y el vestido que era poco más que un trozo de seda que terminaba ocho centímetros arriba de las rodillas y que hacía juego con sus ojos azules, realzando el brillo de su cabello. El vestido se ajustaba como una segunda piel, resaltando la esbeltez de su cuerpo.

Hizo un gesto de aprobación. Era elegante y contrastaría con la sobria elegancia que seguramente Taliyah prefería. La blancura de los hombros y los brazos sólo estaba interrumpida por los delgados tirantes del vestido. Rosie tomó el collar que compró y que hacía juego con el vestido y se contempló sonriente. Su cuello parecía desnudo sin el collar, así que renunció a ponérselo y se maquilló; si la joven se sentía insegura acerca de cuánta sombra de ojos o rubor debía aplicarse, la artista que había en ella no albergaba la menor duda.

Se demoró y cuando bajó por la escalera escuchó las voces que venían de la sala principal. Una parte de ella se alegró celosa, ya que la salita de atrás era el escenario íntimo de los momentos relajados que Scott había compartido con ella. No importaba si la otra pareja había estado allí antes; Rosie no quería empañar el recuerdo de su primera velada en esa casa.

Entró en la sala. Harry estaba ausente, pero los adultos estaban reunidos allí. Jenson, inquieto como siempre, estaba cerca de la ventana y su rostro se iluminó con placer al verla. Taliyah estaba sentada con toda gracia en un extremo del sofá, con expresión seria y los bellos ojos rebosantes de furia. Por un momento, Rosie no comprendió; sin embargo, las dos mujeres ofrecían un contraste perfecto. Taliyah, alta y rubia vestía de negro con fría elegancia, y Rosie menuda, de cabello oscuro y tez vivida, parecía llena de energía. Obviamente, después de ver a la mujer desaliñada allá fuera, Taliyah no estaba preparada para contemplar la figura esbelta y deslumbrante, así que la confianza de Rosie se remontó a las alturas.

Luego Scott se volvió para mirarla, y tanto la persona que ella admiraba de él, como el amigo en quien empezaba a confiar, quedaron totalmente eclipsados por su virilidad. Se miraron a los ojos con tal intensidad que Rosie sintió que se le doblaban las piernas. Como si no pudiera evitarlo, Scott bajó la vista.

Rosie sabía lo que él veía y su respiración se tornó errática. Scott veía lo que ella quería que viera... su figura sin adornos, su tez cremosa.

Jenson rodeó el sofá, le tomó las manos y se las llevó a los labios.

— ¡Una sorprendente transformación! — exclamó — . ¡Querida, estás exquisita! ¡Como para comerte! — murmuró al oído de la chica.

Rosie se demoró en apartar la vista del rostro de Scott y tembló al ver su expresión sombría; se volvió hacia Jenson y susurró desesperada:

— ¡Por todos los cielos, ya basta!

— Pero si apenas acabamos de empezar — replicó él, fijando la mirada en el rostro delicado y ruborizado de Rosie.

— ¿Cómo te atreves? — preguntó ella demasiado sorprendida para ofenderse.

— ¿Estoy jugando con fuego, verdad? — replicó Jenson con una mueca — . ¡Dios sabe que Scott es peligroso cuando lo provocan, pero creo que ahora merece la pena! ¿Nunca has pensado que las atenciones de otro hombre podrían acabar con la obsesiva distancia que Scott insiste en poner entre él y el resto del mundo?

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó ella, abriendo los ojos, sorprendida.

— Querida, lo he visto desde el principio. Lo he visto crecer y alejarse de casi todos los que lo rodean y si tú puedes lograr que vuelva a ser como antes, cuentas con mis más sinceras bendiciones — luego añadió en voz baja — ¡Nunca lo había visto así! ¡No cedas bajo la presión, mi querida Rosie!

— Pero... — tartamudeó, sin saber qué hacer, pero en ese momento Scott se acercó,

furioso, como un depredador sediento de sangre.

Ella se volvió a mirarlo aprensiva cuando él se detuvo a su lado, y se sorprendió al ver que su expresión no era amenazante, sino de mundana cortesía. Scott era la perfecta imagen del hombre civilizado, pero en sus ojos había un destello primitivo.

— ¿Baker, Rosie? — preguntó amable, ofreciéndole un vaso.

Ella iba a tomarlo y darle las gracias, cuando Jenson exclamó:

— ¿Baker? ¿No quieres algo un poco más fuerte, querida?

Ella retuvo el aliento, atemorizada y sorprendida al ver la forma en que Scott se volvió hacia su amigo... un sencillo movimiento del cuerpo, un giro de la cintura, pero que tenía a la calidad de un lobo acechando a su enemigo. No comprendía cómo Jenson tenía el valor de enfrentarse a él, incluso cuando Scott respondió en voz baja:

— Rosie nunca bebe nada, excepto una copa de vino con la cena.

— ¿Alguna vez le dejas la elección a ella? — preguntó Jenson, audaz.

Scott sonrió amable y al ver eso la tensión la hizo estallar:

— ¡Por todos los cielos! ¡Rosie ha elegido beber nada que no sea una copa de vino y odia que hablen de ella como si no estuviera aquí!

El médico se volvió a mirarla con expresión tierna y galante.

— ¡Puedes creerme, querida, soy demasiado consciente de tu presencia con ese increíble vestido!

En los ojos de Scott brilló algo salvaje, entonces Taliyah habló en un tono de voz que parecía lanzar chispas.

— ¿Es una discusión privada, o cualquiera puede participar en ella?

Oh, santo cielo, pensó Rosie desesperada, ¿hasta dónde va a llegar esto? La velada empezaba a resultar un desastre. De hecho, la situación empeoró; las hostilidades eran encubiertas. Durante la cena, Jenson se comportó como un hombre devorado por el deseo: sólo la risa en su voz, cuando murmuraba algo al oído de Rosie, lo delataba. Dividido entre la implacable contemplación de cada cambio en la expresión de Rosie, y sus deberes como anfitrión, Scott parecía cada vez más furioso. La otra mujer contemplaba atenta la interacción, pero su rostro altanero no revelaba sus pensamientos. Jenson le ofreció a Rosie una explicación poco amable durante uno de sus intercambios en voz baja:

— Taliyah siempre ha esperado una oportunidad con Scott, pero no te preocupes, nada ha resultado de eso. Yo la he perseguido durante años, pero ella siempre me rechaza. Me alegra verla saborear una dosis de su propia medicina. Por el momento, parece frígida, ¿no crees? — concluyó con cierta admiración reacia.

— ¡No la culpo! — replicó Rosie entre dientes, decepcionada por no poder saborear la espléndida cena, como lo hacían los demás.

Desde la cabecera de la mesa, Scott preguntó indolente:

— ¿A quién no culpas, Rosie?

Ella desvió la mirada con cobardía y de pronto, harta del ambiente, recurrió a su innata franqueza y exclamó:

— ¡No culpo a Taliyah si jamás vuelve a dirigirle la palabra a Jenson! ¡Se ha comportado de una manera abominable, y si la cena, es un indicio de lo que vendrá después, muchas gracias, pero prescindiré del postre!

Los dos hombres se echaron a reír y ella permaneció inmóvil, tratando de no ruborizarse, ya que tan pronto como las palabras salieron de su boca evocó la noche

en que se conocieron, así como el comentario de Jenson acerca de su cita interrumpida.

Sólo Taliyah no comprendió la broma y para alivio de Rosie, ninguno de los hombres le explicó. Sin embargo, la mujer rubia pareció no darse cuenta de nada y miró sorprendida a Rosie.

Triunfó su orgullo y la chica no se ruborizó; gracias a su franqueza y su comentario oportuno, un cese al fuego pareció ser la conclusión unánime y el ambiente se despejó. Incluso la hostilidad de Taliyah se hizo menos evidente cuando se dirigió por primera vez a Rosie, con un vestigio de cortesía, aunque no sin dejar de observarla, calculadora. Rosie se sintió tan aliviada cuando desapareció la tensión, que no le importó que todos se dirigieran a la salita de atrás para beber café y licor.

Scott sirvió el café, que ya esperaba sobre una mesita de caoba estilo Victoriano, con incrustaciones en oro y marfil. Primero les sirvió a Jenson y a Taliyah y luego le llevó a Rosie la suya. Ella tomó el platito con cuidado y le dio las gracias con la vista baja. Estaba tan perturbada por el modo tan extraño en que Scott se acercó a ella, que las manos le temblaban. Él no regresó por su taza; en lugar de ello, se quedó frente a Rosie cerca del ventanal. La chica volvió la cabeza y miró hacia fuera, deseando frenética poder huir de esa intolerable situación.

— Mírame — le pidió Scott en voz baja.

Ella negó con un movimiento de cabeza, luego levantó la vista y lo miró al rostro. Estaba confundida. ¿Cómo pudo convencerse de que la tensión se había disipado? Las relaciones habían mejorado y la actitud de todos era cortés, pero Scott aún parecía guardar en el interior de su tenso cuerpo el barril de pólvora que Jenson encendió.

La taza se sacudió sobre el platito que Rosie sostenía en la mano. Sin apartar de la chica su mirada furiosa, Scott la sujetó de la muñeca para calmarla, pero Rosie se estremeció ante el contacto de su palma ardiente.

— Por supuesto, sabes que esta noche estuve muy cerca de perder el control — comentó Scott, amable.

Oh, Dios, estaba furioso. Rosie rechinó los dientes y su respiración se tornó agitada.

— Yo no participé en el juego de Jenson — aseguró orgullosa al ver que había logrado conservar la calma.

— ¿Crees que no me di cuenta de eso? — la boca apretada ejercía un extraño magnetismo en ella. Lo miró sin poder evitarlo cuando algo líquido y ardiente le debilitó los músculos, amenazando ahogarla — . ¡Sé que no te agradan los juegos mentales, pero por Dios que si lo hubieras alentado creo que los habría matado a ambos!

Rosie ardía en cólera, debido a la pasión y la afrenta.

— ¡Qué advertencia tan conveniente e inútil, puesto que tú y yo sabemos que no puede cambiar lo inevitable!

Scott expulsó el aliento con fuerza, parecía estar a un paso de golpearla.

— ¡Creo que das por sentadas demasiadas cosas! — exclamó entre dientes.

— ¡No es así! — estalló ella — . ¡Esa noche me vestí así para ti, pero no tengo ningún poder sobre tus reacciones y tampoco puedo evitar si otros hombres se sienten atraídos por lo que ven! ¡Y si te niegas a aceptar lo que te ofrecen, no tienes derecho de impedir que otro lo acepte! ¡Eso es lo inevitable y no lamento que tu orgullo esté lastimado al pensar que tal vez tengas que competir por algo, por una vez en tu vida!

Scott siguió tratando, desesperado de contener la furia que devastaba toda razón y ella

abrió mucho los ojos, con una repentina comprensión. Ahora sabía por qué al principio albergó tantas dudas acerca de Scott. Los dos aspectos de su personalidad... su agresiva crueldad y su bondadosa paciencia... eran esencialmente incompatibles y se encontraban en eterna pugna. Si esa noche se sentía lleno de ira, la mayor parte iba dirigida hacia sí mismo, por su reacción primitiva e incontrolable esa noche.

— ¡No sabes lo que me estás pidiendo! — estalló, volviendo la cara en un gesto de rechazo.

Pero ella sí lo sabía y se sintió desesperada. Sus ojos y su rostro lo revelaron cuando reconoció la derrota y retrocedió para alejarse del conflicto. Entonces declaró en voz baja, incluso amable:

— Sé que al tratar de protegerme de ti, me has protegido demasiado bien.

No deseaba prolongar esa terrible velada, así que se apartó de Scott, quien dejó caer las manos a los costados.

Jenson y Taliyah, quienes charlaban en el otro extremo de la habitación, la contemplaron con intensa curiosidad. Rosie les dirigió una leve sonrisa y anunció simplemente:

— Ya es tarde y estoy cansada, así que buenas noches.

Los dos respondieron, Taliyah fría y reservada y Jenson con cierta preocupación. Rosie no quiso mirar a Scott cuando salió de la sala, pero los otros dos sí lo hicieron. Sin embargo, todo lo que vieron fue una estatua con una expresión impenetrable.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, lentas y dolorosas mientras subía por la escalera. Lo vio desde el principio, pero no lo comprendió. La pasión de Scott estaba ligada a la crueldad; su intensa ambición, a todas las emociones poderosas y dinámicas que luchaban contra su lado suave. No podía separarlos y no le ofrecería a ella el aspecto peligroso; siempre que derribaron las barreras entre ellos, impulsados por la furia y el deseo, él volvió a erigirlas, de la misma forma en que la besó con ansia, el domingo anterior, para luego alejarse.

Pues bien, esta vez fue ella quien se alejó. Ahora sería ella quien lo miraría con dolor y compasión, diciendo: "No más". No necesitaba comprobar si tenía el poder para quebrantar la resistencia de Scott. Ansiaba, necesitaba que él se acercara a ella por su propia voluntad, pero con gran amargura, comprendió que no lo haría.

Entró en su habitación, oscura y vacía, y le pareció tan sofocante que se dirigió a la puerta del balcón y la abrió. Se estremeció bajo la fresca brisa y se envolvió el cuerpo con los brazos, ahogando un sollozo. Tal vez Scott era lo bastante maduro e inteligente para ofrecerle su lado amable en un gesto de amistad, pero ella no creía ser lo bastante madura para aceptar eso. Y tampoco podría vivir sin ello. Desolada, pensó en alejarse de Oxford; eso llegaría tarde o temprano. Sus manos habían cicatrizado y ahora podía volver a trabajar. Se apartó de la puerta y deambuló por la habitación. No podía irse al día siguiente, pues sería una descortesía interrumpir el fin de semana, pero le pediría a Scott que la llevara de regreso a Londres el domingo por la noche. Pero, ¿qué pasaría con Harry? ¿Cómo podría decirle adiós a esos ojos oscuros y confiados, a esa caricia de inteligente expresión?

Juzgando mal la ubicación de los muebles, Rosie tropezó con el armario y se quedó allí, con la cara vuelta hacia la pared.

— Necesitas a alguien con más bondad de la que yo podría ofrecerte — la voz de Scott venía del balcón.

La sorpresa y el dolor hirieron sus nervios ya alterados. Él no habría podido hierirla más si lo hubiera intentado deliberadamente.

— ¡Sal de aquí! — exigió jadeante.

Pero los pasos y la voz sonaban más cerca hasta que Scott rodeó la cama.

— Necesitas a alguien que no interfiera con tu carrera, que no se sienta celoso de esa intensa concentración que aparta de tu mente todo lo demás cuando trabajas.

— ¡Maldito seas! — sollozó angustiada y se llevó una mano a la boca.

¿Hasta qué punto podía rechazarla? No lo sabía, pero eso la estaba destruyendo.

Él estaba casi detrás de ella. De pronto dos manos fuertes descendieron sobre sus hombros y la hicieron volverse con tal brusquedad que la habitación pareció girar y Rosie se quedó sin aliento.

— Necesitas a alguien con la suficiente fuerza de carácter para quitarte de un modo paciente tu inocencia — Scott gimió y un estremecimiento sacudió su cuerpo — . ¡Oh, Rosie, ayúdame!

— ¡Te necesito! — exclamó ella.

Scott la estrechó en sus brazos y se apoderó de sus labios, obligándola a separarlos. Deslizó una mano hacia la nuca de la chica y, compulsivo, introdujo la lengua en la boca. Ella se sintió arder, era una agonía que no tenía fin y le rodeó el cuello con los brazos, como si quisiera fundirse en ese beso, en su cuerpo, en sus manos. Scott emitió un gruñido casi salvaje y echó la cabeza hacia atrás cuando Rosie enredó el cabello de él entre sus dedos.

Luego, Scott deslizó las manos hasta sus caderas para sujetar el vestido y subirlo. Ella estaba tan absorta en su urgencia que ni siquiera escuchó el sonido de la tela al desgarrarse. Entonces, Scott murmuró contra la mejilla de Rosie, quemándole la piel:

— Podrías odiarme por esto.

— ¡Tonto! — gimió ella cuando le rozó con los dedos la piel desnuda y se sobresaltó bajo ese erótico contacto.

Buscó los botones de la camisa de Scott, pero las manos le temblaban. Casi gimió frustrada y deslizó la lengua a lo largo del cuello de él, sorprendida por ese sabor único.

— ¡Oh, Dios! — él se retorció como si algo le doliera.

Rosie se apartó y aunque deseó formular una pregunta ansiosa, no logró hacerla, pues él volvió a apoderarse de su boca para besarla insaciable.

Ella se sentía impotente, como una flor sacudida por un vendaval.

Cuando sintió el lento, pero inconfundible indicio de la retirada de Scott, Rosie se apoyó débil contra la pared y dejó escapar un leve gemido de dolor. Él no podía hacerle eso de nuevo y luego irse.

— Ssh, querida — murmuró con voz ronca y le dio un beso rápido.

Luego se oyó el leve crujido de la ropa cuando Scott empezó a desvestirse.

Rosie se sentía como si hubiera bebido mucho y sin el apoyo de él se deslizó al suelo. Se quitó el vestido y lo arrojó justo cuando la camisa de él voló por encima de su cabeza. Rosie se apoderó de ella y ansiosa oprimió contra su cara la tela que aún conservaba su cálido aroma. De pronto él rió inseguro.

— ¿En dónde diablos estás?

— Aquí — murmuró soñolienta y alzó los brazos hacia Scott cuando él se inclinó para levantarla.

Los dos experimentaron una reacción eléctrica al sentir el contacto de sus cuerpos desnudos. Rosie se estremeció cuando él la alzó en brazos y se dirigió a la cama, donde la depositó con suavidad.

Los largos dedos la acariciaron y Rosie sintió las yemas sobre sus pezones; luego, Scott le quitó las medias y la chica quedó totalmente desnuda, después empezó a conocer con labios y manos cada centímetro de su cuerpo, Le besó los senos y frotó los húmedos pezones con los pulgares, gimiendo cuando ella gritó ante la insoportable sensación. Le mostró todos los puntos de placer con tan exquisita ternura que la conmovió, llevándola hasta un suspenso que sólo él conocía y cuya conclusión sólo él podía ver. Luego le acarició las piernas con suavidad, produciendo una explosión de placer donde antes sólo había un desierto, hasta que al fin ella sollozó:

— ¡Ya basta... detente ahora mismo!

Scott sonrió en la oscuridad, volvió el rostro hacia los estremecidos músculos del vulnerable vientre de Rosie y murmuró:

— No.

Oh, Dios, qué tormento. Era demasiado placer, demasiado el amor que sentía por ese hombre duro, amable y voluptuoso; trató de gritar, pero sólo dejó escapar un jadeo urgente.

— ¡No puedo soportar esto!

— Oh, si puedes — aseguró él.

Rosie sintió que su cuerpo se convulsionaba tanto, que pensó que jamás dejaría de hacerlo. Entonces él se colocó encima de ella para enfrentarse a esa barrera como una telaraña y quitársela para siempre.

Rosie dejó escapar un largo gemido bajo esa increíble experiencia, pero Scott lo interpretó erróneamente y le acarició la cara.

— Ssh, ya pasó todo — murmuró, áspero.

Su voz era extraña, casi apesadumbrada, como si quisiera quitarle el dolor junto con todo lo demás, y ella lo estrechó con fuerza, jadeando incrédula:

— ¿Ya pasó? ¡Oh, Scott, eso no fue nada en comparación con esto!

Las palabras de Rosie se clavaron en su ser como flechas y recostó la cabeza al lado de la de ella mientras se movía con la fuerza de una marejada, ascendiendo y descendiendo hasta que al fin la poseyó y la ola se estrelló en una playa desconocida.

Rosie se encontraba en una abrigada cueva que se movía cuando ella lo hacía, moldeándose a los contornos de su cuerpo y suspiró dormida. Experimentaba una sensación de bienestar y despertó lánguida para volverse bajo las mantas, buscando la dura almohada del hombro masculino, el brazo que la había rodeado toda la noche...

De pronto cobró plena conciencia al evocar la noche anterior, incluso al descubrir la ausencia de Scott, con un dulce eco de plenitud y una extraña sensación de pérdida. Estaba sola en la cama y sintió frío, pues el aire fresco de la mañana entraba por la puerta de la cabeza de Scott y su aroma, y la estrechó contra su abdomen para calmar el doloroso vacío.

Tenía la impresión de que ahora que se había embarcado en la exploración sensual no había forma de detenerse. ¿Cuál era la etiqueta adecuada para la mañana, después de una noche de amor?, se preguntó miserable. Estaba desesperadamente enamorada de él, con una mezcla de amor emocional y físico, y sabía que no podría fingir un afecto despreocupado cuando volviera a verlo; sólo podría ser ella misma y eso sería un

fracaso. Vio una sombra en el vano de la puerta y alzó la cabeza. Scott se detuvo a verla.

— Oh, ya estás despierta — sonrió deleitado — . Sólo estuve fuera cinco minutos. Fui a mi habitación por mi bata y un poco de leña... pues aquí no hay. Esta habitación casi nunca se ocupa y la chimenea no se usa mucho. ¿Tienes frío, querida?

Rosie asintió y se cubrió con las mantas hasta la nariz. Su corazón se llenó de ternura y pasión. Scott tenía el cabello alborotado y había un cambio notable en su rostro, algo diferente de la expresión tensa y rígida del día anterior. Sus hombros parecían muy anchos debajo de la bata de felpa y el vello oscuro cubría el musculoso pecho. Ya no se mostraba impasible, autoritario, ahora era la versión de un hombre más joven y atractivo.

"Te amo", estuvo a punto de decir, pero se controló, pues sabía que apenas iniciaban una nueva actitud, que aún debía enfrentarse a los rigores y las pruebas de la vida real, y tenía miedo.

Scott encendió el fuego y se irguió con un movimiento ágil, luego caminó apresurado para cerrar la puerta del balcón y miró a Rosie por encima del hombro.

— ¿Sucede algo malo?

Ella abrió aún más los ojos, insegura, pero respondió animosa:

— ¿He dicho que sucede algo malo?

— ¿Tenías qué hacerlo? — replicó él regresando a la cama, imponente a la luz del día. Apartó las mantas y se recostó al lado de ella.

Jamás podría resistirse a él. Incluso cuando se acercó, Rosie sintió que se disolvía en ese abrazo y sepultó la cara en el pecho de Scott.

— Es algo estúpido — señaló la chica.

Él le acarició la espalda desnuda y siguió con la mirada el movimiento de sus dedos sobre la pálida piel. Luego habló con suavidad:

— Dímelo, de cualquier forma.

— Bien — musitó ella — , desperté y tú no estabas aquí.

Él la besó con suavidad, pero en algún momento el ritmo cambió y se intensificó, sumiéndolos a ambos. Al fin, Scott se apartó y se dejó caer sobre la almohada. Rosie objetó esa retirada y se acercó a él. Scott parecía tranquilo y ella se acurrucó sobre su hombro, contemplándolo, pero él continuó pasivo, excepto por la mano que deslizaba sobre la cadera de la chica. Rosie le acarició el rostro y lo hizo suspirar cuando lo tomó de la nuca y se inclinó para besarlo en los labios, invadiéndolo con la misma pasión con que él la invadió la noche anterior.

Se besaron como si fuera un duelo y ella deslizó los dedos por el cuello de Scott. Él la sujetó por la cintura y la alzó de la cama para colocarla encima de su torso, sin dejar de observarla con mirada erótica. La sujetó de las caderas, hasta que ella sintió la presión de estar suspendida sobre el cuerpo excitado de él. Rosie se inclinó hacia él, guiándolo con manos torpes y pensó que nunca antes había visto esa expresión en sus ojos: tierna, implacable, insaciable.

Scott arqueó el cuerpo, impulsándose hacia ella y aun sosteniéndola en lo alto, hasta que gritó frustrada. Entonces sonrió y la hizo descender, poseyéndola y el rostro masculino se transformó con una expresión de triunfo y de exquisita agonía.

El fuego seguía chisporroteando en el hogar.

CAPÍTULO 8

Desayunaron más tarde con los demás. Harry había bajado muy temprano, recién bañado y con los ojos brillantes y una engañosa expresión de querubín; mientras comía unos waffles dorados, cubiertos de fresas y crema, no dejaba de charlar con Jenson.

Scott se había mostrado muy solícito con ella, reflexionó Rosie, muy considerado hacia su sensibilidad. Se metió a la ducha mientras ella permaneció acurrucada bajo las mantas, sensualmente saciada y con una ingenua sorpresa ante lo sucedido la noche anterior, luego le dio un breve beso, le indicó que iría a vestirse para bajar y que ella podría hacerlo cuando se sintiera dispuesta.

Cuando él salió, Rosie no pudo quedarse más tiempo en la cama, así que se bañó y se vistió a toda prisa, impaciente por pasar al lado de Scott el mayor tiempo posible. Se puso un pantalón de algodón, una camiseta holgada a rayas y bajó por la escalera, pasándose los dedos por el cabello para alisarlo, pero sólo logró alborotarlo más. Se detuvo al llegar al comedor, miró hacia el interior y sus ojos se iluminaron cuando vio a Scott, sentado en una silla, con aire indolente y con una taza de café frente a él, charlando con la elegante Taliyah.

Durante un terrible momento experimentó su antigua incertidumbre y se quedó allí con la mente en blanco, sin saber qué hacer, hasta que Scott la vio por el rabillo del ojo y volvió la cabeza. Ella lo adivinó todo en sus ojos... el intenso placer al verla aparecer, un deleite que Scott la vio por el rabillo del ojo y volvió la cabeza. Ella lo adivinó todo en sus ojos... el intenso placer al verla aparecer, un deleite conspirador y cierta dosis de resignación; en una fracción de segundo, Rosie lo comprendió todo. A ella le correspondía decidir si su relación sería del dominio público y si no lo hacía, él no diría nada.

El rostro de Rosie cobró vida y movió la cabeza como si le desesperara la increíble torpeza de Scott, ante lo cual él se echó a reír y su rostro severo se alteró. Taliyah, sentada a la mesa con una falda color caqui y una blusa verde, miró incrédula a Scott, como si nunca antes lo hubiera visto, y luego se volvió a mirar a Rosie.

Allí estaban todas las señales inconfundibles: los labios hinchados, la intensa palidez debida a una noche sin dormir, las sombras alrededor de los ojos luminosos. Estaba justo como se sentía... exhausta y radiante después de una noche de amor. La sorpresa paralizó los rasgos de Taliyah. Ahora todo era del dominio público, sin intercambiar siquiera una palabra, pensó Rosie y se sintió aliviada. No fingiría, ni ahora ni nunca, pero incluso cuando se disponía a acercarse a Scott, quien le tendía una mano en un gesto perentorio, la chica titubeó y vio que la sonrisa confiada de él se desvanecía un poco.

Un profundo instinto que ni siquiera sabía que poseía la hizo dirigirle una mueca maliciosa, que era a la vez un reto y una burla, y se dirigió hacia el aparador para servirse una taza de café, en un franco rechazo de la mano que él le tendía.

Sólo Taliyah notó la expresión de Scott. Él seguía riendo, pero con una risa dura y en sus ojos oscuros había una expresión de furia. La mujer rubia se estremeció en una reacción convulsa y se preguntó si la otra joven sabía lo que hacía. Nadie se percató

de la expresión de Taliyah: había un brillo helado en sus ojos y sus rasgos perfectos parecían paralizados en un invierno del alma.

Después de discutirlo a la hora del desayuno, decidieron asistir a una fiesta al aire libre que se celebraría en los terrenos del hospital local. Scott conduciría el Ferrari, en el cual había lugar para todos, y aunque todos suponían que Rosie ocuparía el asiento delantero, con un movimiento hábil ella le cedió el lugar a Taliyah. No podía controlar su desbocado corazón bajo la penetrante mirada de Scott y necesitó toda su fuerza de voluntad para conservar la calma.

Rosie sabía que jugaba con fuego, como lo había hecho Jenson la noche anterior, y creyó percibir un destello comprensivo en los ojos del médico. Scott era suyo sólo por el momento y tal vez no sería así en el futuro. Dudaba que la amara y deseaba desesperada que lo hiciera, pero tenía que disimular esa desesperación.

Sabía que no debía permitirle que fuera demasiado suave, pues a la larga eso sería el fin de su relación. No sólo el lado amable y prudente de Scott era la fuente de su reserva, también debía satisfacer su lado implacable y ambicioso, de lo contrario la pasión moriría y él se alejaría. Para retenerlo, ella debía ser la eterna conquista, comprendió estremecida. Él era demasiado complejo. Si hubiera deseado una esposa refinada o una pareja profesional ya estaría casado, pero Scott necesitaba una mezcla de pasión y reto y Rosie necesitaría hasta el último gramo de su personalidad independiente e intuitiva.

Cuando Jenson, Rosie y Harry se instalaron en el asiento posterior, ella quedó detrás del asiento del conductor y tuvo que resistir la mirada dura de Scott cuando cerró la puerta con fuerza y se sentó al volante.

Una parte de su ser se encontraba en estado de choque. No podía concebir que una noche de amor tan satisfactoria pudiera intensificar su deseo en lugar de mitigarlo. Se estremeció trémula cuando percibió el aroma de Scott y, sin poder evitarlo, se inclinó hacia el respaldo de su asiento, con la cabeza ostensiblemente vuelta hacia Jenson, quien estaba sentado en el extremo opuesto charlando con Harry. Furtiva, Rosie deslizó una mano entre la puerta y el asiento del conductor y rozó con los dedos el torso de Scott. Lo sintió retener el aliento cuando lo acarició desde el pecho hasta la atlética cintura y se quedó rígido.

De pronto Rosie entreabrió los labios en un silencioso jadeo cuando él se apoderó de su mano y la oprimió con fuerza contra su cadera. Le dolían los dedos, impotentes bajo la presión de Scott, y un sexto sentido la hizo alzar la cabeza. Scott la miraba por el espejo retrovisor, divertido, excitado y furioso a la vez. La chica se sintió atrapada como un conejo y sin darse cuenta se pasó la lengua por los labios, hasta que descubrió la mirada de él fija en el gesto voluptuoso.

El intercambio duró apenas unos segundos, el tiempo suficiente para que Jenson terminara de hablar y Taliyah respondiera, y para que Harry se agitara inquieto en su asiento.

— ¿Aún no estamos listos? — preguntó impaciente.

— Lo siento — respondió Scott despacio, pellizcando los dedos de Rosie en una dolorosa advertencia — , estaba distraído.

— Oh, qué aburrido — comentó Rosie antes de poder evitarlo, y se ganó una sonrisa explosiva.

— Siéntate bien y compórtate — le aconsejó Scott con suavidad.

Ella obedeció riendo, mientras Jenson y Harry la miraban desconcertados, conscientes de que lo que habían visto era algo privado e incomprensible para ellos. Rosie concentró su atención en Taliyah, cuya mirada era inescrutable y penetrante. Al principio, Taliyah había menospreciado a Rosie y ahora le encolerizaba ver que la había subestimado. Rosie decidió que de alguna manera esa mujer la estaba sondeando y se inquietó.

La fiesta estaba muy concurrida y tardaron mucho tiempo en abrirse paso por entre los puestos. Durante ese tiempo, una corriente subterránea fluía entre Scott y Rosie, manifestándose en el tono severo de la voz de él y en el brillo en los ojos de ella. Al fin se sentaron a beber té y a comer unos emparedados en una de las tiendas de campaña. Harry pidió fresas con crema y Rosie sucumbió a la tentación de un pastel de chocolate, comiendo con tal deleite que provocó una indulgente sonrisa en Jenson y una burlona diversión en Taliyah. Rosie lo notó y se encogió de hombros; no le importaba, pues estaba disfrutando. Lo que la desconcertó fue que cuando se volvió a Scott, tropezó con sus ojos, cuya expresión, voraz y eruptiva, amenazaba destrozarla.

Cuando ella terminó, Scott alzó una mano despacio, le sujetó la barbilla y la obligó a volverse hacia él. Desconcertada, Rosie obedeció y mientras lo miraba a los ojos, él deslizó un dedo sobre sus labios en una delicada caricia para quitarle una mancha de crema y chocolate que le mostró. Ella se ruborizó y rió silenciosa, pero su risa se apagó cuando él se llevó el dedo a la boca y lo lamió con sensualidad, sin dejar de mirarla. El rubor de Rosie se tornó más intenso. Se sentía arder en su interior y él apenas la había tocado. Alzó la vista y luego la bajó, con el acompañamiento de la burlona risa de Scott. Dios mío, pensó aturdida, esto era una guerra de seducción y él tenía las mejores cartas.

Eso la excitaba y la amenazaba, pues se sentía peligrosamente intoxicada y fuera de control; de nuevo él leía en ella como en un libro abierto, por lo que el triunfo sería demasiado fácil para él y tarde o temprano se aburriría de ella.

Harry empezaba a impacientarse con la multitud y pronto pediría que regresaran a casa. Taliyah aceptaría de inmediato, ya que tenía su expresión "frígida".

Interpretó bien el ambiente y poco después iban de regreso; Jenson trataba de que Taliyah perdiera la compostura, Harry creía monopolizar la atención de Scott con un soliloquio de todo lo que habían hecho los perros y los gatos esa semana y Rosie miraba pensativa por la ventana del auto. Cuando llegaron, Harry fue enviado a su habitación por ignorar las sugerencias de que cambiara de tema y cuando la dispersión fue general, Rosie se dirigió a la sala de atrás.

Tenía mucho en que pensar y muchas cosas que decidir. Sabía que se había enamorado de Scott demasiado pronto, pero tendría que ser paciente y esperar hasta que él se enamorara de ella. El problema era, ¿cuánto debería esperar? ¿Meses, años, siempre? El pánico la invadió, pues no podría vivir con esa incertidumbre indefinidamente. Seis meses, decidió al recordar la pintura que debía hacer para Scott. Podía enfrentarse a ese lapso, aunque también podrían suceder muchas cosas...

Rosie se volvió hacia la puerta cuando Scott apareció. Todo su pensamiento racional desapareció y los latidos de su corazón la traicionaron de nuevo. Él se acercó, aprisionándola contra la pared, e inclinó la cabeza hacia ella, con mirada de depredador.

— Pensé que jamás te encontraría sola — murmuró.

Rosie apoyó la cabeza contra la pared cuando el deseo estalló en sus venas.

— ¿Así que tenemos un motivo para celebrar? — inquirió.

Apenas sabía lo que decía, pero eso no le importaba; la comunicación importante pulsaba en el cuerpo de ambos. Sin embargo, y para su sorpresa, Scott tomó en serio su comentario y replicó sombrío:

— Eso aún está por verse.

Ante ese enigmático comentario, ella frunció el ceño, pero Scott no se detuvo a explicarle. En lugar de ello, la sujetó de una mano y giró sobre sus talones, ella podía sentir su tensión. La arrastró fuera de la casa y Rosie lo siguió obediente, curiosa por saber lo que él tenía en mente.

Era obvio que quería mostrarle algo. Varias posibilidades pasaron por la mente de ella cuando la llevó a la cochera, un edificio independiente del resto de la casa, Scott sacó de su bolsillo una llave y abrió una puerta que daba a una escalera. Ambos subieron y Rosie se olvidó de sus conclusiones cuando lo que vio la dejó sin aliento.

El misterioso trabajo de Adrien en la cochera durante la semana anterior, casi lo había olvidado, de pronto quedó explicado, ya que a lo largo de la amplia habitación era visible la evidencia de un trabajo de carpintería recién terminado. El suelo estaba desnudo, había un nuevo tragaluz en el techo y en un rincón se encontraba un caballete. Había anaqueles con todo lo necesario para su trabajo, lienzos, pinceles, pinturas.

Scott había planeado eso... mucho antes de que se convirtieran en amantes, antes que ella supiera que lo amaba, ¿pero cuándo? ¿El fin de semana anterior? ¿El viernes que la invitó a ir a su casa? Todo eso era... una sorprendente confirmación que la dejó con la mente en blanco; estaba consternada, asustada; no, aterrorizada.

¿Estaba tan seguro de ella, o era demasiado arrogante? Cualquier posibilidad que pasaba por su mente rayaba en lo inaceptable.

Él observaba su expresivo rostro y adivinó en él la afrenta, el temor, la rígida incredulidad. Sus facciones se endurecieron y habló con aspereza:

— Le di instrucciones a Adrien para que hiciera esto el lunes por la mañana, antes de irme a Londres.

— Eso me preguntaba — murmuró tensa. Se alejó de él y fingió estudiar las pinturas, pero se llevó una mano a la boca.

— Rosie — le dijo con mucho cuidado y eso fue a la vez revelador e inexplicable — , tú no eres la única que se arriesgó.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Se mordió el pulgar, pensando en lo que significó para ella la noche anterior y en que él le dijo que daba muchas cosas por sentadas.

¿Trataba de decirle que eso no era arrogancia? ¿Qué era entonces?

— No lo entiendo — confesó al fin, aún temerosa.

Eso era diferente de lo que conocía de él. ¿Serían las cosas como ella las percibía?

— No, lo sé — respondió Scott y la tensión de su voz fue sustituida por algo más... gentileza, tristeza — . Después de todo, no hay mucho entre nosotros. Un encuentro accidental, muy poca historia

Ella emitió un gemido de dolor, sin saber por qué, y se mordió el pulgar con más fuerza.

— ¿Confías en mí, Rosie?

Llegaba a ella sin palabras, sin pasión ni amenazas, estabilizando sus incoherentes

pensamientos de alarma. Con cuánta tranquilidad la hacía considerar sólo esa pregunta y nada más. Rosie se tomó su tiempo para pensar, pues era algo importante, aunque la respuesta era obvia.

— Sí — declaró, unida a él por ese leve sonido y creyó oírlo suspirar.

— Entonces, mi amor... — señaló con delicadeza y se movió hasta que Rosie sintió en la nuca su contacto, ligero, como una pluma — . ¿Puedes confiar en mí lo suficiente para no preocuparte por el momento considerando las razones por las que hice esto? Tengo mis . motivos y para mí son importantes. Te los diré después, pero por favor, no ahora. Sólo piensa que es una elección para ti, no para mí. Hay espacio, intimidad, luz y seguridad en abundancia, y si miras a tu alrededor, verás que eres bienvenida. ¿Te gustaría trabajar aquí?

Le pedía que no le preguntara sus motivos, pero, ¿por qué? La pregunta resonaba en su mente y se cubrió el rostro, confundida. Piensa, Rosie. Dos aspectos de ese hombre, uno dinámico, apasionado, poderoso; el otro, gentil, prudente y bondadoso.

Dos lados incompatibles y siempre en pugna. No quería pensar que si rechazaba esa invitación dejarían de verse. Knightbridge y Mayfair no estaban lejos. Sin embargo, seguir con su relación ahí, en Oxford, significaba algo importante para él, pero, ¿qué cosa? ¿Oxford o Londres, verlo durante la semana por las noches, o verlo ahí los fines de semana?

Ahí había mucha luz y seguridad; las palabras eran de él, no suyas. Y estaban esos dos aspectos, el poder y la gentileza y él la quería con gentileza. Era el mismo viejo conflicto en él, y seguía un patrón familiar, cuando después venía la reserva, luego el alejamiento y más tarde... ¿el final? Era peligroso quedarse. Pero él tenía sus razones y el tiempo y el dinero que invirtió en ese estudio eran una plena evidencia de eso. Él poseía la vasta medida de su madurez y su experiencia/mientras que todo lo que Rosie tenía era su instinto.

Pues bien, se arriesgaría. No importaba lo mucho que él tratara de expresarlo en términos de un beneficio; hacía esa invitación por él, no por ella. Deseaba conocer los motivos de Scott para poder quedarse, así que necesitó todo su valor para alzar la cabeza y volverse a mirarlo con altanería y orgullo.

— Me quedaré — declaró, pero su actitud le decía a Scott que se plegaba a sus deseos sin gratitud; luego añadió con un leve dejo de insolencia — Por el momento.

Habría podido llorar cuando clavó la cuña entre ambos. El atractivo rostro de Scott se endureció y sus ojos centellearon, mientras se miraban cara a cara, destrozados entre su atracción y su conflicto.

— Entonces dime — pidió Scott en voz baja, acercándose a ella para abrazarla con fuerza — . ¿Tenemos un motivo para celebrar?

Las lágrimas no derramadas le dieron fuerza a Rosie para sonreír osada.

— Bueno, querido — habló despacio y la mordacidad en sus palabras fue un reto en sí cuando repitió las mismas palabras de Scott — . Eso aún está por verse.

Scott inclinó la cabeza, un intenso rubor cubrió sus pómulos angulosos, su mirada se nubló y la forma de su boca se volvió evocadora y excitante.

— Bésame — murmuró.

Se apoderó de la boca suave de Rosie y una vez más el incontrolable fuego sexual los consumió a ambos, y si ese amante ardiente y experto no era el amigo a quien le habría gustado recurrir en ese momento de inseguridad y necesidad, sabía por qué

debía enfrentarse a él con toda su fortaleza, no con sus debilidades.
Porque no podía permitir que él fuera demasiado gentil.

CAPÍTULO 9

El domingo, después de desayunar, Scott se disculpó ante Jenson y Taliyah y se dirigió con Rosie a la biblioteca; ella tomó un montón de dibujos a lápiz y los hojeó nerviosa. Se dijo que eso era ridículo, pero la amonestación sonó hueca incluso en sus oídos, ya que notó en Scott un cambio ligero, pero definitivo, desde que entraron en la habitación y él se sentó en un amplio sillón. Había desaparecido el amante tierno y apasionado de las dos últimas noches y en su lugar estaba el frío y desapasionado hombre de negocios. Rosie sabía que, a pesar de todo lo que habían compartido, si su trabajo no estaba a la altura de sus estándares, Scott se lo haría saber.

Resuelta, la chica hizo a un lado su timidez y se volvió a mirarlo.

— He estudiado el material que me dejaste — informó con la cabeza baja mientras revisaba los dibujos — . Y he encontrado dos enfoques diferentes de la situación. Ambos son válidos por distintas razones, así que se trata de una elección personal. El primer conjunto de diseños es dinámico y agresivo, y el segundo tiene una imagen más estable, clásica y en extremo sencilla. Lamento no tener los bosquejos a colores, pero lo que tengo es muy aproximado.

— No, has trabajado bien y rápido — replicó Scott, extendiendo una mano para que le entregara los papeles.

Ella estudió su rostro mientras él los hojeaba despacio.

— ¿En qué colores has pensado?

— En los mismos para ambos diseños — replicó ella — . He pensado en un papel pergamino color crema para la papelería... es costoso, pero vale su precio. Oscar tiene las muestras en su oficina, por si quieres verlas. Luego, letras negras mate o brillantes, con un toque en oro. Nada demasiado extravagante, ya que esto actualizará el material y sólo es cuestión de respetar el mismo diseño en la revista trimestral que publicas.

— Tienes razón — asintió él y la miró con firmeza — . Las dos elecciones son válidas, pero dime, ¿cuál prefieres tú?

— En lo personal — sonrió ella — , me agrada la agresiva. Es representativa del éxito que has alcanzado a nivel mundial. Pero no necesariamente pienso que sea la elección más apropiada... la gente con la que haces negocios ya conoce tu reputación. No necesita sentirse amenazada cada vez que recibe una carta o una revista tuya y es más probable que esté dispuesta a confiar en la otra imagen, por su aura de estabilidad.

— Es cierto — convino él, haciendo a un lado los papeles — . Y estoy de acuerdo contigo. Usaremos el enfoque clásico.

— ¿Te parecen bien los diseños, o quieres que vea si puedo idear algo más? — inquirió, ansiosa.

Dé pronto, el hombre de negocios se desvaneció cuando Scott sonrió cálido y complacido y Rosie sintió que se le doblaban las rodillas.

— Querida, son muy bellos y me fascinan. Y usaremos el mismo diseño cuando redcoremos las oficinas, de manera que no te atrevas a cambiar nada.

Cuando salieron de la biblioteca, Rosie iba resplandeciente, satisfecha con las sinceras

alabanzas que Scott le prodigó y por el impacto sensual de su boca al acariciar la de ella.

Su mundo era perfecto y el día pasó volando. Jenson había ido a atender a un paciente, así que Taliyah regresaría a Londres con Scott. Rosie estaba descansando y bebiendo una taza de té en la sala de atrás, tratando de negar que echaría de menos a Scott en su cama. Algo, un leve ruido o un instinto físico, la hizo volver la cabeza. La luz de ternura desapareció de su expresión cuando se encontró con los ojos verdes y fríos de Taliyah, inmaculada con un traje de lino. La mujer mayor sonrió apenas y se instaló en un sillón cercano, con la barbilla apoyada sobre los elegantes dedos. Rosie desvió la mirada para no ver el gesto de crítica en el rostro de Taliyah y preguntó en tono ligero:

— ¿Ya estás lista para irte?

— Sí — respondió lánguida la rubia — , nos iremos pronto.

Scott está llamando a Jaylon para advertirle que llegaremos a la hora de la cena.

A Rosie le dio un vuelco el corazón. ¿No se quedarían a cenar ahí? Scott y Taliyah, cenando juntos en la casa de él en la ciudad, serían la imagen de la elegancia. No sabía que Taliyah era una de las pocas personas privilegiadas que conocían ambos aspectos de la vida de Scott y no se había enterado de sus planes para esa noche, sino hasta que Taliyah se lo informó. Un músculo tembló en su mejilla, pero trató de imitar el aplomo de la otra mujer y replicó:

— Bien, así que se irán temprano para llegar a Londres a buena hora.

— Esto no durará, tú lo sabes — anunció Taliyah en voz baja y suave. Sorprendida, Rosie retuvo al aliento.

— No sé de qué estás hablando — replicó con frialdad.

— Por supuesto que lo sabes — rió Taliyah — . Scott no soporta a los tontos, así que no juegues conmigo. Él ha tenido otras relaciones.

— Sería ingenuo esperar lo contrario — estalló Rosie.

Por supuesto que había tenido aventuras, ¿de qué otra manera su amante había adquirido esa experiencia? Pensar en él con otra mujer le producía náusea y maldijo su vívida imaginación.

— Ellas tampoco duraron — murmuró la rubia, contemplando sus uñas.

Rosie se enorgulleció de serenidad cuando respondió:

— ¿Por qué simplemente no vas al grano?

Taliyah alzó las cejas y fijó en Rosie sus fríos ojos verdes.

— Hace muchos años que conozco a Scott. Vivimos en el mismo medio, nuestras familias se conocen, tenemos amigos mutuos. Muchas mujeres que tuvieron una aventura con él cometieron el mismo error al creer que podían cambiar el curso de su vida. Ten cuidado, Rosie, para que no resultes herida. Como una diversión refrescante, tú eres lo que Scott quiere por el momento, pero no eres lo que él necesita.

La daga se clavó hasta lo más profundo; Rosie no estaba segura, pero la herida podría ser mortal. Nunca antes se había sentido tan vulnerable; sin embargo, Taliyah había estudiado su carácter a la perfección, calculando su tiempo durante el fin de semana, en espera del momento justo cuando las barreras estuvieran bajas. Rosie no habría podido conservar la calma de no ser porque Jenson ya la había prevenido y replicó muy digna:

— Agradezco tu interés en mi bienestar, pero no es necesario. Scott es muy

afortunado al tener una amiga que se preocupa tanto porque sus necesidades se vean satisfechas; quizá un día, cuando se case, le brindará esa misma amistad a su esposa.

La fachada de reina de los hielos se agrietó y los ojos verdes lanzaron un destello tan duro como el jade.

— Cuando Scott se case — expresó entre dientes — , será con alguien de su clase, que pueda asumir la responsabilidad de convertirse en su esposa, ¡no lo hará con una mujer insignificante, pretenciosa, y sin distinción!

Rosie alzó una ceja, colérica ante la actitud de superioridad de Taliyah.

— Sospecho que Scott no se casará con nadie con pretensiones, cualquiera que sea su clase social — observó con frialdad — . Entre tanto, tú observas y esperas, mientras Scott sostiene otras relaciones y los años transcurren muy rápido.

— Tú lo incitarás y él se alejará; yo estaré allí para verlo — exclamó Taliyah.

— Igual que siempre — murmuró Rosie con los ojos brillantes de furia y dolor — , ¿para recoger las sobras? ¿Soñando en un matrimonio frío y desapasionado, dependiendo de la discreción de Scott para cambiar de amantes, mientras tú haces el papel de anfitriona y tratas de conservar una fachada aceptable ante el mundo?

Ten cuidado, Taliyah, podrías resultar lastimada.

— ¡Él jamás se casará contigo! — estalló — . ¡Tú no tienes lo que se necesita para retenerlo!

— Me inclino ante la experta en los deseos y las necesidades de Scott — murmuró Rosie, mordaz — . ¡Pero no recuerdo haberle pedido a nadie que realice una evaluación de mis deseos y necesidades!

— ¡Estás tan enamorada de él que resulta repugnante! — se burló Taliyah — . ¿No tienes orgullo?

Oh, tenía demasiado y el dolor la hizo temblar de la cabeza a los pies. Si había sido tan obvia, entonces Scott, con esa penetrante inteligencia, también lo sabía.

— Debemos irnos — anunció Scott desde el vano de la puerta.

— Ya estoy lista — respondió Taliyah y le sonrió.

— Bien — Scott entró en la habitación y su mirada se deslizó de la mujer rubia al rostro de Rosie, que parecía una máscara — . ¿Por qué entonces no vas por tu maleta?

— Bajaré de inmediato.

Cuando Taliyah salió de la habitación, Scott puso, con suavidad, una mano sobre el hombro de Rosie. Ella pudo controlar su expresión, pero no el temblor de su cuerpo, y cerró los ojos, desesperada cuando los dedos masculinos la sujetaron con fuerza.

— ¿Rosie? — su voz era aguda, intensa — . ¿Sucedó algo malo?

— Que tengas una buena semana, Scott — habló con voz monótona — . Hablaré contigo pronto.

Pasó una fracción de segundo; podía sentir que la mente de él trabajaba con la velocidad de una computadora.

— Quiero que hables conmigo ahora.

— No seas inquisitivo, no lo soporto — la voz también le temblaba.

La mano de Scott se relajó, luego él la alzó para acariciarle los labios con las yemas de los dedos.

— Querida — empezó, pero debió frenar la emoción que matizaba su voz, pues sus siguientes palabras fueron duras y precisas — . Te llamaré durante la semana —

apartó la mano.

— Bien — "aléjate Scott, sal de aquí", pensó.

No sabía lo que habría sucedido si hubiera sucumbido a la tentación de mirarlo, porque en ese momento Taliyah regresó. Unos minutos después se fueron y Rosie ya no pudo contener las lágrimas.

Era domingo y último día de mayo. Esa noche Rosie regresó a Londres con Scott y fue a ver a Oscar el lunes por la mañana, para que le enviaran a Oxford algunas cosas necesarias para su trabajo.

Pasó la noche con Scott, en su casa de la ciudad, y se alegró al ver de nuevo a Jaylon Lee, a pesar de que sólo se habían visto una vez; Rosie comprendía que los ojos oscuros y serenos de Jaylon eran una fuente de sabiduría y fortaleza y experimentó una vaga sensación de alivio; después de todo, él cuidaba muy bien de Scott. Fue rígida consigo misma y respetó su plan original de regresar a Oxford el lunes al anochecer, aunque deseaba con todo el corazón quedarse otra noche con Scott. Pero él estaba absorto en las presiones de los negocios y su voz sonó áspera y preocupada cuando habló con ella a la hora de la comida, así que Rosie se negó a convertirse en una intrusa. A las cinco, Scott se tomó un tiempo para llevarla a la estación de Paddington, donde la chica abordaría el tren a Oxford. Fue un recorrido extraño, del cual ella habría prescindido de haber sabido cómo sería. Scott conducía ceñudo y silencioso mientras ella miraba por la ventana, tratando de pensar en algún comentario interesante, con un sabor a ceniza en la boca, temerosa al ver que había desaparecido esa relación del fin de semana.

Tal vez Scott no podía conservar su extraordinario impulso profesional y sostener una relación al mismo tiempo; quizá estaba enfadado con ella por alguna razón; o tal vez sólo eran ideas suyas. Cualquiera que fuese el motivo, Rosie se sintió miserable cuando se despidió de él. Creyó haber disimulado, pero Scott notó su expresión y con un gemido de impaciencia la estrechó con fuerza en sus brazos. Rosie, sin embargo, se sintió humillada al ver esa impaciencia.

— ¡Oh, Dios, mira la hora! — balbuceó, volviendo la cabeza hacia otro lado cuando sus ojos se anegaron en lágrimas — . ¡El tren saldrá dentro de unos minutos... debo apresurarme! — exclamó, cuando lo único que quería era permanecer en los brazos de Scott.

Él la estrechó con más fuerza, pero sólo por un momento y se apartó al soltarla, mirándola con dureza. Rosie sintió dolor al verlo; se acercó a ciegas, lo besó en la barbilla y huyó hacia la puerta. No podía mirar atrás. Él se habría ido y su tonto corazón sufriría más. ¡Estúpida, eres una estúpida!, se increpó.

Sólo cuando subió en el atestado tren se dio cuenta de algo extraño: él no le había dirigido una sola palabra... de seguridad o de cólera, ni siquiera de despedida.

El mes de junio transcurrió veloz. Ella llevaba la cuenta por los fines de semana.

Scott le había entregado la llave de la puerta del estudio y tan pronto como le llevaron sus cosas, Rosie terminó los diseños en un tiempo récord y luego concentró sus esfuerzos en la pintura. El reloj empezó a marcar el lapso de ese convenio que sería de seis meses.

De alguna manera sentía que no era correcto dedicarle tanto tiempo al tema que eligió, pero era una obsesión. Pasaba incontables horas haciendo bosquejos para luego descartarlos, en ocasiones con una furia tempestuosa por las limitaciones que por

primera vez percibía en su trabajo.

En cuanto a los momentos que pasaba con Scott... Rosie siempre recordaría ese mes de junio con un dolor casi insoportable, ya que cada fin de semana tenía para ella un brillo incandescente. Todo era demasiado vivido, estaba grabado en su memoria.

Había risas que dolían, una alegría tan intensa que casi se sentía morir y discusiones poco frecuentes, pero intensas. Confrontación; cada vez que hacían el amor, cada momento que pasaba al lado de él era glorioso, pero fuera de balance.

Rosie trataba de encontrar el equilibrio y veía que Scott se esforzaba también... cuando trataba de ser paciente a la mitad de una discusión, en su lucha por mitigar con una sonrisa sus estados de ánimo sombríos y poco comunicativos. A veces casi lograban una sincronía y para ella esos momentos eran algo mágico que la hacía sentir muy cerca de la serenidad y la felicidad. Pero luego, con una inexplicable mirada o un comentario enigmático, el equilibrio quedaba destruido.

Siempre recordaría uno de esos momentos, pues había quedado grabado de modo indeleble en su mente. Fue el último domingo de junio y Scott y ella se habían desvelado el sábado por la noche, charlando y haciendo el amor en absoluta armonía.

Esa tarde, Rosie había consentido en jugar con Harry un juego en la computadora, así que fue a la habitación del chico mientras Scott hablaba con su madre. Sin embargo, el juego pronto terminó en risas histéricas y confusión, pues el tiempo de reacción del pequeño era más rápido que el de ella y Rosie no tenía experiencia con el teclado de la computadora. Reconoció su derrota y rió al ver la mirada de franca compasión de Harry; luego, una vez cumplida su obligación, Rosie bajó por la escalera para ir en busca de Scott y su madre.

Debían estar en la sala de atrás, pues no había nadie en la del frente. Se dirigió hacia la puerta abierta cuando la voz de Helen, con su impecable acento británico, llegó con claridad a sus oídos:

— Es una lástima que ella no pueda ver lo inadecuada que es realmente.

Rosie se detuvo al sentir la aguda punzada de la traición. Entre Helen y ella no había nada más que una cálida cortesía, pero a la chica le agradaba la madre de Scott y creía simpatizarle a la anciana. Pero sobre el simple agrado había un tangible dejo de desaprobación. Rosie no se movió, sino que se concentró en escuchar la respuesta fría e inflexible de Scott:

— Sí, lo sé. De haber sabido que ella era así, jamás le habría permitido llegar tan lejos. Pero no me di cuenta de la profundidad de sus sentimientos.

La traición provocó una agonía; Rosie se cubrió la boca, aunque su grito fue silencioso y la presión en su cabeza era tal que no quería oír más, pero entonces Helen preguntó con frialdad:

— Supongo que la ruptura de esa relación también disgustará a la familia de ella. Qué desagradable. ¿Qué piensas hacer ahora?

— Le he dado a Rosie varias oportunidades, pero ni siquiera acepta discutirlo. Lo guarda todo bajo llave; es muy orgullosa y resulta difícil allanar eso — la risa de Scott era colérica.

Discutían su vida, su futuro, su amor y su felicidad como si ella no tuviera el derecho de hablar o de elegir y eso la enfureció.

— Es obvio que debes hacer algo. Las cosas no pueden seguir como están — declaró Helen y su voz serena empezó a sonar inquieta.

— ¡Ya pensé lo que debo hacer! — estalló él — . ¡En cualquier caso, esta conversación es prematura!

Vaya, debería sentirse agradecida por algo; cuando menos él hablaba como si eso le doliera un poco. Las lágrimas de furia y agonía cayeron sobre sus manos y Rosie, se dio la media vuelta para correr a su habitación, deseando no haber empezado a llorar y haber tenido la fuerza de entrar y enfrentarse a los dos. Tropezó con Harry al pie de la escalera y el niño la sujetó de la cintura.

— ¡Rosie! — exclamó sorprendido — . ¿Sucedó algo malo?

Ella casi lo sacudió y siseó:

— No menciones que me has visto, ¿entiendes? ¡No te atrevas a decir una sola palabra de esto!

— ¡No... no lo haré! — tartamudeó Harry, casi atemorizado por el violento dolor de ella

— . ¡Te lo prometo! ¿Estás bien? ¿Por qué lloras? Ella no respondió, sólo se abrazó a sí misma, como si no tuviera nada en el mundo a lo cual pudiera aferrarse.

— Despídeme de tu abuela — le pidió entre dientes — , diles que fui al estudio, a trabajar. Dile a Scott... que lo veré el viernes.

— Rosie... — el niño estiró una mano titubeante, pero era demasiado pequeño y ella se sentía como un animal herido.

— ¡Promételo!

— ¡Sí, lo prometo!

Lo había herido y el pequeño era inocente, entonces lo abrazó y le murmuró al oído:

— Lo siento, mi amor. Estoy muy alterada y necesito tiempo para calmarme. Será nuestro secreto, ¿quieres?

— Sí — le devolvió el abrazo y ocultó la cara en la blusa de Rosie.

Cuando llegó al estudio, Rosie se dejó caer al suelo, con los brazos extendidos, como si quisiera extraer fuerza de los tablones de madera. No supo cuánto tiempo se quedó allí, pero debió ser mucho, pues afuera ya había oscurecido cuando alguien llamó a la puerta. El ruido resonó tan fuerte en el silencio que Rosie dio un salto y luego se quedó inmóvil, a la expectativa. Volvió a escuchar el llamado a la puerta y, a distancia, la voz de Scott.

No se sorprendió. No esperaba que creyera el mensaje que le envió con Harry, pues ella nunca trabajaba los fines de semana; cuando él estaba allí y siempre estaba cerca para despedirlo. Rebelde, Rosie apoyó una mejilla en el suelo y rechinó los dientes. No bajaría para fingir, para disimular sus sentimientos y ver a Scott haciendo lo mismo. Cuando él volvió a llamar, insistente, un grito brotó de su garganta:

— ¡Vete de aquí! — su reacción la desconcertó, pues nunca había hablado así.

Después de un momento, escuchó la voz de Scott:

— Sólo quería decirte que no regresaré a Londres esta noche, y que te veré cuando termines.

Él tenía la intención de regresar, hasta que Rosie empezó a mostrar indicios de alguna tensión interna. Era tan transparente... Rosie se estremeció de cólera, tanto hacia él como hacia sí misma. Esta vez no correría al lado de Scott y en lugar de ello trataría de comportarse con cierta dignidad. Había llegado el momento de enfrentarse a algunos hechos desagradables. Lo amaba demasiado y él jamás la amaría. Eso no era el fin del mundo. Oh, Dios, pero ella así se sentía.

Su rostro se contorsionó y golpeó con el puño en el suelo con tal fuerza que se lastimó

la muñeca, perdiendo el dominio de sus emociones. Al fin logró controlarse, no podía hacer otra cosa. No podía quedarse allí eternamente. Se puso de pie, se sacudió el polvo y bajó con toda calma. Afuera estaba oscuro y reinaba un silencio mortal.

Vio la espigada figura apoyada contra la puerta abierta y delineada bajo la luz dorada que salía de la sala; con la sensación de algo inevitable, Rosie caminó despacio hacia Scott. Se sentía expuesta, sabía que los ojos de Scott captaban cada aspecto de su apariencia y evaluaba lo que había pasado en el estudio. Pero la mirada de la chica era irónica cuando se acercó a él. Aprendía muy rápido y su amor por él le había enseñado a aceptar todas las emociones, la alegría, el dolor, la comprensión. Y ahora sabía que él relacionaría lo que veía en ella con otras cosas, pero jamás adivinaría la verdad, porque entre ellos había surgido el primer engaño.

Lo que Scott vio fue un rostro joven y demacrado, los párpados eran como manchas y la boca revelaba un extraño gesto de amargura. Rosie sentía su cuerpo vacío, pues el espíritu que le prestaba vida había desaparecido. Se movía casi por inercia.

Scott habló con tal sencillez que ella no comprendió por qué empleaba tanto cuidado.

— ¿No pintaste?

Rosie volvió la cabeza y miró hacia la cochera. Él debía saber que no había pintado, por lo menos después de la puesta del sol, pues no había luz en las ventanas.

— No, estudié mi tema y reflexioné — respondió con una frivolidad que iba más allá de la burla, otro nuevo rasgo en ella. La luz caía sobre su rostro — . Pero nunca ha sido fácil aprender qué puede uno tener y qué no.

— ¿Por qué te atormentas? — preguntó él con cansancio.

Rosie lo miró y respondió reflexiva:

— Desde el principio se siembran las semillas de nuestra caída. Alguien me dijo eso una vez, creo que fue un maestro. No sé si citó a alguien más. Antes me preguntaba por qué las personas parecen decididas a destruirse unas a otras, pero ahora pienso que nosotros mismos lo hacemos.

Scott se apoyó con cuidado contra el marco de la puerta y echó la cabeza hacia atrás. En las sutiles complejidades de ese hombre, uno de los rasgos que Rosie siempre vio y comprendió era su intenso sentido de protección y ella lo había herido en lo más profundo, pues lo único contra lo cual jamás podría protegerla sería de ella misma.

Rosie no sabía que podía ser tan cruel en su dolor.

— Me culpo de eso — declaró él con la boca apretada.

Ese hombre alto, fuerte y poderoso era totalmente vulnerable en ese momento y Rosie sintió que el corazón se le retorcía, pues además de todo, de los estados de ánimo del momento y del dolor del conocimiento, ella siempre lo amaría.

— Veo que sabes exactamente lo que quiero decir — rió casi con ternura. Las líneas alrededor de los ojos de Scott se hicieron más profundas.

— Nunca debí traerte aquí — declaró y añadió furioso — Jamás debí posar para esa maldita pintura, ni presionarte tanto en tu trabajo...

La intensa agonía la hirió y la hizo llorar.

— ¿Tan pronto te cansaste de mí, querido?

La expresión en los ojos de Scott fue terrible. Sólo la miró y todo lo amargo y tenso en el interior de Rosie se derrumbó; no le quedaba nada para enfrentarse al amante, cuando necesitaba tanto al amigo.

En un murmullo triste y los ojos muy abiertos con una expresión vulnerable, le

preguntó:

— Scott, ¿cómo dejas de desear algo que jamás podrás tener?

— Oh, Rosie — gimió y le tendió los brazos.

Ella se llevó los dedos a la boca para sofocar el gemido que brotó de su garganta y avanzó a ciegas hasta sentirse en los brazos que algún día la apartarían.

Era imposible, impensable. ¿Cómo era posible que la mente albergara una diferencia tan vasta? ¿Cómo podía él acariciar su rostro con tanta suavidad, sabiendo el futuro que tenía reservado para los dos? ¿Cómo podía besarla con tanto sentimiento, con esa pasión, sin percatarse de su intenso dolor capaz de enloquecer a cualquiera?

Ella misma se sintió enloquecer cuando la boca de Scott cubrió la suya con violenta intensidad. Lo odiaba y también odiaba ese desesperado placer físico, pero cuando él alzó la cabeza, ella le echó los brazos al cuello para volver a atraerlo. Ese era su poder, ahora Scott se acercó, fuera de sí, ante lo que era un señuelo y una súplica, la alzó en sus brazos y entró con ella en la casa.

Subió a toda prisa por la escalera y con cada paso, la mente del Rosie se adelantaba a pensar en lo que les esperaba en la habitación de él y su imaginación la inundaba con el ardiente y compulsivo licor del deseo, pero la realidad no se asemejó a algo que ella hubiera conocido jamás.

La suave técnica explosiva de Scott había desaparecido. Ahora él titubeaba, su cuerpo desnudo carecía de coordinación al estrecharse contra ella, provocando la más profunda reacción atávica que destrozaba la mente. Rosie veía, sentía y percibía en fragmentos. Los murmullos incoherentes de Scott, la película de sudor que les cubría el cuerpo, el cabello de Scott enredado entre sus dedos, la forma en que él sabía que Rosie se movería, el remolino de sexualidad que los arrastraba, fuera de control, hasta el clímax...

Scott era el mejor de todos los maestros, su amante y su amigo. Ella conoció el acto de amor como un arte sensual, una voluptuosa exploración, una pasión desencadenada, el sexo con ternura, risas y gentileza y ahora su educación era completa, como una lección en humanidad, ya que ahora era un acto de amor agri dulce, con una insoportable desesperación. Rosie conocía el final de eso, como también conocía el límite de su fortaleza.

Después él la estrechó contra su pecho, jadeante, y las interminables lágrimas que brotaban de los ojos de Rosie caían sobre su piel ya húmeda por el sudor. La chica oprimió los temblorosos labios contra el pulso que palpitaba frenético en el cuello masculino, con todo el amor que sentía. "Muy pronto lo dejaré", pensó.

CAPÍTULO 10

Scott tuvo que salir muy temprano la mañana siguiente y en el cielo apenas había luz cuando le dio un beso de despedida a Rosie. Ella se agitó en sueños, sin percatarse de su propio sollozo ni de los rasgos tensos de él al escucharlo. Scott se inclinó para apartarle el cabello de la cara y le murmuró al oído, algo que inmovilizó los dedos inquietos que se deslizaban sobre la almohada vacía y borró el ceño fruncido de la chica.

Para ella fue un sueño encantador, pero como todos los sueños tenía un final y después Rosie durmió inquieta hasta que despertó cuando ya había amanecido y evocó el día anterior. No soportaría volver a hacer el amor como la noche anterior y tampoco podía apartar su desesperación, así que tendría que irse. Era mejor hacerlo antes de que su relación la llevara a un dolor más intenso y a un inevitable repudio.

Cada persona tenía sus límites y ella acababa de descubrir los suyos. Si fuera más generosa, más paciente, o incluso más obstinada, tal vez aún podría luchar por el amor de Scott, pero simplemente no poseía esa fuerza emocional. Podía hacer una concesión, sin embargo. Amaba y respetaba a Scott y sentía tanta gratitud por la generosa amistad que le ofreció desde el principio, que le diría cara a cara por qué se iba. Huir sería una cobardía después de todo lo bueno que compartieron. Le debía eso a él y le debía también una explicación a Harry por lo sucedido el día anterior.

Pensó en abordar el tren a Londres para hablar con Scott esa misma noche, pero después de la comida la secretaria de él llamó para informarle que había tenido que viajar inesperadamente a Estados Unidos y que regresaría dentro de unos días. Así que trató de ser paciente; unos días de espera no la perjudicarían. Como lo hizo con todas las emociones que experimentó durante el último mes, Rosie pintó su paciencia en el lienzo, con pinceladas lentas y cuidadosas.

Le dio a Harry una versión editada cuando regresó a casa después de la escuela y le informó que pronto se iría; él lloró, lo que la conmovió mucho y se quedaron charlando hasta una hora avanzada de la noche. De cuando en cuando Rosie se asomaba y veía las dos cabezas oscuras muy juntas, en la sala de atrás. Al día siguiente, Harry no se levantó para ir a la escuela, pero el ama de llaves no dijo una palabra.

Pasó la semana sin tener noticias de Scott, hasta que el jueves por la tarde Rosie pensó ansiosa que con seguridad regresaría al día siguiente. No sabía si podría esperar más, pues su determinación disminuía con cada hora que pasaba.

Harry la estaba ayudando a guardar sus pertenencias en el estudio, el viernes por la tarde, cuando de pronto escucharon el ruido de unos neumáticos sobre la grava y se miraron.

— Él ha regresado — declaró Rosie y Harry asintió, con la cabeza baja. Los dos sabían que era el final.

No sabían que sería algo más. Rosie bajó por la escalera atrás del niño y salió de la cochera, pero cuando dieron vuelta en la esquina, ambos se detuvieron sorprendidos al ver que dos hombres bajaban del Ferrari. El conductor era Scott, por supuesto, sombrío y exhausto, vestido con pantalón y camisa informales, pero Rosie apenas lo vio antes

de inspeccionar al otro hombre, más joven. La chica se adelantó un paso y el corazón le dio un vuelco.

— ¿Josh?

El rostro de su hermano se iluminó y la saludó risueño y cariñoso:

— Hola, desconocida.

— ¡Josh! — los ojos le brillaban.

Corrió sin darse cuenta hasta caer en los brazos de su hermano, quien la alzó en brazos y la hizo girar.

Josh se detuvo y ella contuvo el aliento, luego logro articular las primeras preguntas sensatas:

— ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo conociste a Scott? ¿Recibiste tu regalo de cumpleaños?

— ¡Ya basta! — exclamó él. Se miraban sonriendo, pero luego su hermano recobró la seriedad, y con expresión obstinada le enmarcó la cara entre las manos — . Sí, gracias, recibí tu regalo y en cuanto a cómo conocí a Scott, llegó a mi apartamento el martes por la noche y él mismo se presentó. En cuanto a qué estoy haciendo aquí, he venido a convencerte de que regreses conmigo a casa, si eso es posible.

Lo que Scott había hecho era sencillo y a la vez desconcertante. No podía creer en esa cruel eficiencia. Angustiada, miró por encima del hombro a Scott, quien los observaba en silencio a poca distancia, con las manos en los bolsillos. Luego Harry se acercó a su tío, estudiándolo con dolorosa incompreensión.

— ¡No lo entiendo! ¿Has traído a ese hombre para que se lleve a Rosie? ¡Pero ella ya pensaba irse!

Rosie vio la expresión apagada en los ojos de Scott.

Ella ya no comprendía nada, no comprendía que él hubiera hecho algo así. No se dio cuenta de que temblaba como una hoja, hasta que Josh la obligó a mirarlo para pedirle con voz clara y firme:

— Rosie, debemos hablar ahora. ¿Podemos ir a algún sitio privado?

Ella no podía ver la expresión de su hermano, pues sus ojos estaban cegados por las lágrimas.

— Sí — respondió, tratando desesperadamente de controlarse — . El estudio está vacío. Podemos ir allá, si quieres.

— ¿En dónde está? — Josh le enjugó las lágrimas con gesto despreocupado.

— Allá, arriba de la cochera. Yo... te guiaré — Rosie se encontraba en un estado de profunda conmoción.

Caminó titubeante hacia la cochera y de alguna manera subió por la escalera. Luego se quedó de pie en el centro de la espaciosa habitación, que olía a pintura y trementina, y se sintió perdida.

Pero Josh se volvió hacia ella y habló con urgencia:

— Rosie, todos estamos preocupados por ti. Mamá y Karle quieren saber cuándo regresarás a casa y yo también quiero saberlo. Echo de menos a la hermana que fue mi única compañera de juegos cuando viajábamos por todo el mundo y quiero una oportunidad de conocer mejor a esta joven tan bella en la que te has convertido. ¿Aún no te cansas de vivir en el extranjero?

Ella había oído el mismo discurso de diferentes formas, en labios de distintos miembros de la familia, desde que se graduó en la universidad hacía años y apenas le prestó

atención. En lugar de ello, se concentró en lo que le causaba tanto dolor y murmuró:

— ¿Cómo pudo Scott hacerme esto? Si quería que me fuera, ¿por qué simplemente no me lo dijo?

La expresión de Josh cambió y él guardó silencio un largo momento. Todo estaba en silencio. Ese día no soplaban el viento, ni se escuchaba el ruido del tráfico desde la carretera, sólo el ocasional gorjeo de un ave.

Luego, su hermano habló en voz baja:

— Rosie, no puedo mentirte, Scott no se merece eso. Cuando llegó a New York, se presentó como el hombre que se enamoró de ti y quería pedirte que te casaras con él. Fue toda una sorpresa. El viaje a Inglaterra fue idea mía, pues no sabíamos qué pensabas echar raíces aquí. A pesar de que sabía que yo trataría de llevarte de regreso a Estados Unidos, Scott aceptó que viajara con él. Lo respeto mucho; creo que yo no habría tenido esa clase de fortaleza.

Rosie alzó la cabeza. En sus ojos brillaba la incredulidad, una absurda esperanza y una especie de furia y aunque era una mujer menuda, de pronto el espacioso estudio le pareció insuficiente.

— ¿Él te dijo eso? — murmuró.

Josh abrió aún más los ojos, sorprendido al ver el cambio en ella y luego su mirada se ensombreció con un dejo de pesar. Sin embargo, se acercó a Rosie y apoyó las manos sobre sus hombros.

— ¡Escúchame, Rosie! Te lo suplico, regresa a casa, aunque sólo sea por un tiempo. Concédete la oportunidad de volver a familiarizarte con todos... si te quedas aquí, la distancia entre nosotros será permanente...

Era como querer alcanzar la luna, entonces Rosie sujetó la camisa de Josh y repitió:

— ¿Él te dijo todo eso?

— Sí — murmuró su hermano, cerrando los ojos.

Ella vibraba como un instrumento musical, en una transformación vital, no obstante intentó lo imposible y logró contenerse.

— Te mostraré a la mujer en la que me he convertido — declaró y con pasos ágiles se dirigió a un rincón, donde había un caballete con una pintura cubierta con un lienzo. Con un rápido movimiento descubrió la pintura.

Josh se acercó a examinarla, se detuvo y la contempló asombrado. Rosie no podía controlarse más y se dejó llevar por sus sentimientos; se dio la media vuelta y expresó con voz melodiosa:

— ¡Debo ir a hablar con él! ¡Oh, Josh, te amo mucho... pero si regreso a Estados Unidos no será volver a mi hogar! ¡Lo lamento!

Su hermano no respondió, no era necesario. Al ver la pintura, supo que había perdido la batalla.

Rosie bajó por la escalera con la velocidad del rayo. "No comprendo", había dicho Harry. Cruzó el césped y entró por la puerta de la cocina. Rosie se volvió al verla entrar y abrió la boca para decir algo, pero Rosie pasó a su lado sin verla. "¿Trajiste aquí a ese hombre para que se lleve a Rosie?", había preguntado Harry y desde el fondo de su corazón ella gritó: "¡No, no!" Se asomó a la salita, pero estaba desierta y corrió frenética por todas las habitaciones, pero Scott no estaba en ninguna parte.

¡Pero ella ya pensaba irse!

Evocó la terrible expresión en los ojos de Scott.

Jadeaba agotada e inquieta cuando subió por la escalera y corrió por el pasillo.

¿Se habría ido, pero dónde, qué pensaba hacer? ¿Podría lograr que la escuchara?

Abrió la puerta del dormitorio de Scott, estrellándola con fuerza contra la pared, y lo vio sentado sobre el borde de la cama, con la cara sepultada en las manos. Él alzó la cabeza y Rosie alcanzó a vislumbrar esa expresión indefensa, solitaria, el rostro de un hombre desolado. De inmediato todo eso desapareció como si jamás hubiera existido y fue reemplazado por una expresión sardónica, cuando preguntó en tono casual:

— ¿Cuándo piensas irte?

— ¡Maldito seas! — jadeó furiosa, amándolo tanto que se sentía morir. Entró violenta en la habitación y se detuvo a la mitad, con las manos rígidas a los costados — . ¿Las cosas siempre serán así entre nosotros?

Nunca había visto una expresión tan dura en los ojos de Scott.

— Ahórrame tus absurdas acusaciones — le pidió cortante — . Tenía la impresión de que ya no había un "nosotros".

— ¿Ahorrarte? — gritó ella casi incoherente por la necesidad de llegar a él — . ¡No lo haré! ¡Nunca te sientes satisfecho! ¡Siempre tienes que alejarme! ¿Por qué diablos tengo que ahorrarte algo?

Scott se puso de pie con un movimiento atlético. Entonces Rosie supo lo que era el miedo, pues el hielo y la reserva al fin habían desaparecido. Luego él habló furioso:

— ¡Si has venido aquí para ver correr la sangre, por Dios que te echaré de mi casa!

— ¡Atrévete! — lo retó con una furia incontrolable, alzando los puños — . ¡Eso no impedirá que te ame! ¡Tendrás que arrancarme el corazón!

Su voz resonó como un latigazo en la habitación. Scott se estremeció, como un roble bajo el hacha de un leñador. Por la mente de Rosie cruzó la imagen de él poniéndole las manos encima para alejarla violento, para expulsarla de su vida.

Abrumada, se dio media vuelta para huir, sin embargo, con un gemido atormentado, Scott gritó:

— ¿Por qué vas a dejarme?

Ella apoyó la cara en el marco de la puerta.

— ¡Iba a dejarte antes que tú me alejaras de tu vida!

— ¿Alejarte? — lo sintió acercarse y se encogió. Luego sintió las manos de él sobre la espalda, los hombros, la nuca, el cabello... — . Ssh, querida — murmuró — . ¿Cómo pudiste pensar que yo quería alejarte? Ni siquiera sé si puedo permitir que te vayas.

Pero no importaba lo mucho que tratara de calmarla, la tormenta se había desencadenado y ella sollozaba y se estremecía incontrolable.

— Pero te oí hablar con Helen el domingo y ella dijo... que era inadecuada, que yo...

— Santo Dios — la hizo volverse hacia él y la estrechó contra su pecho.

— ¡Rosie, si eso fue lo que pensaste, no pudiste oírlo todo! No llores así, me destrozas el corazón... ¡Escúchame! ¡Mi madre y yo hablábamos de Taliyah, no de ti! El mes pasado, cuando llevé a Taliyah de regreso a Londres, yo sabía que algo andaba mal, pero tú te negaste a hablar de ello, así que la interrogué. Ella me lo dijo... bueno, me contó lo suficiente para que yo tuviera una idea de lo que había sucedido entre ustedes. No sabía que ella albergaba la esperanza de una relación entre nosotros, ni que pudiera ser tan perversa. Le explicaba a mi madre por qué tuve que terminar mi amistad con Taliyah, debido a que la relación con la familia de ella se había vuelto

tensa.

— Pero Helen... aseguró que las cosas no podían seguir así y tú dijiste que debías hacer algo... ¡no recuerdo qué! — declaró con voz sofocada, casi sin saber lo que decía.

Todos sus sentidos estaban concentrados en la seguridad de ese abrazo, en el consuelo del cuerpo masculino y le rodeó la cintura con los brazos. El suspiro.

— Niña tonta — le dijo Scott entre tierno y colérico — . Acababa de hablarle de la tensión que Taliyah provocó entre tú y yo. Quería que tú me hablaras de eso, pero eres la criatura más obstinada que conozco. Helen estaba preocupada por ti, eso es todo.

— Pues bien, pudiste decírmelo — replicó temblorosa — . Por lo visto lo comentaste con todo el mundo.

Él la apartó para mirarla a los ojos, amoroso.

— ¿Cómo podía hacerlo? — inquirió con ternura — . Todo fue tan rápido entre nosotros y empezábamos a perder el control. Tú te habías enfrentado a muchas cosas; tu carrera, ese ataque del que fuiste víctima. Yo fui el primer hombre que te hizo suya y no sabía si era sólo un enamoramiento sexual que tú estabas confundiendo con amor. Y la amistad que surgió entre nosotros sólo pareció complicar las cosas.

— No — murmuró ella — . Nuestra amistad lo aclaró todo. No sólo estoy enamorada de ti, te amo con todo el corazón.

El residuo de dureza en el rostro de Scott desapareció, ahora parecía más joven y con una mirada serena.

— Supe que te amaba ese viernes por la tarde, cuando entré en la oficina de Oscar y tú me miraste maravillada, con tu inocente corazón en esos bellos ojos azules. Pero entonces — añadió irónico — , luché contra eso con todas mis fuerzas... una lucha lamentable, pues era contra mí mismo. Te deseaba tanto que era como un dolor en mis entrañas, pero maldita sea, tengo tantas exigencias... la gente, el trabajo, Harry, mientras que tú...

— Yo seré tu esposa delirantemente feliz o me sentiré miserable sin ti — declaró con tal expresión de anhelo que él retuvo el aliento y se inclinó para besarla en los labios — . Oh, Scott, Josh me dijo que querías pedirme que me casara contigo, pero de nuevo habías erigido esas barreras — gimió contra sus labios — . Si permites que algo se vuelva a interponer entre nosotros, jamás te perdonaré.

— No — murmuró él, deslizando los dedos sobre su mejilla hasta el cuello suave y vulnerable — . Nada se interpondrá entre nosotros. No puedo negar lo que hay entre tú y yo y tampoco puedes tú, tan joven y sabia. Me conoces tan bien y estás tan cerca de mi corazón, que sería como negar una parte de mí mismo.

Rosie se apoderó de sus manos y las besó.

— Siento mucho lo de Harry — murmuró y Scott rió en voz baja.

— Supongo que los dos se entendían muy bien cuando yo no estaba aquí. ¡Oh, Dios, no puedo dejarlos juntos y solos por mucho tiempo! Cualquiera de los dos mete en problemas al otro. Ese pequeño bribón me dijo que jamás me perdonaría si te apartaba de su vida.

— ¡Oh, no! — Rosie cerró los ojos, consternada y conmovida — . Será mejor que vaya a hablar con él. Scott, acerca de Josh...

Él se echó a reír y apoyó la frente contra la de ella.

— Elegí un mal momento — declaró él — . Pero puesto que estaba en Nueva York en

viaje de negocios, me pareció razonable buscar a tu familia y declarar mis intenciones, para que se resignaran a la posibilidad de que tal vez tú no regresarías a Estados Unidos. Luego tu hermano insistió en venir conmigo a Inglaterra. Sentía el corazón en la garganta durante todo el viaje. Quería hablar contigo primero y explicarte las cosas, pero las circunstancias se volvieron en mi contra.

— Oh, Dios — suspiró y lo besó arrepentida — . De no ser por tantos malentendidos, todo habría resultado bien.

— Tal vez tu familia jamás me perdonará — comentó Scott — . Tu hermano es un joven muy determinado y me agrada mucho.

— Todos están locos en mi familia... siempre quieren interferir. Pero Josh también te aprecia — murmuró Rosie. De pronto pensó en algo y se echó a reír — . Oh, vamos a añadir a alguien más a la lista. A Oscar le dará un ataque cuando se entere. Ya está muy inquieto por la pintura que estoy haciendo para ti.

— Tendrá que aceptarlo — declaró Scott brusco, pero su rostro se iluminó con una sonrisa — . Y acerca de esa pintura infernal, por favor, ya no te tortures por eso, mi amor, no merece la pena.

— ¿Qué dices? — replicó Rosie, mirándolo desconcertada y entonces recordó — . Santo cielo, el domingo por la noche yo no hablaba de la pintura, sino de ti. La pintura es lo mejor que he hecho jamás.

— ¿Estás segura? — preguntó él aliviado. Ahora que las barreras habían desaparecido, parecía más despreocupado, como un hombre diferente. Un hombre completo decidió ella, contemplándolo con amor. Las dos mitades de su personalidad al fin se habían unido y ya no estaban en conflicto — . Me siento complacido. ¿Cuándo podré verla?

— ¡Cuando esté terminada, ni un momento antes! — declaró Rosie arrugando la nariz — . De lo contrario, arruinarías la sorpresa.

— ¿Piensas hacerme esperar? — preguntó él, alzando una ceja.

La chica alzó la barbilla y sus ojos brillaban cuando lo retó.

— Para ciertas cosas, sí. Te hará bien. Si me lo preguntas, te sales con la tuya con excesiva frecuencia.

Había vuelto al delicioso reto, la eterna persecución y la conquista. Él entornó los párpados, especulativo y murmuró:

— ¡Me pregunto si podría hacerte cambiar de opinión!

— ¡No es probable! — replicó ella sonriendo.

— Podría intentarlo — rezongó Scott y fijó la mirada en la boca de Rosie. Luego deslizó un dedo sobre sus labios — . Tus labios son como terciopelo.

Rosie sentía que las piernas se le doblaban, pero alzó la cabeza, retrocedió y le aconsejó despreocupada:

— No dejes de pensar en eso. Mientras tanto, iré a ver a mi hermano y hablaré con Harry, el pobre niño pensará que lo hemos olvidado.

Excitado, Scott la detuvo por las caderas y la acercó a él, dirigiéndole una sonrisa de depredador.

— Oh, no, no lo harás.

— ¡Sí, lo haré! — estalló ella. Se miraron a los ojos y Scott se apoderó de su boca, cuando ella pronunciaba una sola palabra evocativa.

— Después.

Los dos disfrutaron de la conflagración.

Al final, todos subestimaron a Nicole Phillips-Richards... los columnistas de sociedad, los asociados de negocios de Scott y los invitados a la boda. A pesar de su juventud, la radiante mujer que apareció del brazo de su hermano y recorrió la nave de la iglesia no tenía la menor semejanza con una novia recatada y ruborizada.

Jenson, que era el padrino, le clavó un codo en un costado a Scott, quien se volvió y se estremeció de risa. El vestido de novia que ella había mantenido en secreto era blanco, sin hombros y ceñido hasta las rodillas, donde la falda se ensanchaba de modo extravagante. Debajo del atrevido sombrero de plumas blancas, Rosie lo miraba maliciosa. Avanzó airoso por la nave y cuando Josh la entregó, con expresión rígida, tratando de contener la risa, ella le murmuró desesperada a Scott.

— ¡Por todos los cielos, no me sueltes! La bastilla del vestido se atoró en un clavo y se rompió y no he dejado de tropezarme. ¡Si me caigo, no podré levantarme, pues el vestido es muy ceñido!

El control de Scott fue sorprendente y mientras la sostenía con fuerza, señaló:

— No te preocupes, mi amor, ya te tengo bien sujeta.

Lo único que vio la concurrencia fue un intercambio muy privado entre ellos, luego el novio tomó con ternura el brazo de la novia y todos los invitados de Scott Fox sonrieron al ver su actitud posesiva. La encantadora novia suavizaría esa personalidad dura como el acero; era evidente que él estaba perdidamente enamorado.

Pero cuando el ministro le preguntó a Rosie si aceptaba a Scott por esposo, la menuda novia titubeó, alzó la barbilla y le dirigió al soltero más codiciado de la década una larga mirada antes de responder afirmativamente.

La recepción fue fantástica. Aun cuando el viento helado de diciembre soplabá fuera, el salón en Londres estaba lleno de calor y luces doradas, como un escenario encantado, intoxicante como la champaña. La felicidad era contagiosa. Harry había bebido a hurtadillas un poco de champaña y acosaba a Jaylon Lee con su presencia, pero el hombrecillo resistía bien la presión y esa noche esbozaba una de sus raras sonrisas. Helen Fox presidía desde un extremo del salón y todos observaron que, aunque los parientes de la novia tenían cierto aire de resignación, la relación entre dos de las familias más opulentas del mundo parecía excelente.

El infatigable Oscar Thompson repartía tarjetas de negocios entre todos los que estaban dispuestos a recibirlas, pero no resistía la tentación de lanzar miradas especulativas hacia una pintura instalada en un caballete y cubierta por un lienzo, en un extremo del salón.

Era el regalo de boda de Rosie para Scott; la pintura que había terminado hacía apenas unas semanas y que se develaría más tarde. Por el momento faltaban los discursos, luego los novios cortarían el pastel y después iniciarían el baile.

Después de las fotografías formales, Rosie se quitó el sombrero y se retiró un momento con su madre al guardarropa. Entre las dos repararon la rotura en el dobladillo del vestido. Ahora su felicidad era tan intensa que iba de un grupo a otro como un colibrí. Aún resonaban en su mente las palabras que Scott le murmuró al oído justo después de la ceremonia. La había acercado a él, mirándola insaciable y al inclinar la cabeza gris le dijo:

— Por tu propia elección te has comprometido y jamás te dejaré ir. Mi amor por ti es

demasiado egoísta.

Al fin, el hombre que había en él, venció al amigo que le habría dado todo lo que ella deseara, incluso su libertad, sin importar el precio. Pero Rosie tenía todo lo que quería y él estaba a su lado, contemplándola con el corazón en los ojos; el cambio era casi trivial, pero no del todo, pues Rosie esperaba ferviente que él jamás volviera a pensar en apartarse.

Pero el fantasma de la ansiedad aún persistía en la mirada de la chica. Los últimos seis meses habían sido demasiado perfectos y ella no podía reprimir el supersticioso temor de que sus tormentosos comienzos hubieran dejado una cicatriz en ella. Rosie respondió, sin percatarse de la súplica en su voz:

— Entonces debes sujetarme muy bien.

Su paciente esposo era muy sabio. Vio y comprendió mejor que ella misma la leve sombra en los ojos azules. Pero así como le enseñó todas las alegrías del amor, le enseñaría algo acerca de la seguridad, la fidelidad y la constancia, y reafirmaría la lección todos los años de su vida, hasta que al fin desapareciera esa leve sombra.

Pero no se lo dijo; ella llegaría a saberlo. Sólo la estrechó en sus brazos y le prometió con ternura:

— Siempre.

Ahora Scott se dirigía hacia ella y a Rosie la invadió un perverso júbilo y huyó a través del atestado salón, deteniéndose a charlar con todos mientras miraba risueña la elegante figura de su esposo, a quien los convencionalismos sociales le impedían perseguirla. Vio que alguien lo detenía y notó su expresión frustrada cuando la miró con dureza, antes de sonreírle, amable, a su invitado. Rosie se acercó a su madre y a Helen y charló con ellas unos minutos, hasta que vio que Scott lograba deshacerse del otro hombre, con una elocuente expresión de alivio, entonces la chica se echó a reír.

— Disculpenme — les pidió Rosie a las dos mujeres — . Scott trata de alcanzarme. ¡Debo huir! — exclamó y se alejó.

La señora Heisenberg contemplaba sorprendida la figura espigada y agresiva de su yerno, concentrado en su cacería, y comentó.

— Lo está poniendo a prueba y creo que exagera.

— Por el contrario — respondió Helen con reflexiva sabiduría al ver la expresión ansiosa de Scott mientras observaba a su incorregible esposa — , creo que ella sabe hasta dónde puede llegar.

Al fin él la alcanzó, porque Rosie se lo permitió, y cuando la orquesta empezó a tocar se deslizaron sobre la pista al compás de un vals, mientras todos los observaban. Rosie se sentía como si no tocara el suelo; toda su atención estaba concentrada en el atractivo hombre cuya elocuente mirada ejecutaba una melodía que sólo era para ella. El vals terminó, pero no esa música interna. A través de ella escuchó las notas de su incertidumbre, hasta que al fin preguntó:

— ¿Podrás perdonarme?

Scott sonreía sin comprender, fascinado por los cambios en el estado de ánimo de su esposa.

— ¿De qué? — inquirió, acariciándole el cuello.

— Por esa pintura — murmuró con la garganta casi cerrada y se pasó la lengua por los labios resecaos.

Scott se quedó inmóvil y la expresión indulgente se borró de su rostro. Después de una

mirada a los aprensivos ojos de ella, retrocedió, dejó caer los brazos y se dirigió hacia la pintura. Los invitados le abrieron paso y las miradas de todos estaban fijas en él. Rosie se quedó sola allí.

Scott llegó a donde estaba la pintura, sujetó la tela con una mano y tiró de ella.

Se escuchó un murmullo entre los asistentes cuando la pintura quedó a la vista de todos. En un rincón, Oscar Thompson suspiró extasiado.

Rosie no podía ver el rostro de Scott y, ansiosa, apretó las manos. Él seguía inmóvil y rígido, contemplando su retrato. La chica adivinaba que debía sentirse terriblemente expuesto, pues la pintura lo decía todo.

Era sobria y ligera; había una exquisita sensualidad en cada pincelada, en las manos agraciadas y la boca implacable; anhelo, dolor y el umbral de la alegría estaban contenidos en la inmutable expresión de esos ojos oscuros. El retrato plasmaba todo lo que era él... cierto a irrefutable... pero lo más revelador de todo, era una declaración trascendental de todo el amor de Rosie y su profunda comprensión.

La chica se acercó a la figura que parecía tallada en roca, con pasos tentativos, esperando, rezando. Llegó a su lado y se detuvo y aunque Scott no se volvió a mirarla, debió saber que estaba allí, porque exclamó con voz ronca:

— Tenías razón. Es lo mejor que has pintado. Merece exhibirse.

Pero su rostro y su voz no le decían nada; no supo si hablaba acusador o comprensivo, sino hasta que se volvió a mirarla con los ojos húmedos y rebosantes de orgullo, entonces Rosie pudo percatarse de lo conmovido que estaba.

— Gracias — murmuró él.

Ella se movió, sonreía radiante y el mundo que se había detenido volvió a girar de nuevo.

El tiempo transcurrió veloz y al fin Rosie y Scott fueron a cambiarse de ropa; él se puso un pantalón, un suéter y una chaqueta de cuero y ella un pantalón de mezclilla y la sudadera de Harvard que le obsequió Josh. Debían apresurarse, de lo contrario perderían el avión que los llevaría al soleado Nilo, a un crucero de dos semanas. Las dos familias y los amigos más íntimos se acercaron a despedirlos. Rosie sentía que la cabeza le daba vueltas con tantos abrazos. Su madre simplemente murmuró:

— Que seas muy feliz, querida.

Josh la abrazó con fuerza, mientras Helen charlaba con su hijo en voz baja.

Harry casi la derribó y le dio un beso cerca de la nariz y Jenson le hizo un guiño malicioso.

Lo resistió todo en un estado de trance, el cual desapareció ante la realidad cuando Scott se volvió hacia ella y le preguntó con esa sonrisa que le paralizaba el corazón:

— ¿Estás lista?

Todos sus seres queridos fueron testigos cuando Rosie repitió la misma promesa de él, con una transparente generosidad que los enriqueció a todos, haciéndolos sentir que habían participado en un compromiso íntimo:

— Siempre.